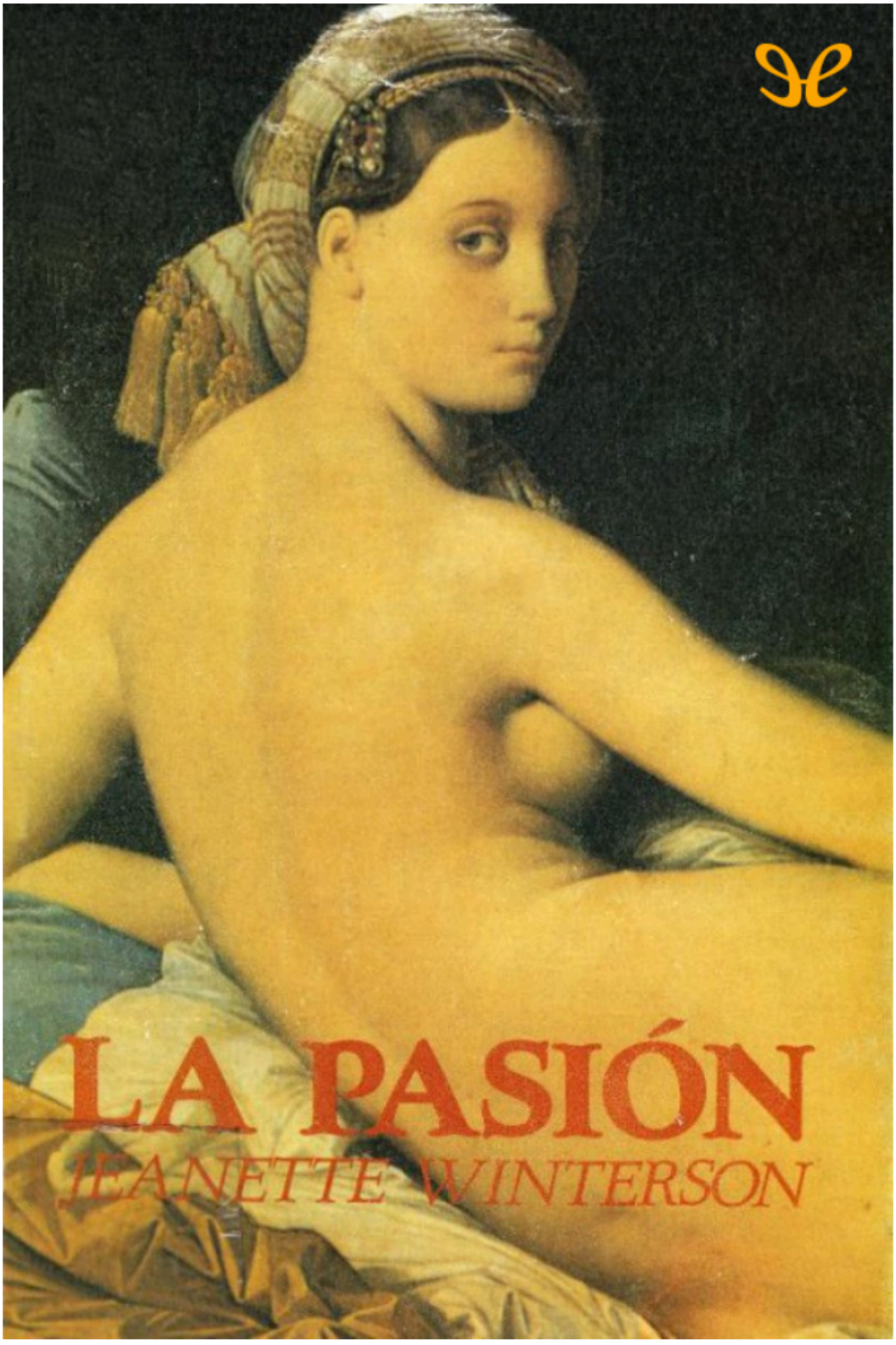

LA PASIÓN
JEANETTE WINTERSON

La pasión se halla en algún lugar entre el sexo y el miedo, y esto es algo que los dos protagonistas de esta novela saben muy bien. El joven Henry ha servido en las campañas napoleónicas y ha conocido los peores horrores de la guerra; la pelirroja Vaillanelle callejea por Venecia vestida de muchacho y satisface a hombres y mujeres por igual. Cuando ambos se encuentran, nace entre ellos un afecto extraño que va más allá del género y que pone en tela de juicio lo que ya creíamos saber del amor y de la guerra.

Jeanette Winterson

La pasión

ePub r1.2
Titivillus 16.03.2020

Título original: *The Passion*
Jeanette Winterson, 1987
Traducción: Elena Rius

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

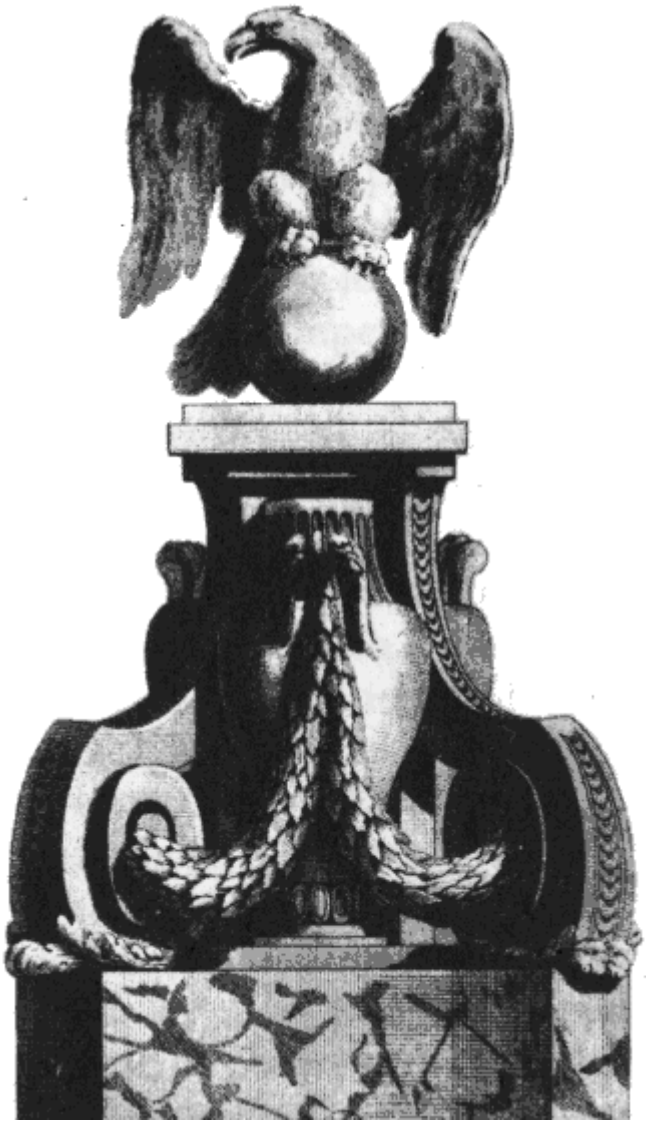
A Pat Kavanagh

Doy las gracias a Don y a Ruth Rendell, cuya hospitalidad me ha proporcionado el espacio necesario para trabajar. A todos los de Bloomsbury, sobre todo a Liz Calder. Y a Philippa Brewster por su paciencia.

Navegando con furia te alejaste del hogar paterno, fuiste más allá de los escollos del mar, y ahora habitas un país extranjero.

Medea

Uno
EL EMPERADOR



Napoleón tenía tal pasión por el pollo que hacía trabajar día y noche a sus cocineros. Qué cocina aquella, con aves en todos los grados de despojamiento; algunas aún crudas y colgadas de ganchos, otras girando lentamente en el espetón, y la mayor parte en inútiles montones porque el emperador estaba ocupado.

Es extraño estar tan dominado por un apetito.

Este fue mi primer trabajo en el ejército. Empecé como matarife, y al poco tiempo le llevaba la bandeja a la tienda, a través de un palmo de barro. Yo le gustaba porque soy bajo; mejor dicho, no le desagradaba. Nadie le gustaba excepto Josefina y ella le gustaba del mismo modo en que le gustaba el pollo.

Nunca sirvió la mesa del emperador nadie que midiese más de un metro sesenta. Tenía criados pequeños y caballos grandes. Su caballo preferido tenía una altura de diecisiete palmos, y con su cola podía un hombre envolverse tres veces y aún le sobraba para hacerle una peluca a su amante. Aquel caballo echaba mal de ojo, y en el establo había casi tantos mozos muertos como pollos en la mesa. Los que no mataba el animal de una simple coz los echaba el emperador porque no cepillaban bien al animal o porque el bocado verdeaba.

«Un gobierno nuevo debe asombrar y deslumbrar», decía. Pan y circo, creo que decía. No es extraño que, cuando encontramos un mozo de cuadra, este procediese de un circo y solo llegase a la ijada del caballo. Cuando lo cepillaba, usaba una escalera de base firme y con la parte superior triangular, pero cuando lo montaba para hacerle hacer ejercicio daba un gran salto y caía con precisión sobre el reluciente lomo mientras el caballo se encabritaba, gruñía e intentaba en vano tirarle, aunque inclinase el morro hasta el suelo y levantase las patas traseras hasta el cielo. Después desaparecían los dos en una nube de polvo y recorrían millas, el enano agarrado a las crines y gritando en su extraño lenguaje que ninguno de nosotros entendía.

Pero él lo entendía todo.

Hacía reír al emperador, y el caballo no podía con él, de modo que se quedó. Yo también me quedé. Y nos hicimos buenos amigos.

Una noche estábamos en la tienda que servía de cocina cuando empezó a sonar el timbre como si al otro extremo estuviese el diablo en persona. Todos nos levantamos de un salto; uno corrió al asador mientras el otro pulía la plata, y yo tuve que volver a ponerme las botas para atravesar los surcos helados. El enano se echó a reír y dijo que prefería habérselas con el caballo que con el dueño, pero nosotros no nos reímos.

Aquí viene rodeado del perejil que el cocinero cultiva en el casco de un muerto. Los copos de nieve son tan densos que me siento como la figurilla de la bola de nieve de un niño. Tengo que entornar los ojos para seguir la mancha amarilla que ilumina la tienda de Napoleón. Nadie más puede tener una luz encendida a estas horas de la noche.

Escasea el combustible. No todos los que forman este ejército tienen tiendas.

Cuando entro, él está solo, sentado ante un globo terráqueo. No me ve, y sigue dándole vueltas al globo, acariciándolo con las dos manos como si fuese el pecho de una mujer. Yo toso un poco, y él levanta la mirada, sorprendido, con una expresión de temor.

—Déjalo ahí y vete.

—¿No quiere que lo trinche, señor?

—No hace falta. Buenas noches.

Sé lo que quiere decir. Ahora, casi nunca me pide que le trinche el pollo. Tan pronto como yo haya salido, él levantará la tapadera de la bandeja, cogerá el pollo y se lo meterá en la boca. Desearía que toda su cara fuese boca para meterse en ella un pollo entero.

Por la mañana, tendré suerte si encuentro algún hueso.

No hay calor, solo grados de frío. No recuerdo la sensación de un fuego cerca de mis rodillas. Hasta en la cocina, el lugar más caliente de todo el campamento, el calor es demasiado leve para extenderse y las cazuelas de cobre se empañan. Una vez a la semana me quito los calcetines para cortarme las uñas de los pies, y los demás me acusan de ser un dandi. Estamos blancos, con las narices rojas y los dedos azules.

La tricolor.

Lo hace para que se conserven frescos sus pollos.

Usa el invierno como despensa.

Pero esto fue hace mucho tiempo. En Rusia.

Hoy en día, la gente habla de las cosas que él hizo como si estas tuvieran un sentido. Como si hasta sus más desastrosos errores fuesen solo el resultado de la mala suerte o de la arrogancia.

Fue un caos.

Palabras como devastación, violación, matanza, carnicería, hambre, son palabras clave para mantener a raya el dolor. Palabras sobre la guerra que son agradables a la vista.

Os estoy contando historias. Creedme.

Yo quería ser tambor.

El oficial de reclutamiento me dio una nuez y me preguntó si podía romperla con dos dedos. No pude; él se echó a reír y me dijo que un tambor tenía que tener las manos fuertes. Yo le presenté la nuez en la palma de la mano y le desafié a que la rompiera él. Él se puso colorado y le ordenó a un teniente que me llevase a las cocinas.

El cocinero me echó una mirada y, viendo mi cuerpo flaco, pensó que no estaba hecho para manejar la cuchilla, que no era para mí la confusión de carnes sin nombre que había que cortar para el guiso diario. Me dijo que tenía suerte, que iba a trabajar para Bonaparte en persona, y por un breve y luminoso momento, imaginé que iba a ser aprendiz de pastelería, que levantaría delicadas torres de azúcar y nata. Me llevaron a una pequeña tienda que vigilaban dos guardias impasibles.

—La despensa de Bonaparte —dijo el cocinero.

El espacio que había entre el suelo y el techo de la tienda estaba lleno de toscas jaulas de madera de más o menos un metro cuadrado cada una, con estrechos corredores por en medio, apenas la anchura de un hombre. En cada jaula había dos o tres pollos a los que se había cortado el pico y las uñas, que miraban por entre las tablas con inexpresivos ojos idénticos. No soy ningún cobarde, y he visto en nuestras granjas muchas mutilaciones pertinentes, pero no estaba preparado para aquel silencio. No se oía ni un susurro. Habrían podido estar muertos, habrían debido estarlo, salvo por los ojos. El cocinero se volvió para marcharse.

—Tu trabajo será sacarlos de aquí y retorcerles el pescuezo.

Me escabullí y me fui al muelle. Como las piedras estaban tibias en aquellos primeros días de abril, y como había hecho un viaje de varios días, me quedé dormido soñando con tambores y con un uniforme rojo. Me despertó una bota, dura y reluciente, que tenía un familiar olor a arneses. Levanté la cabeza y vi la bota posada en mi vientre, como yo había colocado la nuez en mi palma. El oficial no me miró, pero me dijo:

—Ahora eres un soldado y tendrás muchas ocasiones de dormir al aire libre. En pie.

Levantó la pierna y, mientras yo me ponía en pie, me dio una fuerte patada y, sin dejar de mirar al frente, dijo:

—Tienes el culo duro. Ya es algo.

No tardé en enterarme de su reputación, pero nunca me molestó. Creo que le mantenía alejado el olor de los pollos.

Sentí nostalgia desde el principio. Echaba de menos a mi madre. Echaba de menos la colina por donde el sol se ponía al otro lado del valle. Echaba de menos todas las cosas cotidianas que antes odiaba. En el pueblo, en primavera, los campos están veteados de diente de león y el río baja perezoso otra vez después de varios meses de lluvias. Cuando llegaron los del reclutamiento, unos cuantos valientes nos echamos a reír y dijimos que ya era hora de que viésemos algo más que el granero rojo y las vacas que habíamos ayudado a nacer. Firmamos enseguida, y los que no sabían escribir hicieron un garabato optimista en la página.

En el pueblo hacemos una hoguera cada año, cuando acaba el invierno. La habíamos estado preparando durante varias semanas, alta como una catedral, con una blasfema espira de cepos rotos y de jergones

infestados. Este año, como todos, correría el vino, bailaríamos hasta cansarnos y habría una chica en la oscuridad. Y, como íbamos a marcharnos, nos dejaron encender la hoguera. Cuando se puso el sol, clavamos nuestras cinco antorchas encendidas en el centro de la pira. Se me secó la boca cuando oí la madera prender y restallar hasta que asomó la primera llama. En aquel momento me habría gustado ser un santo con un ángel que me protegiera, para poder saltar al fuego y ver cómo se quemaban mis pecados. Me confieso, pero lo hago sin fervor. Si no se hace de corazón, mejor no hacerlo.

Somos una gente tibia, a pesar de nuestros días de fiesta y de lo mucho que trabajamos. No nos conmueven muchas cosas, pero ansiamos conmovernos. Por la noche yacemos despiertos esperando que la oscuridad se rasgue y nos muestre una visión. Nuestros hijos nos asustan en su intimidad, pero nos aseguramos de que crezcan como nosotros. Tibios como nosotros. En una noche como esta, calientes las manos y la cara, podemos creer que el mañana nos mostrará ángeles en las jarras y que los bosques familiares nos revelarán de pronto un nuevo sendero.

La última vez que hicimos esa hoguera, un vecino intentó arrancar las tablas de su casa. Dijo que no era más que un asqueroso montón de estiércol, carne seca y piojos. Dijo que iba a quemarlo todo. Su mujer le agarraba los brazos. Era una mujer corpulenta, acostumbrada a la mantequera y al campo, pero no pudo detenerle. El hombre estrelló el puño contra la madera curada hasta que se le quedó la mano como la cabeza de un cordero desollado. Después se echó junto a la hoguera toda la noche hasta que el viento del amanecer le cubrió de ceniza casi fría. Nunca volvió a hablar de aquello, y los demás tampoco. Y no vino más a la hoguera.

A veces me pregunto por qué ninguno de nosotros intentó detenerle. Creo que queríamos que lo hiciese, que lo hiciese por nosotros. Que rompiese nuestras vidas de horas sin fin y nos permitiese empezar otra vez, limpios, sencillos, con las manos abiertas. Pero no sería así, como no había podido ser así cuando Bonaparte pegó fuego a media Europa.

Pero ¿qué otra posibilidad teníamos?

Llegó la mañana y nos pusimos en marcha con nuestros paquetes de pan y queso curado. Las mujeres lloraban, y los hombres nos daban palmadas en la espalda y nos decían que la vida de soldado es una buena vida para un muchacho. Una niña que siempre me seguía me cogió la mano, con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Vas a matar a gente, Henri?

Me agaché a su lado.

—A gente no, Louise. Solo al enemigo.

—¿Qué es el enemigo?

—Alguien que no está del lado de uno.

Íbamos a incorporarnos al Ejército de Inglaterra en Boulogne. Boulogne, un puerto insignificante, dormido, con un puñado de burdeles, se había convertido en el trampolín del Imperio. A solo veinte millas, fácil de ver en un día claro, estaba Inglaterra y su arrogancia. Sabíamos de los ingleses; de cómo se comían a sus hijos e ignoraban a la Santísima Virgen. De como se suicidaban con indecorosa alegría. Los ingleses tienen el índice de suicidios más alto de Europa; me lo dijo una vez un cura. Los ingleses, con su carne de vaca y su cerveza espumosa. Los ingleses, que están ahora mismo metidos hasta la cintura en las aguas de Kent entrenándose para ahogar al mejor ejército del mundo.

Vamos a invadir Inglaterra.

Si es necesario, se reclutará a toda Francia. Bonaparte agarrará su país como una esponja y le sacará hasta la última gota.

Estamos enamorados de él.

En Boulogne, aunque mis esperanzas de tocar el tambor al frente de una orgullosa columna se han desvanecido, todavía puedo llevar la cabeza bien alta porque sé que voy a ver a Bonaparte en persona. Él viene regularmente galopando desde las Tullerías y escudriña el mar como un hombre corriente examina el barril de la lluvia. Domino, el enano, dice que estar cerca de él es como tener un gran viento soplándole a uno en los oídos. Dice que así lo expresó *Madame* de Staël, y ella es lo bastante famosa como para tener razón. Esa dama ya no vive en Francia. Bonaparte la obligó a exiliarse porque ella se quejaba de que él censurase el teatro y cerrase periódicos. Una vez compré un libro de ella a un buhonero ambulante que se lo había comprado a un noble arruinado. No entendí gran cosa, pero aprendí la palabra «intelectual», que me gustaría poderme aplicar.

Domino se ríe de mí.

Por las noches sueño con flores de diente de león.

El cocinero agarró un pollo del gancho que colgaba encima de su cabeza y tomó de la cazuela de cobre un puñado de relleno.

Sonreía.

—Esta noche bajaremos al pueblo, muchachos, y os juro que será una noche inolvidable.

Introdujo el relleno en el pollo, girando la mano para repartirlo de modo regular.

—Todos habréis tenido ya una mujer, supongo…

Casi todos nos pusimos colorados, y algunos dejaron escapar risitas.

—Si no la habéis tenido, pensad que no hay nada mejor y, si la habéis tenido, recordad que el mismo Bonaparte no se cansa del mismo sabor noche tras noche.

Sostuvo en alto el pollo para que lo viésemos bien.

Yo había pensado quedarme en mi tienda con la Biblia de bolsillo que me había dado mi madre cuando me marché. Mi madre amaba a Dios, decía que lo único que ella necesitaba era a Dios y la Virgen, aunque daba gracias al cielo por su familia. Yo la he visto arrodillarse antes del amanecer, antes de ordeñar las vacas, antes de comer las espesas gachas, y rezar en voz alta a Dios, a quien nunca ha visto. En el pueblo somos más o menos religiosos, y honramos al cura que recorre siete millas para traernos la hostia, pero la fe no nos llena el corazón.

San Pablo dijo que es mejor casarse que abrasarse, pero mi madre me enseñó que es mejor abrasarse que casarse. Ella quería meterse monja. Deseaba que yo fuese cura, y ahorró para darme una educación mientras mis amigos trenzaban cuerdas y caminaban tras el arado.

Yo no puedo ser cura, pues, aunque mi corazón habla tan alto como el de ella, nadie me responde. Les he gritado a Dios y a la Virgen, pero ellos no me han contestado, y no me interesa la llamada vocecita interior. Yo creo que un dios podría responder a la pasión con pasión.

Ella dice que Dios puede hacerlo.

Pues debería hacerlo.

La familia de mi madre no era rica, pero era respetable. La educaron como es debido, con música y buena literatura, y nunca hablaban de política en la mesa, ni aun cuando los rebeldes estaban echando las puertas abajo. Sus padres eran monárquicos. A los doce años les dijo que quería ser monja, pero a ellos les desagradaban los excesos y le aseguraron que le resultaría más satisfactorio el matrimonio. Ella creció en secreto, lejos de la mirada de ellos. Exteriormente era obediente y afectuosa, pero por dentro alimentaba un hambre que a ellos les habría asqueado si el mismo asco no fuese un exceso. Ella leía vidas de santos, y se aprendió de memoria casi toda la Biblia. Creía que la Virgen la ayudaría cuando llegase el momento.

El momento llegó cuando ella tenía quince años, en una feria de ganado. Casi todo el pueblo había salido a ver los pesados bueyes y los chillones corderos. Su padre y su madre estaban de talante festivo, y en un momento imprudente su padre le señaló a un hombre corpulento y bien vestido que llevaba a un niño en los hombros, y le dijo que no podría encontrar marido mejor. Le anunció que aquella noche el hombre cenaría con ellos, y que él esperaba que Georgette (mi madre) cantase después de la cena. Cuando el gentío se hizo más denso, mi madre huyó sin otro equipaje que la ropa que vestía y la Biblia que siempre llevaba consigo. Se escondió en un carro de heno, y así salió del pueblo aquella tarde abrasada de sol y atravesó lentamente los tranquilos campos hasta que el carro llegó al pueblo en el que yo nací. Sin ningún temor, pues creía en el poder de la Virgen, mi madre se presentó a Claude (mi padre) y le pidió que la acompañase al convento más cercano. Él era un hombre un poco torpe pero bondadoso, diez años mayor que ella, y le ofreció hospitalidad aquella noche, pensando devolverla a su casa al día siguiente y tal vez conseguir así una recompensa.

Georgette no volvió a su casa, ni tampoco fue a ningún convento. Los días se convirtieron en semanas, y ella tenía miedo de su padre, el cual, según oyó decir, estaba registrando la comarca y dejaba sobornos en todas las casas de religión por las que pasaba. Pasaron tres meses, y ella descubrió que tenía buena mano para las plantas y que sabía tranquilizar a los animales asustados. Claude no le hablaba apenas, y nunca la molestaba, pero a veces ella le sorprendía observándola, inmóvil y protegiéndose los ojos con la mano.

Una noche, tarde, cuando ya dormía, Georgette oyó unos golpecitos en su puerta y, al encender la lámpara, vio a Claude en el umbral. Se había afeitado, llevaba puesto su camisón y olía a jabón fénico.

—¿Quieres casarte conmigo, Georgette?

Ella negó con la cabeza y él se marchó. Pero, de vez en cuando volvía; se quedaba siempre en la puerta, recién afeitado y oliendo a jabón.

Ella le dijo que sí. No podía volver a su casa. No podía ingresar en un convento mientras su padre estuviese sobornando a toda madre superiora que desease un retablo nuevo, y no podía seguir viviendo con aquel hombre silencioso y sus chismosos vecinos si no se casaba con él. Él se metió en la cama junto a ella, le acarició la cara y, tomándole la mano, se la llevó a la mejilla. Ella no tuvo miedo. Creía en el poder de la Virgen.

En adelante, cada vez que él la deseaba, llamaba a su puerta de la misma manera y esperaba hasta que ella le decía que sí.

Después nací yo.

Ella me habló de mis abuelos, de la casa de estos y de su piano, y se le ensombrecía la mirada cuando pensaba que yo nunca les conocería, pero a mí me agradaba aquel anonimato. Todos los del pueblo tenían recuas de parientes con quien pelearse y de quien saber cosas. Yo inventaba historias sobre mis familiares. Los pintaba de un modo o de otro según mi humor.

Gracias a los esfuerzos de mi madre y al anticuado saber de nuestro cura, aprendí a leer en mi idioma, además de latín, inglés y aritmética, rudimentos de primeros auxilios y, como el cura complementaba sus escasos ingresos jugando y apostando, aprendí también todos los juegos de cartas y algunos trucos. Nunca le dije a mi madre que el cura tenía una Biblia hueca con un mazo de cartas en el interior. A veces se la llevaba por error a misa, y en esos días la lectura era siempre del primer capítulo del Génesis. En el pueblo creían que le encantaba la historia de la Creación. Era un hombre bueno pero frío. Yo habría preferido a un ardiente jesuita; tal vez así habría encontrado el éxtasis que necesito para creer.

Un día le pregunté por qué era sacerdote, y me respondió que, si hay que trabajar para otro, es mejor un patrón que está ausente.

Salíamos juntos a pescar; él me señalaba las chicas que le gustaban y me decía que las conquistase yo por él. Nunca lo hice. Llegué a las mujeres tarde, como mi padre.

Cuando me marché, mi madre no lloró. Fue Claude quien lloró. Ella me dio su pequeña Biblia, la que había conservado durante tantos años, y yo le prometí que la leería.

El cocinero se dio cuenta de que yo vacilaba y me pinchó con un espetón.

—¿Eres nuevo en esto, muchacho? No tengas miedo. Esas chicas que conozco son limpias como la patena y anchas como los campos de Francia.

Me preparé, y me lavé todo el cuerpo con jabón fénico.

Bonaparte el corso. Nacido en 1769, bajo el signo de Leo.

Bajo, pálido, lunático, con visión de futuro y una singular capacidad de concentración. En 1789, la Revolución abrió un mundo cerrado y, por un tiempo, el más miserable golfillo tuvo más a su favor que ningún aristócrata. Para un joven teniente diestro en artillería, había muchas oportunidades, y en pocos años el general Bonaparte convertía Italia en los campos de Francia.

«¿Qué es la suerte —decía—, sino la habilidad para aprovechar los accidentes?». Creía ser el centro del mundo, y durante mucho tiempo nada le disuadió de esta creencia. Ni siquiera Inglaterra. Estaba enamorado de sí mismo, y toda Francia se unió a este sentimiento. Fue un idilio. Quizá todo idilio es así; no un contrato entre dos partes iguales sino una explosión de sueños y deseos que no pueden encontrar salida en la vida cotidiana. Solo un drama sirve para esto y, mientras duran los fuegos artificiales, el cielo tiene otro color. Napoleón se convirtió en emperador. Hizo venir al Papa desde la Ciudad Santa para que le coronase, pero en el último momento tomó la corona en sus manos y se la colocó él mismo en la cabeza. Se divorció de la única persona que le comprendía, la única persona a la que amó realmente, porque ella no podía darle un hijo. Esta fue la única parte del idilio que no pudo controlar.

Es, alternativamente, repulsivo y fascinante.

¿Qué harías tú si fueses emperador? ¿Se convertirían los soldados en números? ¿Se convertirían las batallas en esquemas? ¿Se convertirían los intelectuales en un peligro? ¿Acabarías tus días en una isla en la que la comida es salada y la compañía sosa?

Era el hombre más poderoso del mundo y no podía ganar a Josefina al billar.

Os estoy contando historias. Creedme.

Dirigía el burdel una giganta sueca. Tenía el pelo amarillo como las flores de diente de león, y le cubría las rodillas como una manta viva. Llevaba las mangas arremangadas y sujetas con ligas. De su cuello colgaba una tirilla de cuero que sostenía un muñeco plano, de madera. Me vio mirar el muñeco y, cogiéndome la cabeza, me obligó a olerlo. OIía a almizcle y a extrañas flores.

—Es de Martinica, como la Josefina de Bonaparte.

—*Vive notre dame des victoires* —dije, sonriendo.

Pero la giganta se echó a reír y declaró que Josefina nunca sería coronada en Westminster como había prometido Bonaparte. El cocinero le dijo rudamente que tuviese cuidado con lo que decía, pero ella no le tenía miedo. Nos llevó a una fría sala de piedra en la que había varios camastros y una mesa alargada llena de jarras de vino tinto. Yo esperaba ver una estancia tapizada de terciopelo rojo, tal como me había descrito el cura aquellos lugares de placer efímero, pero en aquel no había ninguna suavidad, nada que encubriese lo que allí íbamos a hacer. Cuando entraron las mujeres, vi que eran mayores de lo que imaginaba, y que no se parecían en absoluto a las ilustraciones del libro que tenía el cura y que hablaba de cosas pecaminosas. No se parecían a serpientes, no eran como Evas de pechos como manzanas, sino redondas y resignadas, y llevaban el pelo recogido en apresurados moños o bien suelto. Mis compañeros silbaron y gritaron broncamente, y engulleron el vino directamente de las jarras. Yo habría querido un vaso de agua, pero no supe cómo pedirlo.

El cocinero fue el primero que se movió; le dio una palmada a una mujer en el trasero e hizo una broma sobre su corsé. Él llevaba aún sus botas manchadas de grasa. Los demás se fueron emparejando, y me dejaron con una paciente mujer de dientes negros que llevaba diez anillos en un dedo.

—Me he alistado hace poco —le dije, esperando que se diese cuenta de que no sabía lo que había de hacer.

Ella me pellizcó la mejilla y replicó:

—Esto es lo que dicen todos; piensan que la primera vez ha de ser más barato. ¡Vaya trabajo duro! Es como enseñar a jugar al billar sin tener un taco.

Miró al cocinero, que estaba en cuclillas en uno de los jergones intentando sacarse la picha. La mujer que había elegido estaba arrodillada frente a él, con los brazos cruzados. De pronto, él le dio un bofetón, y el ruido interrumpió por un momento las conversaciones.

—¡Ayúdame, puta, mete la mano! ¿Es que te dan miedo las anguilas?

Vi que la mujer hacía una mueca, y que aparecía una señal roja en la basta piel de su mejilla. No dijo nada; se limitó a introducir la mano en los pantalones del cocinero y a sacar su pene como un hurón por el cuello.

—¡Métetela en la boca!

Yo estaba pensando en gachas.

—Es simpático tu amigo —me dijo la mujer que estaba conmigo.

Yo habría querido acercarme a él y aplastarle la cara contra la manta hasta asfixiarle. Entonces él se corrió con un bramido, y se dejó caer blandamente hacia atrás, sobre los codos. La mujer se puso en pie y, muy lentamente, escupió en la jofaina que había en el suelo; después se enjuagó la boca con vino y volvió a escupir. El cocinero la oyó y le preguntó qué era aquello de tirar su semen a las alcantarillas de Francia.

—¿Qué otra cosa podría hacer con él?

El cocinero se acercó a ella con el puño en alto, pero no llegó a tocarla. La mujer que estaba conmigo se le acercó y le golpeó el cogote con una jarra de vino. Abrazó a su compañera un momento y le dio un rápido beso en la frente.

A mí nunca me haría algo como aquello.

Le dije que me dolía la cabeza, y fui a sentarme fuera.

Llevamos al cocinero al campamento por turnos de cuatro, transportándole a hombros como si fuese un ataúd, y boca abajo por si acaso vomitaba. Por la mañana, se paseó entre los oficiales y se jactó de cómo había hecho que se la chupase una puta, y de cómo a ella se le habían hinchado los carrillos como los de una rata mientras lo recibía.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza?

—Me caí cuando volvíamos —respondió, mirándome.

El cocinero se iba de putas casi todas las noches, pero yo no volví a acompañarle. Aparte de Domino y de Patrick, el cura con vista de águila que había ahorcado los hábitos, apenas hablaba con nadie. Me pasaba el tiempo aprendiendo a rellenar un pollo y a hacer más lento el proceso de cocción. Esperaba a Bonaparte.

Por fin, una calurosa mañana en que el mar dejaba cráteres de sal entre las piedras del muelle, él llegó. Venía con sus generales Murat y Bernadotte, y con su nuevo almirante de la flota. Y venía con su esposa, cuya gracia hizo que el hombre más tosco del campamento se limpiase dos veces las botas. Pero yo no veía a nadie más que a él. Durante años, mi mentor, el cura que había apoyado la Revolución, me había dicho que Bonaparte era quizá el hijo de Dios que había vuelto a encarnarse. Aprendí sus batallas y campañas en lugar de geografía e historia. He estudiado, junto con el cura, en un viejo mapa del mundo imposiblemente

doblado, los lugares donde él había ido, viendo como se iban ensanchando las fronteras de Francia. El cura llevaba un dibujo de Bonaparte junto a su estampa de la Santísima Virgen, y yo crecí con esas dos imágenes en la mente, a escondidas de mi madre, que seguía siendo monárquica y que aún rezaba por el alma de María Antonieta.

Yo tenía solo cinco años cuando la Revolución convirtió a París en una ciudad de hombres libres, y a Francia en el azote de Europa. Nuestro pueblo no estaba muy lejos de la capital, Sena abajo, pero habríamos podido estar en la luna. Nadie sabía con certeza lo que estaba ocurriendo, excepto que el rey y la reina habían sido encarcelados. Nos informábamos a través de los rumores, pero el cura iba y venía de París confiando en que su sotana le salvaría del cañón o de la navaja. El pueblo estaba dividido. La mayoría pensaban que el rey y la reina tenían razón, aunque el rey y la reina no se preocupaban de nosotros excepto como fuente de ingresos y como decorado. Pero estas son palabras mías, que me enseñó un hombre inteligente que no respetaba a las personalidades. En general, mis amigos del pueblo no sabían hablar de su inquietud, pero yo la veía en sus hombros cuando encerraban el ganado, la veía en sus caras cuando escuchaban al cura en la iglesia. Nosotros estábamos siempre indefensos, estuviese quien estuviese en el poder.

El cura decía que estábamos viviendo los últimos días, que la Revolución traería al mundo un nuevo Mesías y el milenio. Aunque nunca lo dijo en la iglesia. Me lo dijo a mí, y no a los demás. No se lo dijo a Claude el de los cubos, ni a Jacques el que se ocultaba en las sombras con su novia, ni a mi madre con sus oraciones. Me sentó sobre sus rodillas, apretándome sobre la negra tela que olía a años y a heno, y me dijo que no tuviese miedo de los rumores que habían llegado al pueblo, de que en París todo el mundo había muerto o estaba hambriento.

—Cristo dijo que no había venido a traer la paz sino la espada, Henri. Recuérdalo.

Mientras yo me hacía mayor y los turbulentos tiempos daban paso a algo parecido a la calma, Bonaparte empezó a hacerse un nombre. Le llamábamos emperador mucho antes de que él mismo se hubiese dado este título. Y, cuando volvíamos de la pobre iglesia en el crepúsculo invernal, el cura miraba el camino que salía del pueblo y me apretaba el brazo con fuerza.

—Te llamará —susurraba—, como Dios llamó a Samuel, y tú irás.

El día en que él vino no estábamos haciendo instrucción. Nos pilló sin hacer nada, seguramente a propósito y, cuando el primer mensajero agotado llegó al galope al campamento para avisarnos de que Bonaparte viajaba sin detenerse y llegaría antes del mediodía, estábamos echados en mangas de camisa, tomando café y jugando a los dados. Muertos de miedo, los oficiales se pusieron a organizar a sus hombres como si se acercasen los mismos ingleses. No había recepción preparada para el emperador, en la tienda especialmente concebida para él se cobijaban un par de cañones, y el cocinero estaba borracho como una cuba.

—Tú —me dijo un capitán al que no reconocí—, ocúpate de los pollos. No te preocupes por tu uniforme; cuando nosotros desfilemos estarás en la cocina.

Así iba a ser el gran día. No habría para mí ninguna gloria, solo un montón de pollos muertos.

Furioso, llené de agua fría una gran olla y la vacié encima del cocinero. Ni se inmutó.

Una hora después, cuando los pollos estaban colocados en los asadores esperando turno para cocerse, el capitán volvió muy agitado y me dijo que Bonaparte quería inspeccionar las cocinas. Era característico de él interesarse por todos los detalles de su ejército, pero en aquel momento aquel interés era inoportuno.

—Saca a ese hombre de aquí —me ordenó el capitán antes de marcharse.

El cocinero pesaba unas doscientas libras, y yo apenas ciento veinte. Intenté arrastrarle, pero no conseguí nada.

Si yo hubiese sido un profeta y aquel cocinero el emisario de un falso dios, habría podido rezar al Señor y pedirle que viniese una hueste de ángeles a llevárselo. Lo que ocurrió fue que vino en mi ayuda Domino hablándome de Egipto.

Yo sabía algo de Egipto porque Bonaparte había estado allí. Su campaña de Egipto, fracasada pero valiente, en la que había permanecido inmune a la peste y a la fiebre, y en la que había cabalgado durante millas por la tierra reseca sin beber una gota de agua.

—¿Cómo habría podido hacer esto —me decía el cura— si no estuviese protegido por Dios?

El plan de Domino era levantar al cocinero de la misma manera en que los egipcios habían levantado sus obeliscos, con una palanca, en nuestro caso un remo. Le colocamos el remo bajo la espalda, y cavamos un agujero a sus pies.

—Ahora —dijo Domino—, pongamos todo nuestro peso al extremo del remo y él se levantará.

Fue como Lázaro levantándose de entre los muertos.

Le pusimos de pie, y yo le metí el remo por debajo del cinturón para evitar que cayese hacia adelante.

—¿Qué hacemos ahora, Domino?

Mientras estábamos junto a aquella montaña de carne, se abrió la entrada de la tienda y entró el capitán. Se le retiró el color de la cara como si alguien le hubiese puesto un tapón en la garganta. Abrió la boca y se le movió el bigote, pero eso fue todo.

Alguien le apartó y entró en la tienda. Bonaparte.

Dio un par de vueltas en torno a nuestra presa y preguntó quién era.

—El cocinero, señor. Estaba un poco borracho, señor, y estos hombres se lo iban a llevar.

Yo estaba ansioso por acercarme al asador, donde uno de los pollos estaba ya quemándose, pero Domino dio un paso adelante y, hablando un tosco lenguaje que más adelante me dijo era el dialecto corso de Bonaparte, le explicó lo que había ocurrido y cómo habíamos hecho lo que habíamos podido siguiendo las directrices de su campaña de Egipto. Cuando Domino hubo acabado, Bonaparte se acercó a mí y me dio un pellizco en la oreja, que estuvo varios días hinchada.

—¿Lo ves, capitán? —dijo—. Esto es lo que hace a mi ejército invencible, el ingenio y la determinación del soldado más humilde.

El capitán sonrió débilmente, y después Bonaparte se volvió hacia mí.

—Muchacho, verás grandes cosas, y pronto cenarás en el plato de un inglés. Capitán, haz que este muchacho me sirva personalmente. En mi ejército no ha de haber eslabones débiles; quiero que mis asistentes sean tan competentes como mis generales. Domino, saldremos esta tarde.

Escribí enseguida a mi amigo el cura. Aquello era más perfecto que ningún milagro corriente. Napoleón me había elegido. No preví que el cocinero se convertiría en mi más acérrimo enemigo. Al anochecer, casi todo el campamento se había enterado de la historia y la había embellecido, de modo que habíamos enterrado al cocinero en una fosa, le habíamos pegado hasta dejarle inconsciente o, lo más extravagante de todo, Domino le había hechizado.

—Ojalá le hubiese hechizado —comentó—. Nos habríamos evitado cavar el agujero.

El cocinero, que se despertó de la borrachera con un fuerte dolor de cabeza y de un humor peor que el de costumbre, no podía salir al exterior sin que algún soldado le hiciese un guiño y le diese un codazo. Por fin vino a donde yo estaba con mi pequeña Biblia y me agarró por el cuello de la camisa.

—Te crees que estás seguro porque le has gustado a Bonaparte. Ahora estás seguro, pero nos quedan años por delante.

Me empujó hacia atrás, contra los sacos de cebollas, y me escupió en la cara. Pasó mucho tiempo antes de que volviésemos a encontrarnos, pues el capitán le trasladó a los almacenes de las afueras de Boulogne.

—Olvídate de él —me dijo Domino mientras le mirábamos alejarse en la parte trasera de un carro.

Es duro recordar que ese día no volverá. Que el momento es ahora y el lugar es aquí, y que no hay segundas oportunidades en un momento único. Durante los días que Bonaparte pasó en Boulogne hubo una sensación de urgencia y de privilegio. Se despertaba antes que nosotros y se iba a dormir mucho después; examinaba cada detalle de nuestro adiestramiento y nos organizaba personalmente. Extendía la mano hacia el Canal y hablaba de Inglaterra como si ya fuese nuestra. De cada uno de nosotros. Este era su talento. Se convirtió en el centro de nuestras vidas. La perspectiva de combatir nos excitaba. Nadie desea que le maten, pero las privaciones, las largas horas, el frío, las órdenes, eran cosas que habríamos tenido que soportar de todos modos en las granjas o en los pueblos. No éramos hombres libres. Él le dio un sentido a la monotonía.

Las ridículas barcazas de quilla plana que se construyeron por centenares se revistieron de la potencia de galeones. Cuando nos hicimos a la mar, para practicar aquella peligrosa travesía de veinte millas, ya no hacíamos chistes hablando de redes para pescar camarones o de que aquellas bañeras servirían mejor a un ejército de lavanderas. Cuando él estaba en la playa gritando órdenes, ofrecíamos la cara al viento y le entregábamos a él nuestro corazón.

Las barcazas estaban pensadas para llevar a sesenta hombres cada una, y se calculó que veinte mil soldados se ahogarían durante la travesía o serían muertos por los ingleses antes de que atracásemos. A Bonaparte le parecía esta una previsión favorable; estaba acostumbrado a perder números similares de hombres en las batallas. A ninguno de nosotros le preocupaba ser uno de los veinte mil. No nos habíamos alistado para preocuparnos.

Según su plan, si la armada francesa podía dominar el Canal durante solo seis horas, él podría desembarcar su ejército e Inglaterra sería suya. Parecía absurdamente fácil. Ni el propio Nelson podía arrebatarnos aquellas seis horas. Nos reíamos de los ingleses, y casi todos teníamos planes para nuestra visita a su país. A mí me interesaba en especial visitar la Torre de Londres, pues el cura me había dicho que

estaba llena de huérfanos, de bastardos de origen aristocrático cuyos padres se avergonzaban de ellos y no deseaban tenerlos en casa. Los franceses no somos así; nosotros queremos a nuestros hijos.

Domino me dijo que se rumoreaba que estábamos cavando un túnel que nos haría aparecer en los campos de Kent.

—Tardamos una hora en cavar un agujero de dos palmos para tu amigo —añadió.

Otros rumores hablaban de un globo, de un cañón que disparaba hombres y de un plan para volar el Parlamento como había estado a punto de hacer Guy Fawkes. La historia del globo era la que los ingleses se tomaban más en serio y, para evitar que el globo aterrizase, construyeron altas torres a lo largo de los Cinco Puertos, para localizarnos y derribarnos.

Todo tonterías, pero yo creo que, si Bonaparte nos hubiese pedido que nos colocásemos unas alas y volásemos hasta el Palacio de St. James, habríamos emprendido el vuelo con la tranquilidad de un niño que suelta una cometa.

Sin él, durante las noches y los días en que los asuntos de estado le llamaban a París, nuestras noches y días se diferenciaban solo por la cantidad de luz que dejaban entrar. A mí, no teniendo nadie a quien amar, me parecía mejor adoptar la actitud de un erizo, y ocultaba mi corazón entre las hojas.

Me llevo bien con los curas, de modo que no me sorprendió que, además de Domino, mi amigo fuese Patrick, el excura con vista de águila importado de Irlanda.

En 1799, cuando Napoleón estaba aún luchando por el poder, el general Hoche, héroe de los escolares y antiguo amante de *Madame* Bonaparte, había ido a Irlanda y había estado a punto de vencer a los ingleses. Durante su estancia allí, oyó hablar de cierto cura, que había ahorcado los hábitos, cuyo ojo derecho era como el tuyo o como el mío, pero cuyo ojo izquierdo podía avergonzar al mejor telescopio. Su expulsión de la Iglesia se había debido a que observaba a las muchachas desde el campanario. Esto es algo que hacen todos los curas, pero en el caso de Patrick, merced a las milagrosas propiedades de su ojo, ningún seno estaba a salvo. Una joven podía estar desvistiéndose dos pueblos más allá, pero, si la tarde era clara y ella tenía los postigos abiertos, era como si hubiese ido a presencia del cura y se hubiese desnudado delante de él.

Hoche, hombre de mundo, no creía en los cuentos de viejas, pero pronto descubrió que las mujeres eran más listas que él. Aunque al principio Patrick negó la acusación y los hombres se rieron y hablaron de las fantasías de las mujeres, estas miraban al suelo y afirmaban que ellas sabían cuándo se las observaba. El obispo las había tomado en serio, no porque creyese lo que se decía del ojo de Patrick sino porque, al preferir él las formas suaves de los niños de su coro, el asunto le parecía de lo más repulsivo.

Un cura debería tener cosas mejores que hacer que mirar a las mujeres.

Hoche, atrapado en esta maraña de habladurías, hizo beber a Patrick hasta que apenas podía sostenerse en pie, y después le llevó a un altozano desde el cual se tenía una vista clara de todo el valle. Se sentaron uno al lado de otro y, mientras Patrick dormitaba, Hoche sacó una bandera roja y la agitó durante unos minutos. Después, despertando a Patrick de un codazo, hizo un comentario sobre la espléndida tarde y el hermoso paisaje. Por cortesía hacia su acompañante, Patrick se esforzó por seguir con la mirada el gesto del brazo de Hoche, murmurando algo sobre que los irlandeses habían sido bendecidos con su parte de paraíso en la tierra. Después se inclinó hacia adelante, entornó un ojo y, con una voz tan suave y santa como la del obispo durante la comunión, dijo:

—Mirad eso…

—¿Qué? ¿Ese halcón?

—Nada de halcones. Aquella mujer morena y fuerte como una vaca.

Hoche no veía nada, pero sabía lo que veía Patrick. Había pagado a una mujerzuela para que se desnudase en un campo situado a unas quince millas, y había dispuesto a sus hombres a intervalos regulares con sendas banderas rojas.

Cuando volvió a Francia, se llevó con él a Patrick.

En Boulogne, se solía encontrar a Patrick, como a Simeón el Estilita, en lo alto de un pilar erigido expresamente. Desde allí podía mirar al otro lado del Canal, informar sobre la situación de la flota de Nelson y advertir a nuestras tropas de cualquier peligro. Los barcos franceses que se alejaban demasiado del puerto podían recibir una violenta andanada si a los ingleses les daba por patrullar. Para que nos avisara, le habían dado a Patrick un cuerno alpino tan alto como un hombre. En las noches de niebla, aquel sonido melancólico resonaba hasta los acantilados de Dover, alimentando el rumor de que Bonaparte había contratado como vigía al mismísimo diablo.

¿Qué sentía al trabajar para los franceses?

Lo prefería a trabajar para los ingleses.

Como no tenía que servir a Bonaparte, pasaba mucho tiempo con Patrick en el pilar. La parte superior de este medía unos veinte pies por quince, de modo que había espacio suficiente para jugar a las cartas. A veces venía Domino para retarle a un combate de boxeo. Su pequeña estatura no constituía para él una desventaja, y, aunque Patrick tenía unos puños como balas de cañón, nunca consiguió darle un golpe a Domino, cuya táctica consistía en saltar de aquí para allá hasta que su oponente empezaba a cansarse. Entonces, aprovechando su oportunidad, Domino golpeaba una vez y solo una vez, no con los puños sino con los dos pies, tirándose de lado o de espalda, o bien pateando desde una velocísima vertical. Estos combates con Domino eran en plan de juego, pero yo le he visto derribar a un buey con solo saltarle a la frente.

—Si tuvieses mi estatura, Henri, aprenderías a cuidarte, y no confiarías en la bondad de la gente.

Mirando desde el pilar, yo le pedía a Patrick que me describiese la actividad que tenía lugar bajo las velas inglesas. Él veía a los almirantes con sus polainas blancas y a los marineros que trepaban arriba y abajo de las jarcias, moviendo las velas para aprovechar al máximo el viento. Había muchos azotes. Patrick aseguraba haber visto la piel de la espalda de un hombre levantarse de una pieza. Le mojaron en el mar para evitar que se le infectase, y le dejaron en cubierta mirando al sol. Patrick afirmaba que era capaz de ver el gorgojo en el pan.

Esta no os la creáis.

20 de julio de 1804. Aún no ha empezado a amanecer, pero ya no es de noche.

Hay inquietud en los árboles, en el mar, en el campamento. Los pájaros y nosotros dormimos a ratos, deseando estar dormidos pero tensos con la idea del despertar. Dentro de una media hora, esa conocida luz gris y fría. Después el sol. Y después las gaviotas chillando por encima del agua. Me levanto a esta hora casi todos los días, y bajo al puerto para mirar los barcos, que están atados como perros.

Espero hasta que el sol acuchilla el agua.

Los últimos diecinueve días han sido de mar en calma. Hemos secado la ropa sobre las piedras ardientes en lugar de colgarla al viento, pero hoy las mangas de la camisa me azotan los brazos, y los barcos se inclinan peligrosamente.

Hoy tenemos revista. Bonaparte llega dentro de un par de horas para ver cómo nos hacemos a la mar. Quiere hacer salir a
25 000
hombres en un cuarto de hora.

Este tiempo de hoy es inesperado. Si empeora, será imposible arriesgarse a cruzar el Canal.

Patrick dice que el Canal está lleno de sirenas. Cuenta que son las sirenas ávidas de hombres las que hacen que tantos se ahoguen.

Miro las blancas crestas que golpean los lados de los barcos, y me pregunto si esta tormenta es obra de las sirenas.

Mirándolo con optimismo, es posible que amaine.

Mediodía. La lluvia nos chorrea por la nariz y por la chaqueta, y nos cae en las botas. Para hablar con el hombre que tengo al lado tengo que hacer bocina con las manos. El viento ha soltado ya muchas barcazas, arrojando a los hombres a las revueltas aguas, riéndose de nuestros mejores nudos. Los oficiales dicen que hoy no podemos arriesgarnos a hacer prácticas. Bonaparte, cubriéndose la cabeza con la chaqueta, dice que podemos. Y podremos.

20 de julio de 1804. Hoy se han ahogado dos mil hombres.

Inmersos en un vendaval tan fuerte que Patrick, en su función de vigía, ha tenido que ser atado a unos barriles de manzanas, hemos descubierto que nuestras barcazas eran en efecto juguetes de niños. Bonaparte estaba de pie en el muelle, y les ha dicho a sus oficiales que ninguna tormenta puede vencernos.

—Si se cae el cielo, lo sostendremos con la punta de nuestras lanzas.

Quizá. Pero no hay voluntad ni hay arma capaz de sujetar el mar.

Yo estaba al lado de Patrick, atado, sin ver apenas debido a la espuma del mar, pero cada hueco que dejaba el viento me mostraba otro hueco donde había estado un barco.

Las sirenas ya no estarán solas.

Habríamos debido volvernos contra él, reírnos de él en su cara, agitarle en la cara los cabellos de alga de

los muertos. Pero su cara está siempre rogándonos que le demos la razón.

Por la noche, cuando hubo amainado la tormenta y estábamos en las tiendas empapadas con humeantes tazones de café, ninguno de nosotros habló.

Nadie dijo: «Dejémosle, odiémosle». Sosteníamos los tazones con las dos manos y nos tomábamos el humeante café con la ración de *brandy* que él había enviado especialmente para todos los hombres.

Aquella noche le serví yo, y su sonrisa alejó la locura de brazos y piernas que me llenaba los oídos y la boca.

Por la mañana, dos mil nuevos reclutas llegaron a Boulogne.

¿Pensáis alguna vez en vuestra infancia?

Yo pienso en ella cuando me llega el olor a gachas. A veces, cuando vuelvo de los muelles, voy a la ciudad y me dedico a rastrear el olor a pan tierno y a tocino. Y siempre, cuando paso junto a una determinada casa, que está igual que las demás en una especie de hilera y es igual a las demás, percibo el lento olor de las gachas. Duke pero con un punto de sal. Denso como una manta. No sé quién vive en esa casa, quién la lleva, pero imagino el fuego amarillo y la olla negra. En casa usábamos una olla de cobre a la que yo le sacaba brillo; me gustaba pulir todo lo que brillaba. Mi madre preparaba las gachas, dejando la avena toda la noche junto al fuego. Por la mañana, cuando gracias a sus esfuerzos con el fuelle, las chispas subían chimenea arriba, ponía a cocer la avena hasta que las paredes de la olla estaban secas y oscuras como papel marrón, y el grano blanco del interior se hinchaba y llenaba la olla hasta rebosar.

Caminábamos sobre el suelo de losas, pero en invierno ella echaba heno en el suelo, y entre el heno y la avena se creaba un olor a pesebre.

Casi todos mis amigos desayunaban pan caliente.

Yo era feliz, aunque esta es una palabra de adultos. A un niño no hace falta preguntarle si es feliz; es algo que se ve. Los niños son felices o no lo son. Los adultos hablan de felicidad porque en su mayoría no son felices. Hablar de felicidad es como intentar atrapar el viento. Es mucho más fácil dejar que nos envuelva. Aquí es donde yo discrepo de los filósofos. Ellos hablan de la pasión, pero carecen de ella. No habléis nunca de felicidad con un filósofo.

Pero ya no soy un niño, y a menudo el Reino de los Cielos se me escapa también. Ahora las palabras y las ideas se interponen siempre entre el sentimiento y yo. Hasta el sentimiento al que tenemos derecho por nacimiento, el de ser felices.

Esta mañana huelo a gachas y veo a un niño que contempla su imagen en una olla de cobre a la que ha sacado brillo. Su padre le ve y se echa a reír, y le ofrece el espejo que él usa para afeitarse. Pero en el espejo el niño solo puede ver una cara, mientras que en la olla puede ver todas las deformaciones de su cara. Ve muchas caras posibles; ve aquello en lo que puede convertirse.

Han llegado los reclutas, la mayoría sin bigote, todos con rosas en las mejillas. Productos frescos del campo, como yo. Su expresión es sincera y entusiasta. Les halagan, les dan uniformes y obligaciones para sustituir el grito que pedía el balde de la leche y los gruñidos insistentes de los cerdos. Tratándoles como a adultos, los oficiales les dan la mano.

Nadie habla de la revista de ayer. Estamos secos, las tiendas se están secando, las empapadas barcazas están en los muelles, boca abajo. El mar es inocente, y Patrick se afeita tranquilamente en su pilar. Están dividiendo a los reclutas en regimientos; por principio, se separa a los amigos. Esto es un nuevo comienzo. Estos muchachos son hombres.

Los recuerdos que hayan traído de su hogar estarán pronto perdidos o devorados.

Es curioso la diferencia que crean unos pocos meses. Cuando yo llegué aquí era igual que ellos, aún lo soy en muchos sentidos, pero mis compañeros ya no son aquellos muchachos tímidos con fuego de cañón en los ojos. Son más toscos, más duros. Es lógico que sea así, diréis, así es la vida en el ejército.

También es otra cosa, algo de lo que es difícil hablar.

Cuando llegamos aquí, veníamos de nuestras madres y nuestras novias. Estábamos acostumbrados a nuestras madres, cuyos brazos robustecidos por el trabajo podían abofetear al más fuerte de entre nosotros y dejarle los oídos zumbando. Y cortejábamos a nuestras novias a la manera del campo: lentamente, como los campos que maduran para la cosecha, y fieramente, como los arados que hacen surcos en la tierra. Aquí, sin mujeres, con solo nuestra imaginación y un puñado de putas, ni nos acordamos de qué es lo que hay en una mujer capaz de convertir a un hombre en algo santo por medio de la pasión. Palabras bíblicas otra vez, pero estoy pensando en mi padre, que se protegía los ojos con la mano en aquellas tardes abrasadas de sol y que aprendió a esperar a mi madre. Pienso en mi madre, con su corazón clamoroso, y en todas las mujeres

que esperan en los campos a los hombres que se ahogaron ayer, y en todos los hijos de madre que han ocupado su lugar.

Aquí no pensamos en ellas. Pensamos en sus cuerpos y, de vez en cuando, hablamos de nuestro pueblo, pero no pensamos en ellas como lo que son: las más fuertes, las más amadas, las bien conocidas.

Ellas siguen. Hagamos nosotros lo que hagamos, ellas siguen.

Había en el pueblo un hombre a quien le agradaba considerarse inventor. Andaba todo el día con poleas, trozos de cuerda y pedazos de madera, construyendo aparatos capaces de levantar una vaca, o colocando cañerías que llevasen a la casa el agua del río. Era un hombre que tenía luz en la voz y que se llevaba bien con sus vecinos. Acostumbrado a la decepción, sabía siempre atenuar la decepción de los demás. Y, en un pueblo sometido a la lluvia y al sol, hay muchas decepciones.

Mientras él inventaba y reinventaba, y mientras nos daba ánimos a nosotros, su mujer, que nunca hablaba excepto para decir «La cena está lista», trabajaba los campos y llevaba la casa y, además, como a él le gustaba la cama, se encontró al poco tiempo criando seis hijos.

Una vez, él fue a la ciudad y pasó allí unos meses intentando hacer fortuna; cuando volvió, sin fortuna y sin los ahorros de los dos, ella estaba sentada tranquilamente en una casa limpia, remendando ropa limpia, y los campos estaban sembrados para otro año.

Ya veis que yo le tenía simpatía a aquel hombre, y mentiría si dijera que no trabajaba, que no le necesitábamos a él ni sus palabras optimistas. Pero, cuando ella murió, de repente, una mañana, él perdió aquella luz que tenía en la voz; sus cañerías se llenaron de cieno y apenas fue capaz de recoger la cosecha, ni de criar a sus hijos.

Ella le había hecho posible. En este sentido, ella era su dios.

Como Dios, se vio descuidada.

Los reclutas lloran cuando llegan aquí; piensan en sus madres y en sus novias, y piensan en volverse a casa. Se acuerdan de lo que tienen sus hogares y que llevan en el corazón: no los sentimientos ni las demostraciones, sino las caras que aman. La mayoría de esos muchachos no han cumplido los diecisiete años, y se les pide que hagan en unas semanas lo que apenas consiguen los mejores filósofos en toda una vida: hacer acopio de su pasión por la vida y darle un sentido frente a la muerte.

Sin saber cómo, aprenden a olvidar, y poco a poco dejan de lado el verano ardiente que llevan en el cuerpo, y lo único que les queda es lujuria y rabia.

Después del desastre en el mar, empecé a escribir un diario. Lo hice para no olvidar. Para que cuando fuera viejo, cuando me apeteciese sentarme junto al fuego y mirar atrás, tuviera algo claro y seguro para contrarrestar las jugarretas que me gastase la memoria. Se lo dije a Domino, y él me replicó:

—La manera en que lo ves ahora no es más real que la manera en que lo verás entonces.

No estuve de acuerdo con él. Sabía que los ancianos confunden las cosas y mienten, que pintan el pasado muy bien porque ya ha pasado. ¿No lo había dicho así el propio Bonaparte?

—¿Quién eres tú? —me preguntó Domino—. Un muchacho criado por un cura y por una madre beata. Un chico que no sabe coger un mosquete para matar un conejo. ¿Por qué crees que puedes ver algo con claridad? ¿Por qué te crees con derecho a escribir un diario y restregármelo por las narices dentro de treinta años, si es que vivimos aún, diciéndome que tienes la verdad?

—Domino, no me interesa tanto la verdad como lo que siento. Mis sentimientos cambiarán, y quiero recordarlos como son ahora.

Él se encogió de hombros y se alejó. Nunca hablaba del futuro, y solo algunas veces, cuando estaba borracho, hablaba de su maravilloso pasado. Un pasado de mujeres con lentejuelas y de caballos de doble cola, en el que su padre se ganaba la vida haciéndose disparar por un cañón. Procedía de algún lugar de la Europa oriental, y tenía la piel de color aceituna seca. Solo sabíamos que había llegado a Francia por error, años atrás, y que había salvado a Josefina de las pezuñas de un caballo desbocado. Ella era entonces la señora Beauharnais, simplemente; era viuda y acababa de salir de la horrorosa prisión de Carmes. Su esposo había sido ejecutado durante el Terror; ella había escapado a la misma muerte porque Robespierre había sido asesinado la mañana que ella iba a ser decapitada. Domino afirmaba que era una dama sensata, y recordaba que, en sus días de penuria, solía invitar a los oficiales a jugar con ella al billar. Si perdía, les permitía que se quedasen a desayunar. Si ganaba, debían pagar una de sus facturas más acuciantes.

Nunca perdía.

Años después, había recomendado a Domino a su esposo, que buscaba un mozo de cuadras que le durase algún tiempo. Le habían encontrado haciendo de tragafuegos en una feria. Su lealtad a Bonaparte no era

muy clara, pero quería a Josefina y a los caballos.

Me hablaba de las adivinadoras que había conocido, y de cómo cada semana acudía la gente a ellas para que les desvelasen el porvenir o les revelasen el pasado.

—Pero yo te digo, Henri, que todo momento que le robes al presente es un momento que has perdido para siempre. Solo existe el ahora.

No le hice caso, y seguí escribiendo mi diario. En agosto, cuando el sol volvió la hierba amarilla, Bonaparte anunció su coronación para el próximo diciembre.

Inmediatamente, me concedió un permiso, y me dijo que después quería tenerme con él. Me dijo que íbamos a hacer grandes cosas. Me dijo que le gustaba ver llegar la cena junto con una cara sonriente. Siempre me ha pasado lo mismo con la gente: o bien no me hacen caso o bien me dan su confianza. Al principio pensé que esto me ocurría solo con los curas, pues los curas son más vehementes. Pero no son solo los curas. Debe de ser algo en mi aspecto.

Cuando empecé a trabajar directamente para Napoleón, pensé que hablaba en aforismos; nunca decía una frase como la diríais vosotros o yo, sino que expresaba las cosas como si fuesen grandes pensamientos. Yo los anotaba todos y, más adelante, me di cuenta de lo extraños que eran algunos. Eran frases de sus memorables discursos, y yo reconozco que lloraba cuando le oía hablar. Incluso cuando le odiaba, lloraba a veces al oírle, y no de miedo. Napoleón era grande. Es difícil ser sensato cuando uno se encuentra con una grandeza como la suya.

Tardé una semana en llegar a casa, a caballo cuando podía, y a pie el resto del camino. Se extendía la noticia de la coronación, y yo veía lo bien recibida que era por las sonrisas de la gente. Nadie se acordaba de que solo quince años atrás habíamos luchado por acabar de una vez por todas con la monarquía, que habíamos jurado no volver a luchar nunca excepto en defensa propia. Ahora queríamos un soberano, y queríamos que ese hombre dirigiese el mundo. No somos un pueblo excepcional.

Gracias a mi uniforme de soldado, todo el mundo me trataba con afecto; me daban de comer y me cuidaban, y me regalaban lo mejor de sus cosechas. A cambio, yo les contaba cosas del campamento de Boulogne, y les explicaba cómo veíamos a los ingleses en la otra orilla, temblando en sus botas. Exageraba e inventaba, e incluso mentía. ¿Por qué no? Eso les hacía felices. No les hablé de los hombres que se han casado con sirenas. Todos los mozos de las granjas querían alistarse inmediatamente, pero les aconsejé que esperasen a la coronación.

—Cuando vuestro emperador os necesite, os llamará. Hasta entonces, trabajad para Francia desde aquí.

Naturalmente, esto agradaba a las mujeres.

Había estado fuera seis meses. Cuando el carro que me llevaba me dejó a una milla de mi casa, sentí el deseo de dar media vuelta. Tenía miedo. Tenía miedo de que las cosas hubiesen cambiado, de que no se me recibiese bien. El viajero quiere siempre que el hogar siga estando como estaba. El viajero espera cambiar, volver con una tupida barba, con un hijo nuevo o con relatos de una vida maravillosa en la que los ríos están llenos de oro y el clima es suave. Yo venía cargado de relatos así, pero quería saber de antemano que me esperaba una audiencia favorable. Me aparté del camino y entré en el pueblo sigilosamente, como un bandido. Ya había imaginado lo que estarían haciendo mis padres. Ella estaría en el campo de patatas, y él en el establo. Yo bajaría la colina corriendo y celebraríamos mi llegada. No me esperaban; ningún mensaje les habría llegado en una semana.

Miré. Estaban los dos en los campos. Mi madre con las manos en las caderas, la cabeza echada hacia atrás, viendo como se reunían las nubes. Esperaba lluvia, y hacía sus planes de acuerdo con ella. Junto a ella, mi padre estaba quieto, con un saco en cada mano. Una vez, cuando era niño, había visto a mi padre en la misma posición, con dos sacos, pero estos estaban llenos de topos, con los bigotes aún llenos de tierra. Estaban muertos. Los cazábamos porque estropeaban los campos, pero entonces yo no sabía esto; solo sabía que mi padre los había matado. Fue mi madre quien me arrancó, helado de frío, de mi vigilia. Por la mañana, los sacos habían desaparecido. Después, yo mismo he matado topos, pero apartando la mirada.

Madre. Padre. Os quiero.

Nos quedamos hasta tarde muchas noches, bebiendo el áspero coñac de Claude, sentados ante el fuego hasta que este adquiría el color de las rosas marchitas. Mi madre hablaba de su pasado con alegría; parecía creer que, con un emperador en el trono, muchas cosas se arreglarían. Incluso hablaba de escribir a sus padres. Sabía que estos estarían celebrando el retorno de un monarca. Esto me sorprendió, pues yo creía que ella había apoyado siempre a los Borbones. Le pregunté si el hecho de coronarse como emperador le

hacía amar a aquel hombre al que antes odiaba.

—Ha hecho lo más conveniente, Henri. Un país necesita un rey y una reina a los que respetar.

—Se puede respetar a Bonaparte, sea rey o no.

Pero ella no podía. Y Napoleón lo sabía. No era simple vanidad lo que llevaba a aquel hombre al trono.

Cuando mi madre hablaba de sus padres, albergaba las mismas esperanzas que el viajero que vuelve al hogar. Pensaba en ellos como si no hubiesen cambiado, y describía los muebles de la casa como si en aquellos más de veinte años nada se hubiese trasladado de lugar, nada se hubiese roto. La barba de su padre tenía el mismo color. Yo comprendía sus esperanzas. Todos teníamos alguna esperanza que cifrar en Bonaparte.

El tiempo adormece muchas cosas. Le gente olvida, envejece, se cansa. Mi madre hablaba ahora con afecto de aquellas personas de las que había escapado, arriesgando la vida. ¿Había olvidado? ¿Había desgastado el tiempo su cólera? Me miró y dijo:

—Me hago mayor, Henri, y soy menos ambiciosa que antes. Acepto las cosas como vienen, sin hacer preguntas. Me gusta pensar en mis padres, me hace feliz quererles. Nada más.

Enrojecí. ¿Qué derecho tenía a pedirle explicaciones? ¿A apagar la luz que brillaba en sus ojos y a hacerla creerse tonta y sentimental? Me arrodillé ante ella, de espaldas al fuego, apoyando el pecho en sus rodillas. Ella sujetó la prenda que estaba zurciendo.

—Henri, eres como yo era antes —me dijo—. No soportas la debilidad.

Llovió durante varios días. Una lluvia fina que le empapaba a uno en media hora, sin la emoción de la lluvia intensa. Fui de casa en casa charlando y visitando a amigos, ayudándoles en algunas tareas. Mi amigo el cura estaba en una peregrinación, de modo que le dejé varias cartas muy largas del tipo que a mí me habría gustado recibir.

Me gusta el anochecer. No es la noche. Es aún una hora sociable. Nadie tiene miedo de andar solo sin linterna. Las chicas cantan mientras vuelven de ordeñar las vacas y, si les salgo al paso, gritan y me espantan, pero sin miedo. No sé por qué una clase de oscuridad es tan diferente de otra. La verdadera oscuridad es más densa y más silenciosa; llena el espacio que hay entre la chaqueta y el corazón. Se mete en los ojos. Cuando estoy fuera por la noche, no son los cuchillos lo que me da miedo, sino la Oscuridad. Tú que caminas tan alegremente, silbando, detente cinco minutos. Detente en la Oscuridad en un campo o en un sendero. Entonces te darás cuenta de que tu presencia es solo tolerada. La Oscuridad solo te permite dar un paso cada vez. El paso y la Oscuridad se cierran contra tu espalda. Delante de ti no hay espacio ninguno hasta que das el paso. La Oscuridad es absoluta. Caminar por la Oscuridad es como nadar por debajo del agua, solo que no se puede subir a coger aire.

De noche, cuando estamos quietos en la cama, la Oscuridad es suave al tacto; es de piel de topo, y lo apaga todo dulcemente. En el campo contamos con la luna y, cuando no hay luna, no entra por la ventana ninguna luz. La ventana está tapiada y vaciada en una perfecta superficie negra. ¿Se siente lo mismo cuando se es ciego? Yo lo creía así, pero me han dicho que no. Un buhonero ciego que nos visitaba regularmente se reía de lo que yo decía sobre la Oscuridad, y afirmaba que la Oscuridad era su mujer. Le comprábamos baldes, y le dábamos de comer en la cocina. A diferencia de mí, nunca derramaba lo que tenía en el plato, y siempre acertaba a meterse las cosas en la boca.

—Yo veo —decía—, solo que no uso los ojos.

Me dijo mi madre que había muerto el invierno pasado.

Está anocheciendo, y es la última noche de mi permiso. No queremos hacer nada fuera de lo habitual. No queremos pensar que voy a marcharme otra vez.

He prometido a mi madre que vendrá a París después de la coronación. Yo nunca he estado allí, y es este pensamiento lo que me hace más fácil despedirme. Allí estará Domino cuidando de su insensato caballo, enseñándole a dominar su fogosidad y a ir al paso junto a los animales de la corte. No está claro por qué Bonaparte se ha empeñado en que ese caballo esté presente en un momento tan importante. Es la montura de un soldado, no un ejemplar para desfiles. Pero Napoleón nos recuerda siempre que él también es un soldado.

Cuando por fin Claude se fue a dormir y nos quedamos solos, no hablamos. Nos quedamos con las manos cogidas hasta que se acabó el pabilo de la vela, y después permanecimos en la oscuridad.

París no había visto nunca tanto dinero.

Los Bonaparte hacían todo tipo de encargos, desde nata a obras de David. A David, que había halagado a Napoleón declarando que tenía una cabeza perfectamente romana, se le pidió que pintase la coronación, y

se le veía todos los días en Nôtre-Dame tomando apuntes y discutiendo con los obreros que intentaban reparar los estragos de la revolución y la miseria. Josefina, quien se ocupaba de las flores, no se había contentado con jarrones y arreglos. Había dibujado un plano de la ruta del palacio a la catedral, y se entregaba con tanto fervor como David a su efímera obra maestra. Yo la vi por primera vez cuando estaba junto a la mesa de billar, jugando con el señor Talleyrand, un caballero poco experto con las bolas. A pesar de su vestido, que, extendido, habría podido formar uña alfombra hasta la catedral, Josefina se inclinaba y se movía como si no llevase nada, haciendo hermosas líneas paralelas con el taco. Bonaparte me había vestido de lacayo y me había ordenado que le llevase la merienda a su alteza. A ella le gustaba tomar melón a las cuatro. El señor Talleyrand tomaría oporto.

Aquel humor festivo de Napoleón era casi una locura. Dos noches atrás, se había presentado a cenar vestido como el Pontífice, y le había preguntado lascivamente a Josefina cuánta intimidad le gustaría tener con Dios. Yo fijé la mirada en el pollo.

Ahora me había quitado mi uniforme de soldado y me había hecho vestir el traje de la corte. Me quedaba estrechísimo, y ello le hizo reír. Le gustaba reír. Era su única forma de relajarse, aparte de aquellos baños calientes que tomaba a cualquier hora del día o de la noche. En palacio, los criados que se ocupaban del cuarto de baño vivían en el mismo estado de inquietud que los de la cocina. En cualquier momento Napoleón podía pedir a gritos agua caliente, y pobres de ellos si la bañera no estaba llena. Yo solo había visto el cuarto de baño una vez. Era una gran sala con una bañera del tamaño de un barco y un gran horno en una esquina; los criados calentaban el agua, la vertían en la bañera, la sacaban y volvían a calentarla, y así una y otra vez hasta que él quería bañarse. Estos criados eran escogidos entre los mejores luchadores de Francia; eran hombres capaces de manejar las grandes ollas de cobre como si fuesen tazas de té, desnudos hasta la cintura, llevando solo unos pantalones de marinero que recogían el sudor y lo hacían bajar en regueros oscuros piernas abajo. Como los marineros, tenían su ración de licor, pero yo no sé de qué estaba hecho ese licor. El más corpulento, André, me ofreció un trago de su botella cuando asomé la cabeza por la puerta, asombrado por la cantidad de vapor que había en el aire y por aquel hombretón que parecía un genio. Acepté por cortesía, pero escupí aquel líquido marrón sobre las baldosas, pues estaba muy caliente. Él me pellizcó el brazo del mismo modo en que el cocinero pellizca los espaguetis, y me dijo que, cuanto más calor hace, más caliente está lo que se bebe.

—¿Por qué crees que beben tanto ron en la Martinica? —me preguntó, guiñando un ojo e imitando la actitud de su alteza.

Y ahora la tenía delante de mí y no me atrevía a anunciar el melón.

Talleyrand tosió.

—No me haréis fallar con vuestros gruñidos —dijo ella.

Él volvió a toser, y ella levantó la mirada. Al verme allí, dejó el taco y avanzó para tomar la bandeja.

—Conozco a todos los criados, pero a ti no te conozco.

—Soy de Boulogne, Majestad. He venido aquí para servir el pollo.

Se echó a reír, y sus ojos me recorrieron de arriba a abajo.

—No llevas ropa de soldado.

—No, Majestad. Se me ha ordenado que me vista así ahora que estoy en la corte.

Asintió.

—Creo que puedes vestirte como quieras. Le pediré que te pase a mi servicio. ¿No preferirías servirme a mí? El melón es más dulce que el pollo.

Su propuesta me horrorizó. Después de llegar tan cerca de él, ¿iba a perderle?

—No, Majestad. No sé preparar el melón. Solo sé asar pollo. Es lo que me han enseñado.

(Me pareció que hablaba como un chico de la calle).

Su mano se apoyó un instante en mi brazo, y me miró con perspicacia.

—Ya veo que eres un criado leal. Puedes irte.

Aliviado, retrocedí con una inclinación, y corrí abajo, a los aposentos de la servidumbre, donde tenía un cuartito para mí solo; la ventaja de ser un criado especial. Allí tenía mis pocos libros, una flauta que pensaba aprender a tocar y mi diario. Me puse a escribir sobre ella, o lo intenté. Se me escapaba, como se me habían escapado las putas de Boulogne. Decidí escribir sobre Napoleón.

En los días que siguieron, estuve ocupado con los muchos banquetes que se celebraron; todos nuestros territorios conquistados venían a felicitar al futuro emperador. Mientras los invitados se hartaban de pescados delicados y de ternera en salsas de reciente invención, él seguía fiel a su pollo; solía comerse uno entero cada noche, sin tocar las verduras. Nadie hizo nunca mención de esto. Le bastaba con toser para que toda la mesa quedase en silencio. De vez en cuando yo observaba que Josefina me miraba, pero, si nuestros

ojos se encontraban, ella me dirigía aquella media sonrisa suya y yo bajaba la mirada. El solo hecho de mirarla era agraviarle a él. Josefina le pertenecía, y yo la envidiaba por ello.

En las semanas siguientes, asaltó a Napoleón un temor enfermizo a ser envenenado o asesinado, no por él mismo, sino porque estaba en juego el futuro de Francia. Me hacía probar todo lo que comía antes de tocarlo, y dobló la guardia. Se rumoreaba que examinaba la cama antes de acostarse. No dormía mucho. Era como los perros: podía quedarse dormido y roncar en unos momentos, pero, cuando en su mente bullían muchas cosas, era capaz de permanecer despierto durante varios días, mientras sus generales y amigos se desplomaban a su alrededor.

Inesperadamente, a fines de noviembre, solo dos semanas antes de la coronación, me ordenó que volviese a Boulogne. Dijo que me hacía falta una verdadera instrucción militar, que le serviría mejor cuando pudiese manejar el mosquete además del cuchillo de trinchar. Tal vez me había visto enrojecer, tal vez conocía mis sentimientos, como conocía los de la mayoría de las personas. Me dio uno de aquellos dolorosos pellizcos en la oreja y me prometió que para el Año Nuevo me reservaba una ocupación especial.

Dejé, pues, la ciudad de los sueños cuando esta estaba a punto de florecer, y hube de conformarme con relatos de segunda mano de aquella alegre mañana en que Napoleón había tomado la corona de manos del Papa y se la había colocado él mismo en la cabeza, antes de coronar a Josefina. Dicen que compró todas las existencias de champán que tenía la señora Clicquot para aquel año. La señora Clicquot, viuda desde hacía poco tiempo y con todo el peso del negocio sobre sus hombros, debió de agradecer al cielo el retorno de un rey. Y no fue la única. Durante tres días, París abrió todas las puertas y encendió todos los candelabros. Solo los viejos y los enfermos se acostaron; para los demás, todo fue borrachera, locura y alegría. (Excluyo a los aristócratas, pero ellos no importan).

En Boulogne, con un tiempo terrible, hacía instrucción durante diez horas al día, y por las noches caía agotado en una húmeda tienda con un par de mantas delgadas. Nuestros víveres y condiciones habían sido siempre buenos, pero durante mi ausencia se habían alistado miles de hombres más, hombres que creían, merced a los buenos oficios de los fervientes clérigos de Napoleón, que el camino del cielo pasaba por Boulogne. Nadie estaba exento de reclutamiento. Los oficiales de reclutamiento decidían quién se quedaba y quién debía marcharse. Para Navidad, el campamento se había extendido hasta albergar a cien mil hombres, y se esperaba a más. Corríamos con mochilas que pesaban unas cuarenta libras, entrábamos y salíamos del mar, luchábamos unos con otros cuerpo a cuerpo, utilizábamos toda la tierra cultivable de los alrededores para alimentarnos. Aun así, no era suficiente y, a pesar de que a Napoleón le desagradaban los contratistas de víveres, la mayor parte de la carne que comíamos nos llegaba de desconocidas regiones y sospecho que de extraños animales. La ración diaria la componían dos libras de pan, cuatro onzas de carne y cuatro onzas de verdura. Robábamos lo que podíamos, nos gastábamos el dinero, cuando lo teníamos, en comida de las tabernas, y saqueábamos los tranquilos pueblos de los alrededores. Napoleón en persona ordenó que fuesen enviadas *vivandières* a los campamentos especiales. *Vivandière* es un eufemismo del ejército. Eran putas que no tenían razón alguna para estar *vivantes*. Su comida era a menudo peor que la nuestra, tenían que soportarnos durante tantas horas al día como nosotros pudiésemos tenernos en pie, y estaban mal pagadas. Las regordetas putas de la ciudad se compadecían de ellas, y a menudo visitaban los campamentos llevándoles mantas y hogazas de pan. Las *vivandières* eran fugitivas, vagabundas, hijas menores de familias demasiado numerosas, sirvientas que se habían cansado de acostarse con sus amos borrachos, y mujeres gordas y viejas que no podían ejercer su oficio en otro lugar. Al llegar, se le entregaba a cada una un juego de ropa interior y un vestido muy escotado con el que se les helaban los pechos en los días glaciales y salados. También les daban un chal, pero toda mujer a la que se encontrase cubierta con él en las horas de trabajo podía ser denunciada y sancionada. La sanción significaba que no se le pagaba nada la semana en cuestión. A diferencia de las putas de ciudad, que se protegían, cobraban lo que querían y cobraban individualmente, las *vivantes* debían atender a cuantos hombres las solicitaran, de día o de noche. Una noche me encontré a una de ellas que volvía, tambaleándose, de una fiesta de oficiales, y me dijo que había perdido la cuenta al llegar a los treinta y nueve hombres.

Cristo perdió el conocimiento a los treinta y nueve.

Casi todos teníamos grandes llagas allí donde la sal y el viento nos habían despellejado. Solían aparecer entre los dedos de los pies y en el labio superior. Los bigotes no servían de nada, pues los pelos irritaban aún más la piel.

Para Navidad, aunque las *vivandières* no tuvieron tiempo libre, nosotros sí, y nos reunimos alrededor del fuego brindando por el emperador con nuestras raciones extraordinarias de coñac. Patrick y yo nos regalamos con un ganso que robé; lo guisamos y nos lo comimos, con culpable alegría, en lo alto de su

pilar. Habríamos debido compartirlo con los demás, pero aun sin compartirlo nos quedamos con hambre. Patrick me contó cosas de Irlanda, de los fuegos de turba y de los gnomos que viven debajo de cada colina.

—Una vez me cogieron las botas y me las volvieron pequeñas como la uña del pulgar.

Me explicó que había ido a cazar furtivamente una hermosa noche de julio; la luna estaba alta y había muchas estrellas. Cuando iba por el bosque, vio un círculo de fuego verde de la altura de un hombre. En el centro del anillo había tres gnomos. Supo que eran gnomos y no elfos por las barbas y por las palas.

—Me quedé silencioso como un ratón, y me acerqué a ellos como si me acercase a un faisán.

Les oyó hablar de un tesoro que les habían robado a las hadas y que habían enterrado dentro del círculo de fuego. De pronto, uno de ellos levantó la cabeza y olfateó el aire, con expresión desconfiada.

—Huelo un hombre —dijo—. Un hombre sucio con barro en las botas.

—Pues entonces, ¿qué importa? —preguntó otro gnomo, riendo—. Nadie que lleve las botas sucias de barro puede entrar en nuestra cámara secreta.

—Es mejor que no nos arriesguemos —dijo el primero—. ¡Vámonos!

Y en un instante desaparecieron, junto con el círculo de fuego. Durante unos minutos, Patrick permaneció inmóvil, echado en las hojas, pensando en lo que acababa de oír. Después, asegurándose de que estaba solo, se quitó las botas y avanzó con cuidado hacia el lugar donde había estado el círculo de fuego. No vio en el suelo señales de que allí hubiese ardido nada, pero sintió un hormigueo en las plantas de los pies.

—Por esto supe que estaba en un lugar mágico.

Cavó durante toda la noche, y por la mañana no había encontrado otra cosa que un par de topos y un montón de gusanos. Agotado, volvió al lugar donde había dejado las botas, y allí las encontró.

—Pequeñas como la uña de mi pulgar.

Rebuscó en sus bolsillos y me puso en las manos un diminuto par de botas, perfectamente hechas, con los talones desgastados y los cordones raídos.

—Te juro que estas botas eran tan grandes como mis pies.

Yo no sabía si creerle o no, y él se dio cuenta de que levantaba las cejas en un gesto de duda. Extendió la mano para tomar las botas.

—Tuve que volver a casa descalzo, y aquella mañana, cuando fue la hora de decir misa, apenas pude arrastrarme hasta el altar. Estaba tan cansado que le di el día libre a la congregación.

Me sonrió con su sonrisa torcida y me dio una palmada en el hombro.

—Créeme —dijo—. Te estoy contando historias.

Me contó otras historias. Me habló de la Virgen María, y me dijo que no se fiaba de ella.

—Las mujeres son más listas que nosotros —declaró—. Siempre saben cuando mentimos. Ella, aunque sea la Santísima Virgen, es una mujer, y no he conocido a ningún hombre a quien le hiciese caso. Ya le puedes rezar día y noche, que no te escuchará. Los hombres, es mejor que le pidamos las cosas a Jesús.

Alegué que la Virgen María era nuestra mediadora.

—Sí lo es, pero es la mediadora de las mujeres. En mi pueblo teníamos una imagen de ella, una imagen tan real que parecía la Virgen en carne y hueso. A veces, cuando venían las mujeres con sus lágrimas y sus flores, yo me escondía detrás de un pilar y miraba, y te juro por todos los santos que la imagen se movía. En cambio, cuando venían los hombres, con la gorra en la mano, rezando y pidiendo esto y aquello, la imagen era como de piedra, la piedra de la que estaba hecha. Se lo decía a los hombres una y otra vez: «Rezadle directamente a Jesús» (que tenía una imagen cerca), pero no me hacían caso, porque a todo hombre le gusta creer que tiene una mujer que le escucha.

—¿Así que tú no le rezas a la Virgen?

—Claro que no. Hemos llegado a un acuerdo, por así decirlo. Yo cuido de ella, le doy el respeto que se merece, y vamos cada uno por nuestro lado. Ella no sería así si Dios no la hubiese violado.

—¿Qué dices?

—Mira, a las mujeres les gusta que las trates con respeto. Que les preguntes antes de tocarlas. Yo nunca he creído que fuese correcto por parte de Dios enviarle a su ángel sin pedirle permiso y hacer lo que hizo sin darle tiempo ni de peinarse. Creo que ella nunca se lo ha perdonado. Dios se precipitó. No le echo en cara que ahora se muestre tan altiva.

Nunca había pensado en la Virgen María de aquella manera.

A Patrick le gustaban las chicas, y no se privaba de mirarlas furtivamente.

—Pero, a la hora de la verdad, nunca tomaría a una mujer sin darle tiempo de peinarse.

Pasamos el resto de nuestro permiso de Navidad en lo alto del pilar, resguardándonos del frío detrás de los barriles de manzanas y jugando a las cartas. Pero, la víspera de Año Nuevo, Patrick colocó la escalera y

dijo que íbamos los dos a comulgar.

—Yo no soy creyente.

—Entonces vendrás como amigo mío.

Me convenció prometiéndome una botella de coñac para después, y nos pusimos en marcha por las calles heladas hasta la iglesia de los marineros, que Patrick prefería a las plegarias del ejército.

La iglesia se iba llenando lentamente de hombres y mujeres del pueblo, muy abrigados pero vestidos con las mejores ropas que habían podido encontrar. Nosotros éramos los únicos del campamento. Probablemente, éramos los únicos que aún estábamos sobrios con aquel tiempo horroroso. La iglesia no tenía decoración, excepto los ventanales de colores y la imagen de la Virgen María vestida de rojo. Al pasar ante ella, sin darme cuenta, le hice una pequeña inclinación, y Patrick, al verme, me sonrió con su sonrisa torcida.

Cantamos con nuestra voz más potente. El calor y la proximidad de las otras personas conmovió mi corazón incrédulo, y también yo vi a Dios a través de la escarcha. Los sencillos ventanales estaban adornados por la escarcha, y el suelo de piedra que recibía nuestras rodillas tenía la frialdad de una tumba. Los mayores estaban muy compuestos y sonreían, y los niños, algunos de los cuales eran tan pobres que se abrigaban las manos con vendas, parecían ángeles.

La Virgen María nos miraba.

Dejamos los manchados misales que solo algunos sabíamos leer, y tomamos la comunión con el corazón puro. Patrick, que se había recortado el bigote, volvió a situarse al final de la cola y comulgó por segunda vez.

—Doble bendición —me susurró.

Yo no había pensado tomar la comunión, pero mi deseo de certidumbre y de unos brazos fuertes, así como la silenciosa santidad que me rodeaba me hicieron ponerme en pie y subir por el pasillo central, donde los desconocidos me miraban como si fuese su hijo. De rodillas, con el incienso que me mareaba y la lenta repetición del cura, que me calmaba el corazón palpitante, volví a pensar en una vida con Dios, pensé en mi madre, que ahora estaría también arrodillada, muy lejos, extendiendo las manos para recibir su parte del Reino de los Cielos. En mi pueblo, todas las casas estarían vacías y silenciosas, y el granero estaría lleno. Lleno de buenas gentes que no tenían iglesia y que formaban ellos mismos una iglesia, con su carne y su sangre.

El ganado duerme pacientemente.

Tomé la hostia en la lengua, y me quemó. El vino sabía a hombres muertos, a dos mil hombres muertos. En la cara del sacerdote vi a hombres muertos que me acusaban. Vi tiendas empapadas al amanecer. Vi a mujeres con los pechos azulados. Me aferré al cáliz, aunque notaba que el cura intentaba quitármelo.

Me aferré al cáliz.

Cuando el cura me apartó las manos suavemente, vi que tenía en las dos palmas la huella de la plata. ¿Eran aquellos mis estigmas? ¿Me sangrarían las manos por cada muerto, por cada muerte en vida? Si eso era lo que le ocurría a un soldado, no quedarían soldados. Nos iríamos al pie de la colina con los gnomos. Nos casaríamos con las sirenas. Nunca abandonaríamos nuestros hogares.

Salí a la noche helada. Aún no eran las doce. No sonaba ninguna campana, no había ninguna antorcha encendida anunciando el Año Nuevo y alabando a Dios y al emperador.

Este año se ha ido, pensé. Se está acabando y no volverá nunca. Tiene razón Domino: solo existe el ahora. Olvida el pasado. Olvídalo. No puedes hacerlo volver. No puedes hacerles volver.

Dicen que cada copo de nieve es diferente. Si eso fuese verdad, ¿cómo podría seguir adelante el mundo? ¿Cómo podríamos ponernos en pie después de caer de rodillas? ¿Cómo podríamos recuperarnos de una maravilla así?

Olvidando. No se puede retener en la mente demasiadas cosas.

Solo existe el presente, y nada que recordar.

En las piedras de la calle, un niño había dibujado con tiza roja de sastre un juego de tres en raya, que se veía aún debajo de una capa de hielo. Se juega, se gana, se juega, se pierde. Se juega. Lo irresistible es jugar. Jugar a los dados de un año para otro con las cosas que se ama; lo que uno arriesga indica lo que uno valora. Me senté en el suelo, y, rascando el hielo, tracé mi propio cuadrado de inocentes ceros e irritadas cruces. Tal vez el diablo querría jugar conmigo. Tal vez la Virgen María. Napoleón, Josefina. Si uno pierde, ¿importa ante quién?

De la iglesia me llegó el murmullo del último himno.

No era indiferente como los himnos de los monótonos domingos en que la congregación preferiría estar en la cama o con sus novias. No era un tibio llamamiento a un Dios exigente, sino un canto de amor y confianza que se elevaba hasta el techo de la iglesia, que abría la puerta, que arrancaba el frío de la piedra, que hacía gritar a las piedras. La iglesia vibraba.

Mi alma alaba al Señor.

¿Qué les daba aquella alegría?

¿Qué les daba a aquellas gentes, víctimas del hambre y del frío, la certeza de que otro año solo podía ser mejor? ¿Era Él, el que estaba en el trono? ¿Su pequeño Señor con su sencillo uniforme?

¿Qué importa? ¿Por qué me hago preguntas sobre lo que veo que es real?

Calle abajo, viene una mujer con el pelo revuelto; sus botas producen chispas amarillas en el hielo. Se ríe. Lleva en brazos a un bebé, al que agarra muy fuerte. Viene derecha hacia mí.

—Feliz Año Nuevo, soldado.

El bebé está despierto. Tiene los ojos límpidos y azules, y unos dedos curiosos que se mueven de sus botones a su nariz, y que después extiende hacia mí. Les abrazo a los dos, y formamos una extraña figura que se tambalea un poco junto al muro. El himno ha terminado, y el silencio me coge por sorpresa.

El bebé eructa.

Entonces se elevan las antorchas al otro lado del canal, y nos llega con claridad un griterío de alegría de nuestro campamento, que está a dos millas de distancia. La mujer se aparta, me da un beso y desaparece con sus tacones chispeantes. Virgen María, ve con ella.

Aquí vienen, con el Señor pegado a sus corazones para otro año. Cogidos del brazo, abrazados, algunos corriendo, otros dando grandes zancadas como los invitados de una boda. El cura está a la puerta de la iglesia, de pie en un charco de luz, y junto a él, los monaguillos con sus túnicas escarlata protegen del viento las velas santas. Desde donde yo estoy, al otro lado de la calle, veo la puerta de la iglesia, el pasillo central y el altar. Ahora no hay nadie en la iglesia, a excepción de Patrick, que está de pie de espaldas a mí, junto a la barandilla del altar. Cuando sale, las campanas repican furiosamente, y una docena de mujeres a las que no conozco de nada me han abrazado y me han felicitado. Casi todos los hombres van en grupos de cinco o seis, y se han quedado cerca de la iglesia, pero las mujeres se cogen de las manos y forman un gran corro que obstruye la calle. Se ponen a bailar, y giran cada vez más aprisa hasta que me mareo al mirarlas. No reconozco lo que cantan, pero sus voces son potentes. Apropiaos de mi corazón.

Quiero estar allí donde esté el amor; lo seguiré con tanta certeza como el salmón que desde su río encuentra el mar.

—Toma un trago —me dijo Patrick, acercándome una botella—. Nunca probarás otra cosa igual.

—¿De dónde lo has sacado?

Olí el corcho, que era redondo, maduro y sensual.

—De detrás del altar. Siempre se guardan un poco para ellos.

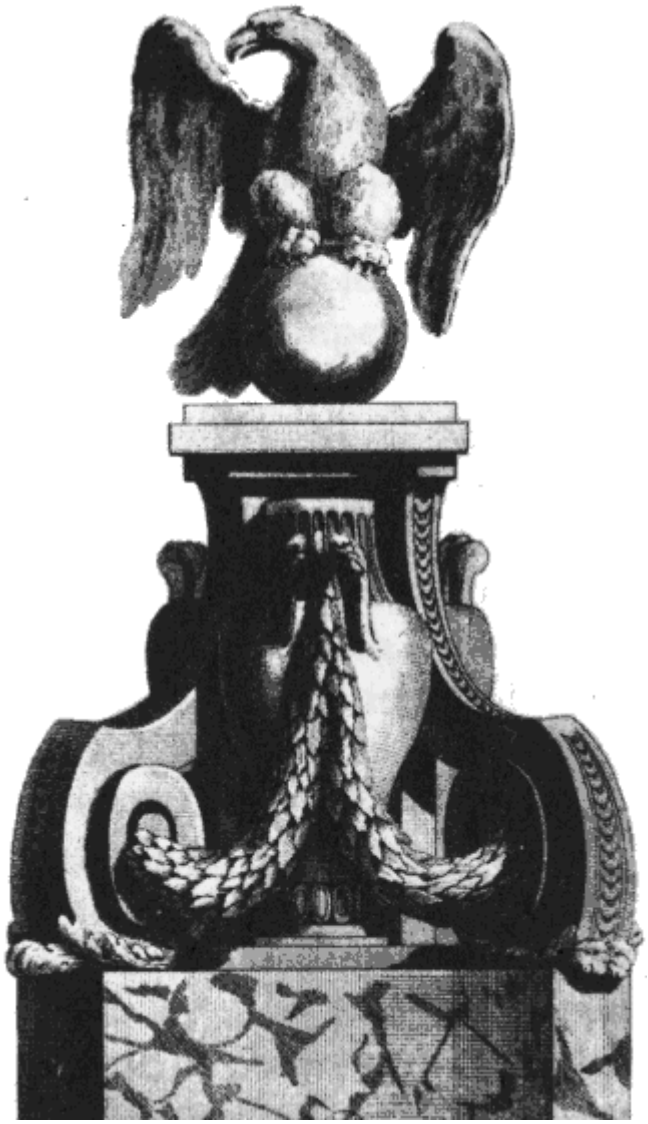
Recorrimos a pie las millas que nos separaban del campamento, y nos encontramos con un grupo de soldados que llevaban a uno que se había arrojado al mar para celebrar el Año Nuevo. No había muerto, pero estaba tan aterido de frío que no podía hablar. Le llevaban a un burdel para que entrase en calor.

Soldados y mujeres. Así es el mundo. Cualquier otro papel es temporal. Cualquier otro papel es un gesto.

Aquella noche dormimos en la cocina, como concesión al inimaginable frío. Era un frío que ya no se sentía. Cuando el cuerpo tiene que soportar demasiado, se cierra; sigue su camino en silencio por dentro, dejándole a uno aterido y medio muerto. Rodeados de cuerpos helados, de hombres borrachos que dormían las últimas horas de otro año, nos acabamos el vino y el coñac y metimos los pies bajo los sacos de patatas, después de quitarnos las botas y nada más. Oí como la regular respiración de Patrick se iba convirtiendo en un ronquido. Estaba perdido en su mundo de gnomos y de tesoros, seguro siempre de que encontraría algún tesoro, aunque fuese solo una botella de vino detrás del altar. Tal vez la Virgen María cuidaba de él.

Seguí despierto hasta que las gaviotas empezaron a chillar. Era el día de Año Nuevo de 1805, y yo tenía veinte años.

Dos
LA REINA DE PICAS



Hay una ciudad rodeada de agua con canales en lugar de calles y avenidas, y con callejones de cieno que solo pueden cruzar las ratas. Si te pierdes, cosa fácil, puedes encontrarte mirando a cien ojos que guardan un sucio palacio de sacos y huesos. Si te orientas, cosa fácil, puedes encontrarte con una vieja en un portal. Según la cara que tengas, te dirá la buena ventura.

Esta es la ciudad de los laberintos. Puedes salir cada día del mismo lugar para ir al mismo lugar y no pasar dos veces por el mismo camino; si lo haces, será por error. Tu nariz de sabueso no te servirá de nada. Te será inútil el curso de lectura de brújula. Tus seguras instrucciones a los transeúntes les enviarán a plazas de las que no han oído hablar nunca, a canales que no están en los planos.

Aunque todo lugar al que se va está siempre delante de uno, en esta ciudad no se puede decir nunca «todo recto». Ningún camino recto te ayudará a llegar al café que está al otro lado del agua. Los caminos más rectos son los que toman los gatos, por agujeros imposibles, por esquinas curvas que parecen llevarle a uno en la dirección opuesta. En esta ciudad veleidosa, es necesaria la fe.

Con fe, todo es posible.

Se dice que los habitantes de esta ciudad saben andar por encima del agua. Y, cosa más extraña aún, que tienen los dedos de los pies palmeados. No todos, sino los barqueros, cuyo oficio es hereditario.

He aquí la leyenda.

Cuando la mujer de un barquero se da cuenta de que está embarazada, espera a que haya luna llena y que la noche se vacíe de rezagados. Entonces, coge la barca de su marido y se dirige a una isla terrible en la que están enterrados los muertos. Deja unas ramas de romero en los remos para que no puedan volver con ella los difuntos, y va a la tumba de aquel de sus familiares que ha muerto más recientemente. Ha traído unas ofrendas: una botella de vino, un mechón de pelo de su marido y una moneda de plata. Debe dejar las ofrendas en la tumba y pedir que su hija sea honesta, si es una niña, o que tenga pies de barquero, si es un niño. No hay tiempo que perder. Tiene que volver a casa antes de que amanezca, y dejar la barca cubierta de sal durante un día y una noche. Así preservan los barqueros sus secretos y su oficio. Ningún intruso puede competir con ellos. Y ningún barquero consiente nunca en quitarse las botas, se le ofrezca lo que se le ofrezca. He visto a turistas echar diamantes a los peces, pero nunca he visto a un barquero quitarse las botas.

Hubo una vez un hombre débil y estúpido cuya esposa limpiaba la barca, vendía el pescado, criaba a los hijos e iba a la isla terrible, como era su obligación, cada año, cuando le llegaba el momento. En su casa hacía calor en verano y frío en invierno, y había muchas bocas y poca comida. Este barquero, mientras llevaba a un turista de una iglesia a otra, trabó conversación con él, y el hombre sacó el tema de los dedos palmeados. Mientras hablaba, se sacó del bolsillo una bolsa de oro y la dejó en el fondo de la barca. Se acercaba el invierno; el barquero estaba flaco, y pensó que qué podría haber de malo en quitarse una bota y dejarle ver un pie al turista. A la mañana siguiente, la barca fue recogida por dos curas que iban a misa. El turista farfullaba incoherencias y se tiraba de los dedos de los pies. El barquero no estaba. Llevaron al turista al manicomio, a San Servelo, un lugar tranquilo en el que se atiende a los deficientes acomodados. Que yo sepa, sigue allí.

¿Y el barquero?

Era mi padre.

No llegué a conocerle, pues cuando desapareció yo no había nacido.

Unas semanas después de quedarse mi madre sola con una barca vacía, descubrió que estaba encinta. Aunque su futuro era incierto, y aunque ya no estaba, en rigor, casada con un barquero, decidió volver a cumplir con el macabro ritual, y en la noche de luna llena remó silenciosamente por la laguna. Cuando amarraba la barca, pasó una lechuza volando muy bajo y le rozó el hombro con el ala. No le hizo daño, pero ella dio un grito y se echó atrás, y se le cayó al mar la rama de romero. Por un momento pensó en

volver a casa, pero se santiguó, corrió a la tumba de su padre y dejó las ofrendas. Sabía que habría debido ir a la tumba de su esposo, pero este no tenía tumba. Era muy propio de él, pensó, estar tan ausente en la muerte como lo había estado en vida. Se alejó de la playa que evitaban hasta los cangrejos, y después cubrió la barca con tanta sal que se hundió.

Debió de protegerla la Virgen, pues, ya antes de que yo naciese, se había vuelto a casar. Esta vez, con un próspero panadero que podía permitirse hacer fiesta los domingos.

La hora de mi nacimiento coincidió con un eclipse de sol, y mi madre hizo lo que pudo para retrasar el parto hasta que hubiese pasado. Pero yo era entonces tan impaciente como ahora, y saqué la cabeza mientras la comadrona estaba abajo calentando leche. Una hermosa cabeza con una mata de pelo rojo y un par de ojos que valían por el sol.

Una niña.

Fue un parto fácil, y la comadrona me sostuvo cabeza abajo, por los tobillos, hasta que rompí a llorar. Pero cuando me echaron para que me secase, mi madre se desmayó y la comadrona se sintió obligada a abrir otra botella de vino.

Tenía los dedos de los pies palmeados.

En toda la historia de los barqueros, no había habido una sola niña que tuviese los pies de aquel modo. Mi madre, en su desmayo, vio ramas de romero, se reprochó su descuido. ¿O tal vez era su despreocupado placer con el panadero lo que debía echarse en cara? No había pensado en mi padre desde que se había hundido la barca. Ya no pensaba mucho en él cuando la barca estaba a flote. La comadrona tomó el cuchillo que llevaba, de hoja gruesa, y propuso cortar enseguida las membranas. Mi madre asintió débilmente, suponiendo que yo no sentiría dolor o que un momento de dolor sería mejor que una vida de vergüenza. La comadrona intentó hacer una incisión en el triángulo translúcido que unía los dos primeros dedos, pero el cuchillo rebotó sin dejar marca. Volvió a intentarlo en todas las demás membranas. Lo único que consiguió fue doblar la punta del cuchillo.

—Es la voluntad de la Virgen —dijo por fin, acabándose la botella—. Contra esto no hay cuchillo que valga.

Mi madre se puso a llorar y a gemir, y siguió así hasta que llegó a casa mi padrastro. Este era un hombre de mundo, y no le asustaban unos dedos palmeados.

—Mientras la niña lleve zapatos —declaró—, nadie se dará cuenta, y, cuando le salga marido, no serán los pies lo que le interesará.

Esto consoló un poco a mi madre, y pasamos los siguientes dieciocho años haciendo una vida familiar normal.

Desde que Bonaparte tomó nuestra ciudad de laberintos, en 1797, nos hemos abandonado más o menos al placer. ¿Qué otra cosa se puede hacer cuando se ha llevado una vida libre y orgullosa y de pronto se pierde la libertad y el orgullo? Nos convertimos en una isla encantada para los locos, los ricos, los aburridos, los pervertidos. Nuestros días de gloria habían pasado, pero nuestros excesos acababan de empezar. Aquel hombre derribó nuestras iglesias por capricho, y saqueó nuestros tesoros. Esa mujer suya lleva en la corona piedras preciosas que estaban en San Marcos. Y, lo más triste, ha hecho vaciar en bronce nuestros caballos vivos por unos hombres que extendían los brazos entre Dios y el Demonio y aprisionaban la vida en una forma metálica. Se los llevó de la Basílica y los ha hecho colocar en no sé qué plaza hecha en serie de esa puta de las ciudades, París.

A mí me gustaban cuatro iglesias, que miraban por encima de la laguna a las islas tranquilas que nos rodean. Él las echó abajo para hacer un parque público. ¿Para qué queríamos un parque público? Y, si lo hubiésemos elegido nosotros, no lo habríamos llenado con centenares de pinos dispuestos en hileras como los soldados de un regimiento. Dicen que Josefina es botánica. ¿No podía haber encontrado algo más exótico? Yo no odio a los franceses. Mi padre les aprecia, pues han hecho prosperar su negocio con su gusto por los pasteles disparatados.

Y me puso un nombre francés.

Villanelle. Es bastante bonito.

No odio a los franceses. Les ignoro.

A los dieciocho años, entré a trabajar en el casino. No hay muchos trabajos para una chica. No quería trabajar en la tahona y acabar con las manos coloradas y los antebrazos como muslos. No podía ser bailarina, por razones obvias, y lo que más me habría gustado hacer, llevar una barca, me estaba vedado por razón de mi sexo.

A veces salía a remar, y recorría sola los canales y la laguna, durante horas. Aprendí los secretos de los barqueros, por observación y por instinto.

Si alguna vez veía una popa desaparecer por un canal negro y estrecho, la seguía, y descubría la ciudad dentro de la ciudad que conocen unos pocos. En esa ciudad interior hay ladrones, judíos y niños de ojos achinados que han venido de las estepas orientales sin padre ni madre. Andan en manadas como los gatos y las ratas, y buscan la misma comida. Nadie sabe por qué están aquí ni en qué siniestro barco llegaron. Parece que mueren a los doce o trece años, pero siempre vienen otros. Les he visto darse cuchilladas por unos asquerosos restos de pollo.

También hay exiliados. Hombres y mujeres expulsados de los relucientes palacios que se yerguen con tanta elegancia sobre los brillantes canales. Hombres y mujeres que están oficialmente muertos según los registros de París. Están aquí, con los objetos de oro que metieron en una bolsa cuando huyeron. Mientras los judíos les compran el oro y mientras dura el oro, sobreviven. Cuando se ve flotar los cadáveres boca arriba, es que se ha acabado el oro.

Ahora vive aquí, en esta ciudad silenciosa, una mujer que tenía una flota de barcas y una bandada de gatos, y que negociaba en especias. No sé qué edad tendrá; tiene el pelo verde del légamo del agujero en el que vive. Se alimenta de la materia vegetal que queda enganchada en las piedras cuando baja la marea. No tiene dientes. No los necesita. Aún va vestida con las cortinas que arrancó, al partir, de la ventana de su salón. Lleva una cortina arrollada al cuerpo, y la otra por encima de los hombros como una capa. Duerme así.

Yo he hablado con ella. Cuando oye pasar una barca, saca la cabeza de su escondrijo y le pregunta al que pasa qué hora puede ser. Nunca pregunta qué hora es; esa mujer es como un filósofo. La vi una vez, por la noche; su repulsivo cabello estaba iluminado por una lámpara que tiene. Estaba colocando sobre una tela unos pedazos de carne rancia, y junto a ella tenía unos vasos de vino.

—¡Tengo invitados a cenar! —me gritó, cuando yo me deslizaba por el otro lado—. ¡Te habría invitado, pero no sé cómo te llamas!

—¡Villanelle! —le grité.

—Eres veneciana, pero llevas tu nombre como un disfraz. Ten cuidado con los dados y con los juegos de azar.

Se volvió hacia su mantel, y, aunque volvimos a vernos, nunca usó mi nombre, ni dio señal alguna de reconocerme.

Entré a trabajar en el casino. Echaba los dados, repartía cartas y robaba las carteras que podía. Cada noche la gente se bebía todo el champán de la bodega, y había un perro al que mantenían hambriento para que atacase a quienes no podían pagar. Yo me vestía de muchacho, porque esto es lo que les gustaba ver a los visitantes. Era parte del juego, intentar adivinar qué sexo se escondía detrás de los ajustados pantalones y del extravagante maquillaje…

Era el mes de agosto. El cumpleaños de Bonaparte, una noche calurosa, íbamos a asistir a un baile en la Plaza de San Marcos, aunque no estaba claro qué teníamos que celebrar los venecianos. De acuerdo con nuestras costumbres, iba a ser un baile de disfraces, y el casino colocaba al aire libre mesas de juego y casetas de la suerte. Llenaban nuestra ciudad los amigos de los placeres, franceses y austríacos, el habitual desfile de ingleses perplejos e incluso un grupo de rusos empeñados en divertirse. Satisfacer a nuestros huéspedes es lo que hacemos mejor. El precio es alto pero el placer es exacto.

Me pinté los labios con bermellón y me puse polvos blancos. No necesité ponerme un lunar, pues tenía uno propio en el lugar adecuado. Me puse los pantalones amarillos del casino, con la franja a cada lado de las piernas, y una camisa de pirata que me ocultaba los pechos. Esto era necesario, pero el bigote que añadí fue para divertirme. Y quizá también para protegerme, pues en las noches de fiesta hay muchos callejones oscuros y muchas manos de borrachos.

En nuestra incomparable plaza, que Bonaparte había llamado desdeñosamente el salón más bello de Europa, nuestros ingenieros habían erigido una estructura de madera cargada de pólvora. Iban a prenderla a las doce de la noche, y yo confiaba en que, con tantas cabezas mirando a lo alto, muchos bolsillos serían vulnerables.

El baile empezó a las ocho, y yo empecé la noche dando cartas en la caseta de la suerte.

Reina de picas, gana, as de trébol, pierde. Vuelva a jugar. ¿Qué quiere jugarse? ¿El reloj? ¿La casa? ¿La amante? Me gusta oler esa ansiedad que tienen. Hasta los más tranquilos, los más ricos, tienen ese olor. Es algo que está entre el miedo y el sexo. Pasión, supongo.

Hay un hombre que viene muchas noches al casino a probar suerte conmigo. Es un hombre grueso que tiene almohadillas de carne en las manos, como masa de panadero. Cuando me aprieta el cuello por detrás,

el sudor de sus manos las hace rechinar. Siempre llevo un pañuelo. Lleva un chaleco verde, y yo le he visto despojado de todo excepto ese chaleco, porque no puede ver unos dados sin ponerse a jugar. Tiene dinero, sin duda. Se gasta en un momento lo que yo gano en un mes. Pero es listo, a pesar de su locura en la mesa de juego. Muchos hombres, cuando están borrachos, llevan el billetero o la bolsa en la manga. Quieren que todo el mundo sepa lo ricos que son, el oro que tienen. Él no. Lleva una bolsa debajo del pantalón, y se vuelve de espaldas para meter la mano en ella. Esa bolsa nunca será mía.

No sé qué otra cosa puede haber bajo ese pantalón.

Él se pregunta lo mismo acerca de mí. Siempre le pillo mirándome la entrepierna, y algunos días me pongo ahí un faldellín para provocarle. Tengo los pechos pequeños, de modo que el escote no me delata, y soy alta para ser chica, sobre todo para ser veneciana.

No sé qué diría ese hombre de mis pies.

Esta noche lleva su mejor traje, y el bigote reluciente. Despliego las cartas ante él; las junto, las barajo, las despliego otra vez. Él toma una. Demasiado baja. Toma otra. Demasiado alta. Pierde. Se echa a reír y echa una moneda en el mostrador.

—¿Te ha crecido ese bigote en dos días?

—En nuestra familia tenemos mucho pelo.

—Te queda bien.

Su mirada es indiscreta, como de costumbre, pero yo estoy detrás del mostrador. Saca otra moneda. Extiendo las cartas. Valet de corazones. Una carta de mal agüero, pero él no lo cree así; promete volver y, llevándose el valet para que le dé suerte, se va a la mesa de juego. La chaqueta le aprieta las posaderas. Siempre se llevan las cartas. No sé si sacar otra baraja o hacerle trampas al próximo cliente. Dependerá de quién sea el próximo cliente.

Me encanta la noche. En Venecia, hace mucho tiempo, cuando teníamos nuestro propio calendario y nos manteníamos a distancia del mundo, empezábamos los días por la noche. ¿Para qué queríamos el sol si nuestro comercio, nuestros secretos y nuestra diplomacia dependían de la oscuridad? En la oscuridad se está disfrazado, y esta es la ciudad de los disfraces. En aquellos tiempos (que no puedo situar en el tiempo porque el tiempo tiene que ver con la luz del día), en aquellos tiempos, cuando se ponía el sol, abríamos las puertas y nos deslizábamos por las aguas escurridizas con una luz cubierta en la proa. Entonces, todas nuestras barcas eran negras y no dejaban huella en el agua. Comerciábamos con perfumes y sedas. Esmeraldas y diamantes. Asuntos de estado. No construimos nuestros puentes solo para evitar andar sobre el agua. Nada tan simple. Un puente es un lugar de encuentro. Un lugar neutral. Un lugar informal. Los enemigos deciden encontrarse en un puente y acabar su disputa en ese vacío. Uno cruzará hacia el otro lado. El otro no volverá. Para los amantes, un puente es una posibilidad, una metáfora de sus esperanzas. Y, para el tráfico que se hace entre susurros, ¿qué mejor que un puente en la noche?

Somos gente filosófica, conocedora de la naturaleza de la ambición y del deseo, próxima al diablo y a Dios. No queremos alejarnos de ninguno de los dos. Este puente viviente es tentador para todos, y en él se puede perder el alma o encontrarla.

¿Y nuestras almas?

Son siamesas.

Hoy en día, la oscuridad tiene más luz que antes. Hay antorchas por todas partes, y a los soldados les gusta ver las calles iluminadas, ver algún reflejo en los canales. No se fían de nuestros pies sigilosos, de nuestros finos cuchillos. Pero se puede encontrar oscuridad en los canales poco transitados y en la laguna. No hay oscuridad como esa. Es suave al tacto y pesa en las manos. Se puede abrir la boca y tragarla, hasta que forma una bola compacta en el vientre. Se puede hacer juegos malabares con ella, nadar en ella, se la puede esquivar. Se la puede abrir como una puerta.

Los antiguos venecianos tenían los ojos como los de los gatos, que atravesaban la oscuridad más densa y les guiaban por los caminos impenetrables sin tropezar. Incluso ahora, si se nos mira con atención, se descubre que algunos tenemos los ojos rasgados a la luz del día.

Yo pensaba antes que la oscuridad y la muerte debían de ser lo mismo. Que la muerte era la ausencia de luz. Que la muerte no era otra cosa que el país de las sombras en el cual la gente compraba, vendía y amaba como siempre pero con menos convicción. La noche parece más efímera que el día, sobre todo a los amantes, y también parece más incierta. Así resume nuestras vidas, que son inciertas y efímeras. Durante el día nos olvidamos de esto. Durante el día seguimos siempre adelante. Esta es la ciudad de la incertidumbre, en la cual los caminos y las caras parecen iguales y no lo son. La muerte será así. Reconoceremos una y otra vez a personas a las que nunca hemos conocido.

Pero la oscuridad y la muerte no son lo mismo.
La una es temporal, y la otra no.

Nuestros entierros son magníficos. Los celebramos por la noche, volviendo a nuestras oscuras raíces. Las barcas negras se deslizan por el agua, y el ataúd lleva una cruz de azabache. Desde mi ventana del piso del arriba, que da al cruce de dos canales, vi una noche el cortejo fúnebre de un rico: quince barcas (el número debe ser impar) que se deslizaban hacia la laguna. En el mismo momento, la barca de un pobre, que llevaba un ataúd no barnizado sino pintado con pez, se acercaba también, llevado por una anciana que apenas tenía fuerza para sostener los remos. Pensé que iban a chocar, pero los barqueros del rico se detuvieron. Después, la viuda del rico hizo unas señas con la mano y su cortejo se abrió a la altura de la barca once y dejó espacio para la barca del pobre; después le echaron una cuerda a la proa, de modo que la vieja solo tenía que guiar la barca. Así siguieron su camino hacia la terrible isla de San Michele, y les perdí de vista.

En cuanto a mí, si tengo que morir, me gustaría morir sola, lejos del mundo. Me gustaría echarme sobre las piedras tibias, en el mes de mayo, hasta quedarme sin fuerzas, y después dejarme caer sin ruido al canal. Cosas así son aún posibles en Venecia.

Hoy en día, la noche es de los que quieren divertirse, y esta noche, para ellos, es un *tour de forcé*. Están los pirófagos que echan espuma por la boca con sus lenguas amarillas. Hay un oso que baila. Hay una *troupe* de niñas, de cuerpos suaves, sonrosados y lampiños, que llevan almendras garrapiñadas en bandejas de bronce. Hay mujeres de todos los tipos, y no todas son mujeres. En el centro de la plaza, los obreros de Murano han fabricado un gran zapato de cristal que se llena constantemente de champán. Para beber en él hay que lamer como un perro, y a los turistas les encanta. Ya se ha ahogado uno, pero ¿qué es una muerte en medio de tanta vida?

De la estructura de madera sobre la cual espera la pólvora, están suspendidas unas redes y trapecios. En estos se balancean sobre la plaza unos acróbatas, proyectando grotescas sombras sobre los que bailan abajo. De vez en cuando, uno de ellos se cuelga por las rodillas y le roba un beso a alguien que se encuentra debajo. Me gustan esos besos. Llenan la boca y dejan el cuerpo libre. Para besar bien hay que besar exclusivamente, sin manos que tantean ni corazones que laten. Los labios y solo los labios son el placer. La pasión es más dulce cuando se divide hilo por hilo. Cuando se divide una y otra vez como el mercurio y se reúne solo en el último momento.

Ya veis que no desconozco el amor.

Se hace tarde. Llega una mujer con antifaz. ¿Querrá jugar a las cartas?

Quiere. Me ofrece una moneda en la palma de la mano, de modo que yo he de tomarla. Tiene la piel cálida. Despliego las cartas. Ella toma una. El diez de diamantes. El tres de trébol. La reina de picas.

—Una buena carta. El símbolo de Venecia. Gana.

Me sonrió y, quitándose el antifaz, dejó ver unos ojos gris verde con manchitas doradas. Sus pómulos eran altos y llevaba en ellos colorete. Su pelo era más oscuro y más rojo que el mío.

—¿Quiere jugar otra vez?

Negó con la cabeza, y le pidió a un camarero que trajese una botella de champán. Y no un champán cualquiera. *Madame* Clicquot. Lo único bueno que viene de Francia. Alzó la copa en un brindis silencioso, tal vez a su buena suerte. La reina de picas es una carta muy buena, y solemos evitarla cuidadosamente. Siguió sin hablar, pero me miró a través del cristal, y de pronto apuró la copa y me acarició la mejilla. Solo me tocó un segundo, y se marchó. Yo me quedé con el corazón roto y con una botella casi llena del mejor champán. Me apresuré a ocultar ambas cosas.

Soy pragmática en el amor y he buscado el placer con hombres y mujeres, pero nunca he necesitado vigilar mi corazón. Mi corazón es un órgano de confianza.

A las doce de la noche prendieron la pólvora, y el cielo de la Plaza de San Marcos se rompió en un millón de trozos de colores. Los fuegos artificiales duraron una media hora, y durante ese tiempo pude hacerme con el dinero suficiente para pagar a un amigo por ocuparse de mi caseta. Me deslicé por entre la multitud en dirección al zapato de cristal, en el que aún burbujeaba el champán, buscándola.

Había desaparecido. Había caras, vestidos, máscaras y besos, y una mano en cada esquina, pero ella no estaba. Me detuvo un soldado que llevaba en la mano dos bolas de vidrio y que me preguntó si quería cambiársela por las mías. Pero yo no estaba de humor para jueguecitos y le aparté; mis ojos imploraban una señal.

La mesa de ruleta. La mesa de juego. Las adivinadoras. La fabulosa mujer de los tres pechos. El mono cantarín. El dominó rápido y el tarot.

Ella no estaba allí.

No estaba en ninguna parte.

Tuve que volver a la caseta, llena de champán y con el corazón vacío.

—Ha venido una mujer buscándote —dijo mi amigo—. Ha dejado esto.

En la mesa había un pendiente. Romano, de forma curiosa, de aquel inconfundible oro amarillo antiguo que no se ve hoy en día.

Me lo puse y, desplegando las cartas en un abanico perfecto, saqué la reina de picas. Nadie más debía ganar aquella noche. Guardaría la carta hasta que ella la necesitase.

La alegría envejece pronto.

A las tres, los juerguistas se iban marchando por los arcos que rodean San Marcos, o permanecían echados junto a los cafés, que abrían temprano para servir café fuerte. El juego había terminado. Los empleados del casino recogían sus alegres franjas y los optimistas tapetes verdes. Yo también estaba libre, y era muy tarde. Por lo general, me voy directamente a casa y me encuentro con mi padrastro que se dirige a la panadería. Él me da una palmada en el hombro y me gasta alguna broma sobre la cantidad de dinero que gano. Es un hombre extraño; se encoge de hombros, hace un guiño, y nada más. Nunca le ha parecido extraño que su hija se vista de muchacho para ganarse la vida y venda, además, monederos usados. Pero tampoco le ha parecido nunca extraño que su hija tenga los dedos de los pies palmeados.

—Hay cosas más raras —dice.

Y yo supongo que es verdad.

Esta mañana no vuelvo a casa. No tengo sueño, tengo ganas de moverme, y lo único sensato es pedir prestada una barca y calmarme a la manera veneciana: sobre el agua.

El Gran Canal está ya lleno de barcas que transportan verduras. Soy la única que rema para entretenerse, y los demás tripulantes me miran con curiosidad, mientras descargan un bulto o discuten con un amigo. Son mi gente, y pueden mirarme tanto como quieran.

Sigo adelante, por debajo del Rialto, ese extraño medio puente que se puede levantar para evitar que una mitad de esta ciudad entre en guerra con la otra. Un día lo dejarán tendido para siempre, y todos seremos hermanos y madres. Pero será el fin de la paradoja.

Los puentes unen pero también separan.

Remo hacia las afueras, pasando junto a las casas que penetran en el agua. Paso junto al casino, junto a los prestamistas, las iglesias y los edificios oficiales. Y salgo a la laguna, con solo el viento y las gaviotas por compañía.

Hay una certeza que viene con los remos, con el sentido de generación tras generación poniéndose en pie de este modo y remando así, con ritmo y facilidad. Esta ciudad está llena de fantasmas que se ocupan de los suyos. Ninguna familia estaría completa sin sus antepasados.

Nuestros antepasados. Nuestras posesiones. El futuro se predice desde el pasado, y el futuro solo es posible como efecto del pasado. Sin pasado ni futuro, el presente es parcial. Todo tiempo está eternamente presente, y por ello todo tiempo es nuestro. No tiene sentido olvidar, y soñar tiene todo el sentido. Así se enriquece el presente. Así se completa. Esta mañana, en la laguna, con el pasado a mi lado, remando junto a mí, veo el futuro brillando en el agua. Me veo a mí misma en el agua, y veo en las deformaciones de mi cara lo que podría llegar a ser.

Si la encuentro, ¿cómo será mi futuro?

La encontraré.

La pasión está en algún lugar entre el miedo y el sexo.

La pasión no es tanto una emoción como un destino. ¿Qué puedo hacer ante este viento sino izar la vela y dejar los remos?

Amanece.

Pasé las semanas siguientes en un agitado estupor.

¿Existe esto? Sí. Es el estado que más se parece a un determinado tipo de afección mental. He visto en San Servelo a personas como yo. Se manifiesta como una compulsión de hacer siempre algo, aunque no tenga sentido. La mente está en blanco, pero el cuerpo ha de moverse.

Recorría las calles, rodeaba la ciudad en barca, me despertaba en mitad de la noche con los músculos rígidos y las mantas en nudos imposibles. Me puse a hacer horas extra en el casino; me vestía de mujer por la tarde y de hombre por la noche. Comía cuando me ponían comida delante, y dormía cuando me temblaba el cuerpo de agotamiento.

Adelgacé.

Me quedaba mirando al vacío, y me olvidaba de adónde iba.

Tenía frío.

Nunca voy a confesarme; Dios no quiere que lo hagamos, quiere que le desafiemos. Pero durante unos días entré en nuestras iglesias, porque fueron construidas con el corazón. Extraños corazones que yo antes no entendía. Corazones tan llenos de anhelos que esas viejas piedras proclaman aún su éxtasis. Son iglesias cálidas, construidas al sol.

Me sentaba en la parte de atrás, escuchando la música o siguiendo las palabras del cura. Nunca me ha tentado Dios, pero me gustan sus ropajes. No me tienta, pero empiezo a entender por qué tienta a otros. Con este sentimiento en mí, con este amor violento que amenaza, ¿qué lugares seguros hay? ¿Dónde guardar la pólvora? ¿Cómo dormir por las noches? Si yo no fuese como soy podría convertir la pasión en algo sublime, y volvería a dormir. Mi éxtasis sería mi éxtasis, pero no tendría miedo.

Mi amigo el gordo, que ha llegado a la conclusión de que soy una mujer, me ha pedido que me case con él. Me ha prometido tratarme como una reina y darme todos los caprichos si sigo vistiéndome de chico en la intimidad de nuestro hogar. Le gusta eso. Dice que me mandará hacer especialmente los bigotes y los faldellines, y que lo pasaremos en grande jugando y emborrachándonos. Me dieron ganas de clavarle un cuchillo allí mismo, en el casino, pero mi pragmatismo veneciano me hizo pensar que sería mejor jugar a algo. Cualquier cosa para aliviar el dolor de no encontrarla.

Siempre me he preguntado de dónde saca ese hombre el dinero. ¿Lo ha heredado? ¿Le paga aún su madre las facturas?

No. Se lo gana él. Provee al ejército francés de carne y de caballos. Carne y caballos que, según me dice, no servirían normalmente para alimentar a un gato ni para llevar a un mendigo.

¿Cómo lo consigue?

Porque nadie más puede proporcionar tanta carne y tantos caballos como él, nadie puede enviarlos tan aprisa y tan lejos; cuando le llega un pedido, los suministros ya están en camino.

Parece ser que Bonaparte gana las batallas aprisa o no las gana. Es su forma de ser. No quiere calidad sino acción. Quiere que sus hombres se mantengan en pie durante una marcha de varios días, durante una batalla de varios días. Necesita los caballos para una sola carga. Con eso le basta. ¿Qué importa que los caballos estén cojos y que los hombres se envenenen si le duran lo suficiente?

Sería la mujer de un carnicero.

Hago que me invite a champán. Del mejor. No probaba *Madame* Clicquot desde aquella noche calurosa de agosto. Su contacto en la lengua y en la garganta me trajo otros recuerdos. Recuerdos de aquel único contacto. ¿Cómo podía ser tan persistente algo tan pasajero?

Pero Cristo dijo «Seguidme», y le siguieron.

Sumida en estos sueños, casi no sentí su mano en mi pierna, sus dedos en mi vientre. Pero después de eso me hizo pensar en los calamares con sus ventosas, y le rechacé gritando que jamás me casaría con él, ni por todo el Veuve Clicquot de Francia ni por una Venecia llena de faldellines. Él tenía siempre la cara colorada, de modo que yo no sabía lo que sentía ante aquellos insultos. Se levantó, pues estaba de rodillas, y se arregló el chaleco. Me preguntó si quería conservar el empleo.

—Conservaré el empleo porque hago el trabajo bien, y clientes como tú entran por esa puerta todos los días.

Me dio un bofetón. No me pegó con fuerza, pero me sorprendió. Nunca me habían pegado. Yo le di otro bofetón, fuerte.

Él se echó a reír; vino hacia mí y me aplastó contra la pared. Era como estar bajo un montón de pescado. No intenté moverme; él pesaba al menos dos veces más que yo, y no soy ninguna heroína. Tampoco tenía nada que perder; ya lo había perdido en tiempos más felices.

Me dejó una mancha en la camisa, y me arrojó una moneda como despedida.

¿Qué podía esperar de un carnicero?

Volví a la sala de juego.

Noviembre es en Venecia el comienzo de la época de los catarros. El catarro forma parte de nuestra herencia, como San Marcos. Hace muchos años, cuando el Consejo de los Tres gobernaba con misteriosas fórmulas, solía atribuir al catarro la muerte de aquellos a quienes eliminaba, los traidores o algún otro infeliz. Así no había problemas. Lo que provoca esa horrible congestión es la niebla que viene de la laguna y

que hace que desde un extremo de la Plaza no se vea el otro extremo. Y además llueve, una lluvia triste y silenciosa; los barqueros se guarecen bajo unos trapos empapados y miran abatidos a los canales. Este tiempo ahuyenta a los extranjeros; es lo único bueno que tiene. Hasta la hermosa puerta principal del Fenice se vuelve gris.

Una tarde en que en el casino no me necesitaban y en que yo misma no me necesitaba, fui al Florian a beber algo y a contemplar la Plaza. Es un pasatiempo agradable.

Llevaba allí cosa de una hora cuando tuve la sensación de que alguien me miraba. No había nadie cerca de mí, pero algo más lejos había alguien detrás de un biombo. No me importó. ¿Qué más daba? Siempre miramos o nos miran. Vino el camarero con un paquete en la mano.

Lo abrí. Era el pendiente. La pareja.

Y la tenía a ella ante mí. Yo iba vestida igual que aquella noche, porque más tarde iría a trabajar. Me llevé la mano a la boca.

—Te has quitado el bigote —dijo.

Sonreí. No podía hablar.

Me invitó a cenar con ella el día siguiente; le pregunté la dirección y acepté.

Aquella noche, en el casino, intenté decidir lo que haría. Ella pensaba que yo era un chico. Y no lo era. ¿Debía ir a verla vestida de chica, bromear acerca de la confusión y marcharme graciosamente? Al pensar esto se me encogió el corazón. Volver a perderla tan pronto. Y, ¿qué era yo? ¿Era mi yo con pantalones y botas menos real que el que llevaba medias y ligas? ¿Qué era lo que le interesaba a ella?

Se juega, se gana. Se juega, se pierde. Se juega.

Cuidé de robar lo suficiente para comprar una botella del mejor champán.

Los amantes no están en plena forma cuando deberían estarlo. Se les seca la boca, les sudan las manos y se quedan sin saber qué decir. Piensan a cada momento que se les va a escapar el corazón del pecho; se sabe de algunos que han tenido ataques cardíacos. El nerviosismo les hace beber demasiado, y no pueden hacer el amor. Comen poco, y desfallecen durante la tan ansiada consumación. Olvidan acariciar al gato favorito, y se les corre el maquillaje. Todo lo que habían previsto, el vestido, la cena, la poesía, irá mal.

Su casa daba a un canal tranquilo; era moderna pero elegante. La sala, enorme y con grandes ventanas a cada extremo, tenía una chimenea que le habría gustado a un perro lobo ocioso. Estaba amueblada con sencillez: una mesa ovalada y una *chaise-longue*. Unos cuantos ornamentos chinos que le agradaba comprar cuando llegaban los barcos. También tenía una extraña colección de insectos muertos colocados en cajas que colgaban de la pared. Yo nunca había visto una cosa así, y me intrigó aquella afición.

Me enseñó la casa, señalándome ciertos cuadros y libros, y manteniéndose a mi lado. Al subir y bajar la escalera me puso la mano en el codo, y cuando nos sentamos a cenar no dispuso la mesa de modo formal sino que me colocó a su lado, con la botella entre las dos.

Hablamos de ópera, de teatro, de los turistas, del tiempo y de nosotras. Le dije que mi verdadero padre era barquero, y ella se echó a reír y me preguntó si era verdad que teníamos los pies de pato.

—Desde luego —respondí, y ella se rio aún más.

Habíamos cenado. La botella estaba vacía. Me explicó que se había casado ya mayor y que no esperaba casarse, pues era de carácter fuerte y gozaba de independencia económica. Su esposo trataba en libros raros y manuscritos orientales. Antiguos mapas que mostraban las guaridas de los grifos y de las ballenas. Mapas de tesoros que pretendían indicar el paradero del Santo Grial. Era un hombre tranquilo y culto, y ella le tenía afecto.

El marido estaba de viaje.

Habíamos cenado, la botella estaba vacía. No podíamos decir nada más sin hacer un esfuerzo o repetirnos. Llevaba allí más de cinco horas, y había llegado el momento de marchar. Cuando nos levantamos y ella se movió para coger algo, extendí el brazo, nada más, y cuando ella se dio la vuelta se encontró en mis brazos; mis manos estaban sobre sus hombros y las de ella en mi espalda. Permanecimos así unos momentos, hasta que me atreví a darle un beso muy ligero en el cuello. Ella no se apartó. Audazmente, la besé en la boca, mordiéndole un poco el labio inferior.

Ella me besó.

—No puedo hacer el amor contigo —me dijo.

Alivio y tristeza.

—Pero puedo besarte.

Y así, desde el principio, dividimos el placer. Ella se echó en la alfombra y yo me eché formando ángulo

recto con ella, de modo que solo nuestros labios pudiesen encontrarse. Besarse de esta manera es de lo más extraño. El cuerpo ansioso que exige satisfacción se ve obligado a conformarse con una única sensación, y, así como los ciegos oyen mejor y los sordos notan cómo crece la hierba, la boca se convierte en el foco del amor y todas las cosas pasan por ella y son redefinidas. Es una tortura dulce y precisa.

Cuando salí de su casa, un rato después, no me marché enseguida sino que la miré mientras iba de una habitación a otra apagando las luces. Subió al piso alto, haciendo la oscuridad tras ella hasta que solo quedó una luz encendida, la de su habitación. Me había dicho que, cuando su marido estaba fuera, leía muchas noches hasta el amanecer. Aquella noche no leyó. Se detuvo un momento en la ventana y después la casa quedó a oscuras.

¿En qué pensaba?

¿Qué sentía?

Caminé lentamente por las plazas silenciosas y pasé por el Rialto; por encima del agua empezaba a formarse la niebla. Las barcas estaban cubiertas y vacías, aparte de los gatos que se refugian bajo los asientos. No había nadie, ni siquiera los mendigos que se acurrucan con sus andrajos en cualquier portal.

¿Cómo es que un día la vida es plácida y uno está satisfecho, algo cínico tal vez pero nada más, y al día siguiente se descubre que el firme suelo era una trampa y se encuentra uno en otro lugar, de geografía incierta y costumbres extrañas?

Los viajeros, al menos, pueden elegir. Los que se hacen a la mar saben que las cosas no serán como en casa. Los exploradores están preparados. Para nosotros, los que viajamos por los vasos sanguíneos, los que llegamos por azar a las ciudades interiores, no hay preparación. Hablábamos perfectamente, y nos encontramos con que la vida es un idioma extranjero. En algún lugar entre el pantano y las montañas. En algún lugar entre el miedo y el sexo. En algún lugar entre Dios y el Diablo está la pasión; el camino a la pasión es súbito, y el regreso es peor.

Me sorprende oírme hablar de este modo. Soy joven, tengo la vida por delante, habrá otras personas. Tengo el primer acceso de rebeldía desde que la conocí. La primera afirmación de mi yo. No volveré a verla. Puedo irme a casa, quitarme esta ropa y seguir viviendo. Puedo viajar si quiero. Estoy segura de que podría convencer al carnicero para que me llevase a París, a cambio de uno o dos favores.

Al diablo la pasión. Escupí al canal.

Entonces se hizo visible la luna entre las nubes, la luna llena, y pensé en mi madre remando hacia la isla terrible.

La superficie del canal parecía de azabache pulido. Me quité las botas lentamente, aflojando los cordones. Entre los dedos estaban mis propias lunas. Pálidas y opacas. Sin usar. Muchas veces había jugado con ellas, pero nunca había creído que fuesen reales. Mi madre no quería decirme si los rumores tenían fundamento, y no tengo ningún primo barquero. Mis hermanos ya no están en casa.

¿Podía andar sobre aquella agua?

¿Podía?

En los resbaladizos escalones que llevaban a la oscuridad, vacilé. Después de todo, era noviembre. Si caía al agua, podía morir. Intenté apoyar el pie en la superficie, pero se hundió en el frío vacío.

¿Podía una mujer amar a una mujer durante más de una noche?

Saqué el pie del agua, y a la mañana siguiente oí decir que un mendigo andaba por el Rialto hablando de un joven que había caminado por el canal como si este fuese sólido.

Os estoy contando historias. Creedme.

Cuando volvimos a encontrarnos, yo había tomado prestado un uniforme de oficial. O, más exactamente, lo había robado.

Ocurrió así.

En el casino, mucho después de la medianoche, se me había acercado un soldado y me había propuesto una apuesta inusual. Si le ganaba al billar, me regalaría su bolsa. Me la enseñó. Era redonda, almohadillada y bonita, y debo de llevar algo de sangre de mi padre, porque nunca he podido resistirme a una bolsa.

¿Y si perdía? Tenía que regalarle mi bolsa. No había duda sobre lo que quería decir.

Jugamos, animados por una docena de jugadores aburridos, y, para mi sorpresa, el soldado jugaba bien. Después de unas horas en el casino, nadie juega bien a nada.

Perdí.

Fuimos a su habitación, y resultó que le gustaban las mujeres boca abajo, con los brazos extendidos como Cristo en la cruz. Era hábil y amable, y pronto se quedó dormido. Además, tenía aproximadamente mi

estatura. Le dejé la camisa y las botas, y me llevé el resto.

Ella me saludó como a un antiguo amigo, y se fijó enseguida en el uniforme.

—Tú no eres soldado.

—Es un disfraz.

Empecé a sentirme como Sarpi, el cura y diplomático veneciano que afirmaba que nunca mentía pero que no le decía la verdad a todo el mundo. Varias veces durante la velada, mientras comíamos, bebíamos y jugábamos a los dados, quise explicárselo. Pero mi lengua se resistía, y mi corazón se sublevaba en defensa propia.

—Los pies —me dijo.

—¿Cómo?

—Déjame acariciarte los pies.

Virgen Santa, los pies no.

—Nunca me quito las botas fuera de casa. Es una manía que tengo.

—Entonces quítate la camisa.

La camisa no; si me levanto la camisa me verá los pechos.

—Eso no sería sensato con este tiempo inhóspito. Todo el mundo tiene catarro. Piensa en la niebla.

Vi que miraba más abajo. ¿Esperaba que mi deseo fuese tan obvio?

¿Qué podía permitirle? ¿Las rodillas?

En lugar de esto, empecé a besarla en el cuello. Ella me hundió la cabeza en su pelo, y con esto me hizo suya. Su olor, mi atmósfera, y después, cuando me quedé sola, maldije las ventanas de mi nariz porque respiraban el aire de siempre y vaciaban mi cuerpo de ella.

Cuando me marchaba, me dijo:

—Mi marido vuelve mañana. Oh.

Cuando me marchaba, me dijo:

—No sé cuándo te volveré a ver.

¿Hace esto a menudo? ¿Sale a la calle, cuando su marido está de viaje, a buscar a alguien como yo? En Venecia, todo el mundo tiene su debilidad y su vicio. Tal vez no solo en Venecia. ¿Les invita a cenar, les mira a los ojos y les explica con cierta tristeza que no puede hacer el amor con ellos? Quizá es esta su pasión. La que provocan los obstáculos de la pasión. ¿Y yo? Todo juego encierra el riesgo de un comodín. Lo imprevisible, lo que no se controla. Ni con una mano segura y una bola de cristal podríamos dirigir el mundo según nuestro deseo. Hay tormentas en el mar y otras tormentas tierra adentro. Solo las ventanas de los conventos las contemplan todas con serenidad.

Volví a su casa, y llamé a la puerta. Ella la entreabrió. Parecía sorprendida.

—Soy una mujer —dije, levantándome la camisa y arriesgándome a pillar un catarro.

—Ya lo sabía —me dijo sonriendo.

No volví a casa. Me quedé.

Las iglesias se preparaban para la Navidad. Doraban todas las vírgenes, y repintaban todos los niños Jesús. Los curas sacaban sus hermosos oros y escarlatas, y el incienso era más dulce que nunca. Me dio por ir a misa dos veces al día para recrearme en la seguridad de Nuestro Señor. Nunca me he sentido culpable por recrearme en las cosas. En verano me recreo tomando el sol, apoyada en una pared o sentada, como los lagartos de Levante, encima de nuestros pozos de hierro. Me gusta el modo en que la madera retiene el calor, y, si puedo, cojo la barca, me echo en ella y sigo el camino del sol durante todo un día. Mi cuerpo se relaja, mi mente se dispersa, y me pregunto si es esto lo que sienten los hombres santos cuando hablan de sus trances. He visto a hombres santos que venían de países orientales. Una vez se organizó una exhibición de místicos para compensarnos por la ley que prohibía los festejos con toros. Tenían el cuerpo relajado, pero he oído decir que esto se debe a lo que comen.

No se puede decir que el recrearse en algo sea santo, pero, si alcanza los mismos resultados, ¿le importará a Dios? No lo creo. En el Antiguo Testamento, el fin siempre justifica los medios. Esto lo entendemos en Venecia, porque somos pragmáticos.

Ya se ha puesto el sol, y tengo que recrearme en otras cosas. Recrearse en una iglesia es tomar lo que hay en ella sin pagarlo. Tomar el consuelo y la alegría e ignorar lo demás. La Navidad sí, la Pascua no. Nunca voy a la iglesia en Pascua. Es demasiado triste, y además en esa época no hace sol.

Si fuese a confesarme, ¿qué confesaría? ¿Que me disfrazo? También lo hizo Nuestro Señor, y lo hacen los curas.

¿Que robo? También lo hizo Nuestro Señor, y lo hacen los curas.

¿Que estoy enamorada?

El objeto de mi amor ha ido a pasar la Navidad fuera de Venecia. Lo hacen todos los años. Él y ella. Pensaba que me dolería, pero, aparte de los primeros días, en que me parecía tener el pecho y el estómago llenos de piedras, he sido feliz. Casi he sentido alivio. He visto a los antiguos amigos, y he paseado sola casi con la misma seguridad que antes. El alivio que siento se debe a que no tengo citas clandestinas. No más horas robadas. Hubo una semana en que ella desayunó dos veces cada día. Una en casa y otra conmigo. Una en la sala y otra en la Plaza. Después de esto, sus almuerzos eran un desastre.

A ella le gusta mucho ir al teatro y, como a él no le gusta, va sola. Durante un tiempo, solo vio un acto de cada pieza. Al llegar el entreacto, venía a reunirse conmigo.

Venecia está llena de golfillos dispuestos a llevar mensajes de una mano ansiosa a otra. En las horas en que no podíamos vernos, nos enviábamos mensajes de amor y de deseo. En las horas en que podíamos vernos, nuestra pasión era breve y violenta.

Ella se viste para mí. Nunca la he visto dos veces con la misma ropa.

Ahora, me entrego del todo al egoísmo. Pienso en mí misma, me levanto cuando me apetece, y no al amanecer solo para verla abrir los postigos. Coqueteo con los camareros y los jugadores, y recuerdo que eso me gustaba. Canto cuando estoy sola y me recreo en las iglesias. ¿Es esta libertad deliciosa por lo rara? ¿Es bienvenida cualquier tregua en el amor porque es temporal? Si ella se hubiese ido para siempre, estos días míos no tendrían luz. Si me complace la soledad, ¿es acaso porque sé que ella volverá?

Corazón sin remedio que busca la paradoja, que echa de menos a su amor y siente secreto alivio cuando su amor no está. Que se consume en las horas de la noche ansiando una señal y aparece sereno a la hora del desayuno. Que desea seguridad, fidelidad, compasión, y juega a la ruleta con todo lo que es precioso.

El juego no es un vicio, es solo una expresión de nuestra humanidad.

Jugamos. Algunos en la mesa de juego, otros no.

Se juega, se gana, se juega, se pierde. Se juega.

Ha nacido el niño Dios. Su madre es ensalzada, y su padre olvidado. Los ángeles cantan en los sitiales del coro, y Dios se sienta en el tejado de cada iglesia y derrama sus bendiciones sobre los que están debajo. Qué maravilla unirse a Dios, oponer el ingenio al de él, sabiendo que se gana y se pierde al mismo tiempo. ¿De qué otro modo podrías ceder sin temor al exquisito masoquismo de la víctima? Tiéndete bajo sus lanzas y cierra los ojos. ¿De qué otro modo podrías estar tan seguro? No en el amor, ciertamente.

Su necesidad de ti es mayor que tu necesidad de él, pues él conoce las consecuencias de no poseerte, mientras que tú, que no sabes nada, puedes lanzar el sombrero al aire y vivir otro día. Tú chapoteas en el agua sin pensar en él, pero él está ocupado registrando exactamente la fuerza de la marea en tus tobillos.

Recréate en esto. A pesar de lo que dicen los monjes, puedes encontrar a Dios sin levantarte temprano. Puedes encontrar a Dios mientras haraganeas en un banco de iglesia. La dificultad es una invención humana, porque el hombre no puede existir sin pasión. La religión está en algún lugar entre el miedo y el sexo. ¿Y Dios? ¿De verdad? ¿Por sí mismo, sin que hablen por él nuestras voces? Obsesionado, creo, pero no apasionado.

En nuestros sueños luchamos a veces por salir de los océanos del deseo y subir por la escala de Jacob a aquel lugar tranquilo. Pero nos despiertan las voces humanas y nos ahogamos.

La víspera de Año Nuevo bajó por el Gran Canal una procesión de barcas iluminadas con velas. Ricos y pobres compartían la misma agua, el mismo sueño de que el año próximo, a su manera, fuese mejor. Mi madre y mi padre, con sus mejores galas de panaderos, regalaron hogazas a los enfermos y los pobres. Mi padre estaba borracho, y hubo que impedirle que cantase unas estrofas que había aprendido en un burdel francés.

Más allá, escondidos en la ciudad interior, los exiliados tenían su propia observancia. Los oscuros canales estaban tan oscuros como siempre, pero una mirada más atenta revelaba los andrajos de satén sobre los cuerpos amarillos, el brillo de una copa en algún agujero subterráneo. Los niños de ojos oblicuos habían robado una cabra, y la estaban degollando, muy serios, cuando yo pasé en la barca. Detuvieron por un momento los rojos cuchillos para mirarme.

Mi amiga la filósofa estaba en su balcón. Es decir, un par de cajones atados a las anillas de hierro que flanquean su agujero. Llevaba algo en la cabeza, un círculo, oscuro y pesado. Cuando pasaba ante ella, me preguntó qué hora podría ser.

—Es casi Año Nuevo.

—Sí. Huele a Año Nuevo.

Fue a meter la copa en el canal, y bebió grandes tragos. Cuando me había alejado, me di cuenta de que su corona estaba hecha de ratas atadas por la cola.

No vi a ningún judío. Esta noche se ocupan de sus propios asuntos.

Hacía un frío terrible. No hacía viento, pero el aire gélido era del que hiela los pulmones y muerde los labios. Remaba con los dedos insensibles, y casi pensé en amarrar la barca y correr a unirme a la multitud que pugnaba por entrar en San Marcos. Pero aquella no era una noche para recrearse. Esta noche, los espíritus de los muertos vagan por ahí hablando en varias lenguas. Quienes puedan escucharles, aprenderán. Ella está en casa esta noche.

Pasé con la barca por delante de su casa, que estaba suavemente iluminada, esperando vislumbrar su sombra, su brazo, cualquier señal. No la vi, pero la imaginé sentada, leyendo, con un vaso de vino a su lado. Su marido estaría en el estudio, meditando sobre algún nuevo y fabuloso tesoro. El paradero de la Cruz, o los túneles secretos que llevan al centro de la tierra, donde están los dragones de fuego.

Me detuve en la puerta de su canal, trepé por la reja y miré por la ventana. Ella estaba sola. No leía; se miraba las palmas de las manos. Una vez habíamos comparado nuestras manos; las mías tienen muchas rayas; las suyas, sin embargo, aunque llevan más tiempo en este mundo, tienen la inocencia de un niño. ¿Qué quería ver? ¿Su futuro? ¿El año próximo? ¿O estaba intentando comprender su pasado? Entender cómo el pasado había llevado al presente. ¿Estaba buscando la raya que representaba su deseo de mí?

Estaba a punto de dar unos golpecitos en la ventana cuando entró el marido en la habitación, sobresaltándola. La besó en la frente, y ella sonrió. Los vi juntos, y vi más cosas en un momento de las que habría podido imaginar en un año. No vivían en el horno ardiente que habitábamos ella y yo, pero tenían una calma y unas maneras que me clavaron un puñal en el corazón.

Me estremecí de frío, y me di cuenta de pronto de que estaba en el aire y a dos pisos de altura. Hasta un amante tiene miedo alguna vez.

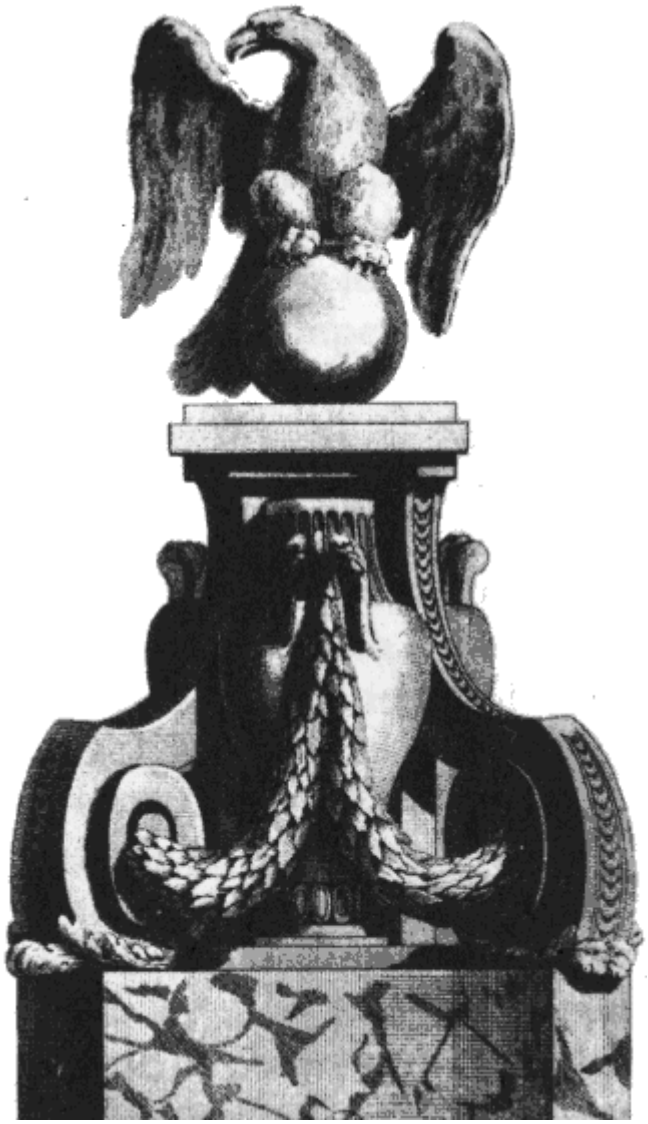
El gran reloj de la Plaza dio las doce menos cuarto. Volví a la barca y remé, sin sentir las manos ni los pies, hasta la laguna. En aquel silencio, en aquella quietud, pensé en mi futuro, en qué futuro podía haber en una vida de citas en los cafés y de vestirse siempre demasiado pronto. El corazón resulta fácilmente burlado cuando cree que el sol puede salir dos veces o que las rosas florecen porque nosotros lo queremos.

En esta ciudad encantada todo parece posible. El tiempo se detiene. Los corazones laten. Las leyes del mundo real quedan suspendidas. Dios se sienta en las vigas y se ríe del Diablo, y este le da a Dios un golpe con la cola. Siempre ha sido así. Dicen que los barqueros tienen los pies de pato, y un mendigo dice que vio a un joven caminar sobre el agua.

Si me abandonases, el corazón se me convertiría en agua y se iría con la corriente.

Los moros del gran reloj levantan sus martillos y tocan por turno. Dentro de unos momentos la Plaza será un mar de cuerpos; su cálido aliento ascenderá y formará nubecillas por encima de sus cabezas. Mi aliento sale disparado hacia adelante como el del dragón de fuego. Cerca del agua gritan los antepasados, y en San Marcos empieza a sonar el órgano. Entre la congelación y el deshielo. Entre el amor y la desesperanza. Entre el miedo y el sexo, está la pasión. Mis remos están sobre el agua, planos. Es el día de Año Nuevo de 1805.

Tres
EL INVIERNO BAJO CERO



No existe lo que se denomina una victoria limitada. Toda victoria deja otro resentimiento, más gente derrotada y humillada. Otro lugar que guardar, defender y temer. Lo que aprendí de la guerra en los años anteriores a mi llegada a este lugar solitario eran cosas que podía haberme enseñado cualquier niño.

—¿Matarás a gente, Henri?

—A gente no, Louise; solo al enemigo.

—¿Qué es el enemigo?

—Alguien que no está de tu parte.

Nadie está de tu parte cuando eres el conquistador. Tus enemigos ocupan más espacio que tus amigos. ¿Cómo es posible que tantas vidas normales y corrientes se convirtiesen de pronto en hombres a matar y mujeres a violar? Austríacos, prusianos, italianos, españoles, egipcios, ingleses, polacos, rusos. Estos eran los pueblos que pasaron a ser nuestros enemigos o nuestros protegidos. Hubo otros, pero la lista es demasiado larga.

No invadimos Inglaterra. Salimos de Boulogne dejando que se pudriesen nuestras barcazas, y nos enfrentamos a la Tercera Coalición. Luchamos en Ulm y Austerlitz. En Eylau y Friedland. Luchamos sin comer, con las botas destrozadas, durmiendo dos o tres horas por noche y muriendo a miles cada día. Dos años después, Bonaparte estaba en un barco en medio de un río abrazando al zar y diciendo que no tendríamos que luchar más. *Son los ingleses los que se interponen en nuestro camino, y con Rusia de nuestro lado los ingleses tendrán que dejarnos en paz*. No más coaliciones, no más marchas. Pan caliente y los campos de Francia.

Le creímos. Como siempre.

Perdí un ojo en Austerlitz. Domino fue herido, y Patrick, que aún está con nosotros, nunca ve más allá de la próxima botella. Esto habría debido bastar. Yo habría debido desaparecer como lo hacen los soldados. Habría debido cambiarme el nombre, establecerme en algún pueblo pequeño, casarme quizá.

No esperaba venir a parar aquí. La vista es buena, y a mi ventana vienen las gaviotas a comer pan. Hay uno que las hierve y se las come, pero solo en invierno. En verano están llenas de gusanos.

Invierno.

El inimaginable invierno bajo cero.

—Atacaremos Moscú —dijo, cuando el zar le traicionó.

No era esta su intención; él quería una campaña rápida. Un golpe a Rusia por atreverse a desafiarle otra vez. Pensaba que siempre ganaría las batallas, como las había ganado siempre. Como un perro de circo, pensaba que todos los públicos se maravillarían ante sus mañas, pero el público empezaba a cansarse de él. Los rusos no se molestaron siquiera en combatir seriamente a la Grande Armée; fueron retrocediendo, quemando los pueblos, sin dejar nada que comer, ningún lugar en el que dormir. Se fueron adentrando en el invierno, y nosotros les seguimos. Entramos en el invierno ruso con nuestros abrigos de verano. Entramos en la nieve con nuestras botas remendadas. Cuando los caballos morían de frío, les rajábamos el vientre y dormíamos con los pies dentro de sus tripas. A un hombre que dormía así se le heló el caballo muerto; por la mañana, cuando quiso sacar los pies, los tenía atrapados, enterrados en las entrañas quebradizas. No pudimos liberarle; hubo que dejarle. No paraba de chillar.

Bonaparte viajaba en trineo, lanzando frenéticas órdenes a las líneas, intentando hacernos vencer estratégicamente a los rusos en un solo lugar. Pero no podíamos vencerles. Apenas podíamos andar.

Las consecuencias del incendio de los pueblos no recaían solo sobre nosotros, sino sobre los campesinos. Gentes cuya vida se regía por el sol y la luna. Como mi padre y mi madre, aceptaban cada estación y esperaban la cosecha. Trabajaban duro durante el día, y después se consolaban con relatos de la Biblia y

relatos del bosque. Sus bosques estaban llenos de espíritus, algunos buenos y otros no, pero cada familia tenía una historia alegre que contar; cómo se salvó un hijo suyo o cómo se curó su única vaca por la intervención de un espíritu.

Llamaban al zar «padrecito», y le adoraban como adoraban a Dios. Yo veía en su simplicidad un espejo de mis propios anhelos, y entendí por primera vez que era mi necesidad de un padrecito lo que me había llevado hasta allí. Son gente hogareña, que se conforman con encerrarse en casa cada noche y comer sopa espesa y pan negro. Cantan para espantar la noche y, como nosotros, meten a los animales en la cocina en invierno. En invierno el frío es insoportable, y la tierra es más dura que la espada de un soldado. Encienden las lámparas, viven de lo que tienen en la despensa y sueñan con la primavera.

Cuando el ejército les quemó los pueblos, los campesinos ayudaron a prender fuego a sus propias casas, a sus años de trabajo y de sentido común. Lo hicieron por el padrecito. Se arrojaron a sí mismos al invierno helado y fueron a la muerte de uno en uno, de dos en dos o por familias. Fueron a los bosques y se sentaron junto a los ríos helados, no por mucho tiempo pues la sangre se congela pronto, pero lo suficiente, en el caso de algunos, para que nosotros les oyésemos cantar cuando pasábamos. Sus voces pasaban al aire feroz, y llegaban a nosotros por entre los restos de sus casas.

Les habíamos matado a todos sin disparar un tiro. Recé por que nevase y la nieve los enterrase para siempre. Cuando nieva, casi se puede creer que el mundo vuelve a estar limpio.

¿Es diferente cada copo de nieve? Nadie lo sabe.

Ahora tengo que dejar de escribir. Tengo que hacer ejercicio. Quieren que hagamos ejercicio cada día a la misma hora; si no, se preocupan por nuestra salud. Les gusta tenernos sanos para que, cuando vengan los visitantes, se vayan satisfechos. Yo espero tener una visita hoy.

Lo peor de esta guerra no fue el ver morir a mis compañeros, sino el verles vivir. Había oído decir cosas del cuerpo y la mente humanos, de las situaciones a las que pueden adaptarse, de las maneras en que sobrevive. Había oído hablar de personas a las que había quemado el sol y a las que les había salido otra piel, gruesa y negra como la superficie de las gachas quemadas. Otros aprendieron a vivir sin dormir, para no ser devorados por las fieras. El cuerpo se aferra a la vida a cualquier precio. Hasta se come a sí mismo. Cuando no tiene comida se vuelve caníbal y devora su propia grasa, después los músculos y después los huesos. He visto soldados, enloquecidos por el hambre y el frío, cortarse los brazos y cocerlos. ¿Hasta dónde se puede cortar? Los dos brazos. Las dos piernas. Las orejas. Pedazos del tronco. Podría uno cortarse a sí mismo hasta el final, y dejar el corazón latiendo en su palacio saqueado.

No. Es mejor comerse primero el corazón. Así no se siente tanto el frío, ni el dolor. Cuando no se tiene corazón, no hay por qué contenerse. Se puede mirar la muerte sin temblar. Es el corazón el que nos traiciona, el que nos hace llorar, el que nos hace enterrar a nuestros amigos cuando deberíamos seguir adelante. Es el corazón el que nos enferma por la noche y nos hace odiarnos a nosotros mismos. Es el corazón el que canta viejas canciones, el que nos trae recuerdos de días cálidos, el que nos hace vacilar ante otra milla que hay que recorrer, ante otro pueblo humeante.

Para sobrevivir al invierno bajo cero y a aquella guerra, hicimos una pira con nuestros corazones y los dejamos de lado para siempre. No hay casa de empeños para el corazón. No se lo puede llevar allí, dejarlo envuelto en un trapo limpio y rescatarlo cuando vengan tiempos mejores.

Cuando se está ante la muerte, deja de tener sentido la pasión por la vida; hay que abandonar esa pasión. Solo así se puede sobrevivir.

¿Y si uno se niega?

Si a uno le afecta cada hombre al que asesina, cada vida que destroza, cada cosecha lenta y trabajosa que destruye, cada niño al que le roba el futuro, la locura le echa su dogal al cuello y le lleva a los oscuros bosques donde los ríos están contaminados y los pájaros silenciosos.

Cuando digo que vivía con hombres sin corazón, quiero decir exactamente esto.

A medida que pasaban las semanas, hablábamos de volver a casa, y dejamos de pensar en el hogar como en un lugar en el que había disputas además de amor. El hogar dejó de ser un lugar en el que el fuego se apaga y en el que suele haber alguna tarea desagradable por hacer. El hogar se convirtió en el foco de la alegría y de la sensatez. Empezamos a creer que estábamos haciendo aquella guerra para poder volver a casa. Para salvaguardar nuestros hogares, para mantenerlos como empezábamos a imaginarlos. Ahora que no teníamos corazón, ningún órgano fidedigno detenía la continua corriente de sentimientos que se pegaba a nuestras bayonetas y que alimentaba nuestros fuegos extinguidos. Éramos capaces de creernos cualquier

cosa con tal de salir adelante: que Dios estaba de nuestro lado, que los rusos eran demonios. Que nuestras esposas dependían de aquella guerra. Que Francia dependía de aquella guerra. Que no había alternativa a la guerra.

¿Y la mentira más grande? Que podíamos volver a casa y reanudar nuestra vida en el punto en que la habíamos dejado. Que encontraríamos el corazón esperándonos detrás de la puerta, al lado del perro.

No todos los hombres son tan afortunados como Ulises.

La esperanza que nos sostenía a medida que bajaban las temperaturas y dejábamos de hablar era llegar a Moscú. Una gran ciudad en la que habría comida, fuego y amigos. Bonaparte esperaba conseguir la paz una vez hubiésemos asestado un golpe decisivo. Redactaba ya partes de rendición, llenando la hoja de humillaciones y dejando el espacio justo para la firma del zar. Parecía creer que estábamos ganando, cuando lo único que hacíamos era correr detrás de los rusos. Pero él tenía pieles para abrigar su optimismo.

Moscú es una ciudad de cúpulas, construida para ser hermosa, una ciudad de plazas y de culto. La vi, brevemente. Las cúpulas de oro emitían reflejos amarillos y anaranjados y estaba deshabitada.

Le habían prendido fuego. Ya cuando llegó Bonaparte, varios días antes que el resto del ejército, estaba ardiendo, y siguió ardiendo. Era una ciudad difícil de quemar.

Acampamos cerca de las llamas, y aquella noche le serví un pollo escuálido aderezado con el perejil que el cocinero cultivaba en el casco de un muerto. Creo que fue aquella noche cuando me di cuenta de que no podía quedarme más. Creo que fue aquella noche cuando empecé a odiarle.

Yo no sabía lo que es el odio que sigue al amor. Es inmenso y desesperado, y arde en deseos de comprobar que se equivoca. Y cada día que comprueba que tiene fundamento se vuelve un poco más monstruoso. Si el amor era apasionado, el odio será obsesivo. Una necesidad de ver débil y acobardada a la persona a la que se amaba, de verla incluso indigna de piedad. Es un odio próximo a la repugnancia y alejado de la dignidad. Y no solo se odia a la persona sino a uno mismo, por haber sido capaz de amarla alguna vez.

Cuando llegó Patrick, unos días después, le busqué entre el frío devastador y le encontré envuelto en sacos, con una botella de un líquido incoloro al lado. Aún era vigía, ahora para detectar los movimientos por sorpresa del enemigo, pero como estaba siempre borracho no siempre que veía algo le hacían caso. Me ofreció la botella, y me explicó que la había conseguido a cambio de una vida. Un campesino le había suplicado que le permitiese morir honorablemente al lado de su familia, en la nieve, y le había dado aquella botella. Su contenido, el que fuese, le había puesto de un humor de perros. Tomé la botella y la olí. Olía a años y a paja. Me eché a llorar y me cayeron unas lágrimas como diamantes.

Patrick recogió una y me dijo que no malgastase la sal.

Pensativo, se la comió.

—Pues va bien con este licor.

Hay un cuento sobre una princesa exiliada cuyas lágrimas se convertían en piedras preciosas mientras caminaba. Una urraca que la siguió recogió todas las piedras preciosas y las dejó en la ventana de un príncipe meditabundo. El príncipe recorrió el país hasta encontrar a la princesa y vivieron felices para siempre. Nombraron a la urraca pájaro real, y le dieron un bosque de robles para que viviese en él. Las lágrimas de la princesa fueron convertidas en un gran collar, no para que lo llevase sino para que lo mirase cuando se sintiese desgraciada. Cuando miraba el collar, se daba cuenta de que no lo era.

—Patrick, voy a desertar. ¿Vienes conmigo?

Se echó a reír.

—Ahora ya estoy medio muerto, pero sé que no saldría vivo si me marchase contigo por este yermo.

No intenté convencerle. Nos sentamos juntos, compartiendo los sacos y el licor y nos pusimos a pensar, cada cual por su lado.

¿Me acompañaría Domino?

No hablaba mucho desde que le habían herido; le habían volado la mitad de la cara. Llevaba un trapo por la cabeza y por encima de las heridas, para absorber la sangre. Si se quedaba mucho rato a la intemperie, el frío hacía que se le abriesen las cicatrices, y se le llenaba la boca de sangre y pus. El médico le explicó que tenía no sé qué infección en las heridas, aunque ya estaban suturadas. El médico se encogió de hombros. Había una batalla; él había hecho lo que había podido, pero ¿qué podía hacer con brazos y piernas por todas partes y teniendo solo coñac para calmar el dolor y aliviar las heridas? Hay demasiados soldados heridos; más le valdría morir. Domino estaba acurrucado en el trineo de Bonaparte, en la sencilla tienda donde lo guardaban, y dormía. Tenía suerte de que su trabajo consistiese en vigilar las cosas de Bonaparte, como yo tenía suerte por trabajar en la cocina de oficiales. Estábamos más abrigados y mejor

alimentados que los demás. Esto suena casi agradable…

Evitábamos los peores estragos de la congelación, y comíamos cada día, Pero unas lonas y unas patatas son poca cosa ante un invierno como aquel; servían más bien para negarnos el feliz olvido que representa morir de frío. Cuando los soldados se dejan caer al suelo, sabiendo que no volverán a levantarse, muchos sonríen. Es un alivio quedarse dormido en la nieve.

Domino parecía enfermo.

—Voy a desertar —le dije—. ¿Vienes conmigo?

Aquel día no podía hablar pues le dolía mucho la cara, pero trazó unas letras en la nieve que se había colado en la tienda, y que estaba aún blanda.

Loco.

—No estoy loco, Domino. Llevas ocho años riéndote de mí, desde que me alisté. Tómame en serio.

Él escribió, ¿por qué?

—Porque no puedo seguir aquí. Estas guerras no acabarán nunca. Aunque volvamos a Francia, habrá otra guerra. Yo pensaba que él acabaría con las guerras para siempre. Esto es lo que decía. Una guerra más, decía, una guerra más y después habrá paz. Y después ha venido siempre otra guerra. Yo no puedo más.

Domino escribió la palabra futuro y después la tachó.

¿Qué quería decir? ¿Su futuro? ¿Mi futuro? Recordé aquellos días de sal marina en que el sol secaba la hierba y los hombres se casaron con las sirenas. Yo había empezado entonces mi diario, en el cuaderno que aún conservo, y Domino me había criticado y había dicho que el futuro era un sueño. *Solo existe el presente, Henri*.

Él no hablaba nunca de lo que quería hacer, de adonde quería ir; nunca se unía a las conversaciones ociosas en torno a la posibilidad de algo mejor cuando acabase la guerra. No creía en el futuro, solo en el presente. Y, a medida que nuestro futuro, nuestros años, se convertían inexorablemente en presentes idénticos, yo le entendía mejor. Habían pasado ocho años y yo estaba aún en una guerra, asando pollos, deseando volver a casa para siempre. Ocho años hablando del futuro y viendo como se convertía en presente. Años pensando «Dentro de un año, estaré haciendo algo diferente», y viéndose al cabo de un año haciendo exactamente lo mismo.

El futuro. Tachado.

Este es el resultado de la guerra.

No quiero venerarle más. Quiero cometer mis propios errores. Quiero morir cuando me toque.

Domino me miraba. La nieve había cubierto ya sus palabras.

Vete tú, escribió.

Intentó sonreír. No podía sonreír con la boca, pero le brillaban los ojos. Y, saltando a su manera de antes, como saltaba para coger manzanas de los árboles más altos, arrancó un carámbano de la lona ennegrecida y me lo dio.

Era hermoso. Creado por el frío y brillante en el centro. Volví a mirarlo. Había algo dentro, en la mitad. Era una cadenita de oro que Domino llevaba al cuello. La llamaba su talismán. ¿Qué había hecho con ella, y por qué me la daba?

Me explicó por señas que ya no podía llevarla al cuello debido a las heridas. La había limpiado y la había colgado donde no la viese nadie, y aquella mañana se la había encontrado envuelta en hielo.

Un milagro sencillo.

Intenté devolvérsela, pero él me apartó, gesticulando, hasta que asentí, y le dije que me la colgaría del cinturón cuando me marchase.

Creo que yo sabía que Domino no querría venir. No habría abandonado a los caballos; ellos eran el presente.

Cuando volvía a la cocina, encontré a Patrick que me esperaba en compañía de una mujer. Una *vivandière*. Solo quedaban unas cuantas, y estaban estrictamente reservadas para los oficiales. Los dos estaban devorando muslos de pollo, y me ofrecieron uno.

—No te preocupes —dijo Patrick al ver mi expresión de horror—. No son de nuestro señor. Los ha traído esta amiga; cuando he entrado aquí buscándote, ella los estaba asando.

—¿Cómo los has conseguido?

—Jodiendo. Los rusos tienen muchos pollos, y aún hay muchos rusos en Moscú.

Yo me puse colorado, y murmuré que los rusos habían huido.

Ella se echó a reír, y dijo que los rusos eran capaces de esconderse bajo los copos de nieve. Y añadió:

—Son todos diferentes.

—¿El qué?

—Los copos de nieve. ¿Te lo imaginas?

Me lo imaginé y me enamoré de ella.

Cuando dije que me iba aquella noche, me preguntó si podía ir conmigo.

—Puedo ayudarte.

La habría llevado conmigo aunque hubiese sido coja.

—Si os vais los dos —dijo Patrick, apurando su frasco de licor—, yo voy también. No tengo ganas de quedarme aquí solo.

Me sorprendió, y por un momento me devoraron los celos.

Quizá Patrick la quería. Quizás ella le quería a él.

Amor. En un invierno como aquel. Qué cosas se me ocurrían.

Cogimos el resto de su comida y una buena cantidad de la de Bonaparte.

Él confiaba en mí, y yo nunca le había dado motivo para lo contrario.

Hasta los grandes hombres pueden recibir sorpresas.

Recogimos, pues, todo lo que había en la cocina, y ella volvió envuelta en un gran abrigo de piel, otro de sus recuerdos de Moscú. Antes de irnos, me deslicé en la tienda de Domino, le dejé toda la comida de la que me atreví a desprenderme y grabé mi nombre en el hielo del trineo.

Después nos fuimos.

Caminamos una noche y un día sin parar. Nuestras piernas adquirieron un ritmo torpe, pero no nos atrevíamos a detenernos, por temor a que nos fallasen los pulmones o las piernas. No hablábamos; llevábamos la nariz y la boca bien abrigadas, tan apretadamente como podíamos, dejando asomar los ojos como hendiduras. No había nieve fresca y nuestros tacones resonaban en el hielo.

Me acorde de una mujer que llevaba un bebé en brazos y cuyos tacones arrancaban chispas de los adoquines.

—Feliz Año Nuevo, soldado.

¿Por qué todos los recuerdos felices parecen de ayer, aunque hayan pasado años?

Seguíamos la ruta por la que habíamos venido, tomando los pueblos quemados como siniestros puntos de referencia, pero avanzábamos con lentitud, y no íbamos por los caminos para no encontrarnos con tropas rusas o con soldados de nuestro propio ejército, codiciosos y desesperados. Los amotinados, o traidores como se les solía llamar, no encontraban ninguna indulgencia, y no se les daba tiempo de excusarse. Acampábamos allí donde encontrábamos algún refugio natural, y nos apiñábamos los tres para conservar el calor. Yo deseaba tocarla, pero ella llevaba todo el cuerpo tapado, y yo llevaba guantes.

La séptima noche, al salir del bosque, encontramos una cabaña llena de primitivos mosquetes, un depósito de los rusos según supusimos, pero no había nadie por allí. Estábamos cansados y nos arriesgamos a refugiarnos allí, usando los restos de pólvora del suelo para encender fuego. Era la primera noche que encontrábamos un refugio que nos permitía quitarnos las botas, y Patrick y yo no tardamos en extender hacia el fuego los pies desnudos, arriesgándonos a dañarlos para siempre.

Nuestra compañera se aflojó los cordones de las botas, pero no se las quitó. Al ver mi sorpresa por aquella renuncia a un placer inesperado, explicó:

—Mi padre era barquero, y los barqueros no se quitan nunca las botas.

Nos quedamos en silencio, por respeto a sus costumbres o por simple agotamiento. Fue ella quien se ofreció a contarnos su historia, si nos apetecía escucharla.

—Un fuego y un cuento —dijo Patrick—. Lo único que nos falta es un trago de algo caliente.

Y sacó del fondo de sus insondables bolsillos otro frasco de aquel licor.

He aquí la historia que nos contó.

Siempre he sido una jugadora. Es una habilidad natural que tengo, como el robo y el amor. Lo que no sabía por instinto lo aprendí en el casino viendo jugar a los demás. Aprendí qué es lo que valoran las personas, y que es esto precisamente lo que quieren jugarse. Aprendí a plantear un desafío de modo que resulte irresistible. Jugamos con la esperanza de ganar, pero lo que nos excita es pensar en lo que podemos perder.

La manera de jugar es cosa de carácter; cartas, dados, dominó… estas preferencias son simples bagatelas. Todos los jugadores sudan. Yo soy de la ciudad del azar, en la que todo es posible y en la que todo tiene un precio. En esta ciudad se hacen y se pierden grandes fortunas de la noche a la mañana. Siempre ha sido así. Se hunden barcos que llevan seda y especias, el criado traiciona al amo, el secreto

corre de boca en boca y la campana anuncia otra muerte accidental. Pero los aventureros sin un chavo han sido siempre bien recibidos aquí; traen buena suerte, y muchas veces esa buena suerte les salpica a ellos. Algunos que vinieron a pie se van a caballo, y otros que pregonaban sus riquezas están mendigando en el Rialto. Siempre ha sido así.

El jugador astuto siempre se reserva algo, algo que jugarse en otra ocasión; un reloj de bolsillo, un perro de caza. Pero el jugador del diablo se reserva algo muy valioso, algo que solo se jugará una vez en la vida. La guarda oculta tras el panel secreto, esa cosa preciosa, fabulosa, que nadie sospecha que tenga.

Yo conocí a un hombre así; no era un borracho de los que olisquean todas las apuestas, ni un vicioso de los que se juegan hasta la camisa. Un hombre serio de quien se decía que comerciaba con oro y con la muerte. Perdía grandes sumas, como les ocurre a los jugadores; ganaba cantidades sorprendentes, como les ocurre también a los jugadores, pero nunca mostraba mucha emoción, nunca sospeché que estuviese en juego nada muy importante. Un aficionado, pensaba con desprecio. A mí me gusta la pasión, me gusta estar entre los desesperados.

Me equivoqué al despreciarle. Aquel hombre esperaba una apuesta que le sedujese, que le moviese a arriesgar lo que valoraba. Era un auténtico jugador y estaba dispuesto a arriesgar esa cosa preciosa, fabulosa, pero no por un perro, un gallo ni por los dados fortuitos.

Una noche tranquila, cuando las mesas estaban casi vacías y las fichas de dominó descansaban en sus cajas, él estaba por allí, dando vueltas, bebiendo y fanfarroneando.

Yo estaba aburrida.

Poco después entró un hombre en la sala —no era uno de los habituales ni alguien que conociéramos— y tras unas partidas poco entusiastas de juegos de azar reconoció al otro y se puso a charlar con él. Hablaron más de media hora, tan concentrados que pensamos que eran viejos amigos y dejaron de despertar nuestra curiosidad por la fuerza de la costumbre. Sin embargo, el rico, que tenía al lado a ese compañero extrañamente encorvado, pidió permiso para hacer un anuncio, una apuesta realmente extraordinaria. Despejamos el centro de la sala y lo dejamos hablar.

Al parecer su compañero, el desconocido, había llegado de los yermos de Levante, donde hay lagartijas exóticas y donde todo es extraordinario. En esa tierra, nadie ponía fortunas insignificantes sobre el tapete verde; preferían apuestas más altas.

La vida.

Se apostaban la vida. El ganador podía quitarle la vida al perdedor como prefiriese. Podía hacerlo lentamente, con los instrumentos de su elección. La única certeza era que solo se perdonaría una vida.

Nuestro rico amigo estaba claramente entusiasmado. Su mirada iba más allá de los rostros y las mesas de la ala de juego y se perdía en un espacio que no podíamos habitar: el espacio del dolor y la pérdida. ¿Qué le importaba perder fortunas?

Tenía fortunas para perder.

¿Qué le importaba perder amantes?

Las mujeres abundan.

¿Qué le importaba la posibilidad de perder la vida?

Tenía una sola vida y la apreciaba.

Aquella noche algunos le suplicaron que no siguiera adelante, percibieron una faceta siniestra en el anciano desconocido, quizá temieron que les hicieran la misma propuesta y rechazarla.

Lo que arriesgas demuestra lo que valoras.

Esas fueron las reglas del juego.

Un juego a tres partidas.

La primera, la ruleta, donde reina el destino.

La segunda, los naipes, donde la habilidad desempeña algún papel.

La tercera, el dominó, donde la habilidad es primordial y el azar actúa disfrazado.

¿Vestirá la suerte tus colores?

Esta es la ciudad de los disfraces.

Se acordaron las reglas y quedaron en respetarlas estrictamente. Vencería el que ganara dos de las tres partidas o, en el caso de que algún espectador pusiera objeciones a algún resultado, se dilucidaría mediante un juego escogido al azar por el director del casino.

Las reglas del juego parecían justas. Más que justas en este mundo de engaños, si bien algunos se sintieron incómodos ante el desconocido, pese a que parecía modesto y poco amenazador.

Si el Diablo jugara a los dados, ¿se presentaría de esta guisa?

¿Vendría a la chita callando y nos susurraría al oído?

Si se presentara como un ángel de luz, deberíamos ponernos en guardia de inmediato.

Se dio la orden: a jugar.

Bebimos durante la primera partida, contemplando las casillas rojas y negras que giraban bajo nuestras manos, mirando la brillante varilla metálica que se detenía ora en un número, ora en otro, sin penar en ganadores ni perdedores. Al principio pareció que nuestro amigo rico iba a ganar, pero en el último momento la bola saltó de la ranura y siguió girando con ese sonido decreciente y malsano que indica un último cambio.

La ruleta se detuvo.

Fue el forastero a quien sonrió la fortuna.

Se hizo un instante de silencio, esperábamos una señal, preocupación por parte de uno y satisfacción por la del otro, pero ambos contrincantes se levantaron con rostros de cera y caminaron hasta el alentador tapete verde. Los naipes. Nadie sabe qué nos reservan. Todo hombre ha de confiar en su mano.

Se repartió deprisa. Estaban acostumbrados a jugar.

Jugaron cerca de una hora y nosotros seguimos bebiendo. Bebimos para mantener húmedos los labios, nuestros labios, que se secaban cada vez que caía una carta y el forastero parecía condenado a la victoria. En la sala imperaba la extraña sensación de que el desconocido no debía ganar, de que por el bien de todos nosotros debía perder. Deseábamos que nuestro amigo rico uniera su habilidad a su fortuna y así ocurrió.

Ganó a las cartas y quedaron empatados.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada unos segundos a de sentarse a la mesa de dominó y cada rostro contenía algo del otro. Nuestro amigo rico había adoptado una expresión más calculadora, mientras que el rostro de su adversario aparecía más pensativo, menos cruel que antes.

Desde el primer momento quedó claro que también en el dominó estaban muy igualados. Jugaron hábilmente, evaluando los blancos y los números, calculando a gran velocidad, intentando desconcertarse mutuamente. Habíamos dejado de beber. No había más sonido ni movimiento que el chasquido de las fichas sobre la mesa de mármol.

Era más de medianoche. Oí el agua que lamía las piedras. Oí la saliva al pasar por mi garganta. Oí el chasquido de las fichas de dominó sobre la mesa de mármol.

No quedaban fichas ni huecos.

El desconocido había ganado.

Los dos hombres se incorporaron simultáneamente y se estrecharon la mano. Después el rico apoyó las manos en la mesa de mármol y vimos cómo temblaban. Esas manos elegantes y seguras temblaban. El forastero se dio cuenta y, con una leve sonrisa, propuso que cumplieran lo pactado.

Ninguno de nosotros abrió la boca, nadie intentó impedírselo. ¿Queríamos que ocurriera? ¿Esperábamos que una vida compensara muchas otras?

Ignoro nuestros motivos: solo sé que guardamos silencio.

Así sería la muerte: desmembramiento parte por parte, empezando por las manos.

El hombre rico asintió casi imperceptiblemente y, haciéndonos una reverencia, partió en compañía del forastero. No supimos nada más ni volvimos a verlos, pero un día, varios meses después, cuando ya nos habíamos convencido de que todo había sido una broma, de que en la esquina se habían despedido sin que los viéramos y de que solo habían pretendido asustarse mutuamente, recibimos un par de manos, muy blancas y con la manicura hecha, montadas sobre un tapete verde dentro de un estuche de cristal. Entre el índice y el pulgar de la izquierda había una bola de ruleta, y una ficha de dominó entre el índice y el pulgar de la derecha.

El director colgó el estuche en la pared y aún sigue allí.

Ya he dicho que detrás del panel secreto se oculta una cosa preciosa, fabulosa. No siempre somos conscientes, no siempre sabemos qué es lo que ocultamos de ojos fisgones ni que en ocasiones esos ojos fisgones pueden ser los nuestros.

Una noche, hace ocho años, una mano que me cogió por sorpresa abrió el panel secreto y me mostró aquello que me ocultaba a mí misma.

Mi corazón es un órgano fidedigno; de lo contrario, ¿cómo podría ser corazón? Mi corazón cotidiano y esforzado, el que se reía de la vida y no revelaba nada. He visto esas muñecas del este que se guardan una

dentro de la otra, que se ocultan una dentro de la otra, y por eso sé que el corazón también puede ocultarse.

Entré en un juego de azar y la apuesta fue mi corazón. Esos juegos solo se juegan una vez.

Es mejor no jugar a esos juegos.

Amaba a una mujer y reconoceréis que no es algo corriente. Solo la traté cinco meses. Compartimos nueve noches y jamás volví a verla. Reconoceréis que no es algo corriente.

Siempre preferí los naipes a los dados, por lo que no debí sorprenderme de repartir una carta aventurada.

La reina de picas.

Esta mujer vivía con sencillez y elegancia y su marido a veces se ausentaba para examinar una nueva rareza (comerciaba en libros y mapas); poco después de conocernos, el marido tuvo que partir. Permanecimos en su casa nueve días con sus noches, sin abrir la puerta y sin asomarnos por la ventana.

Íbamos desnudas y no nos daba vergüenza.

Fuimos felices.

El noveno día me quedé sola un rato pues ella tenía que ocuparse de algunos asuntos domésticos antes del retorno del marido. Aquel día la lluvia salpicaba las ventanas y llenaba los canalones, removiendo la basura que reposaba bajo la superficie, la basura que alimenta a las ratas y a los exiliados en sus sombríos laberintos. El año había empezado hacía poco. Ella me había dicho que me amaba. Jamás dudé de sus palabras porque sentía que eran muy sinceras. Cuando me tocaba, yo sabía que era amada con una pasión que nunca antes había experimentado. Ni en otros ni en mí misma.

Estos días el amor es una moda y en esta ciudad de moda sabemos hacer poco caso del amor y mantener a raya nuestros corazones. Me consideraba una mujer civilizada y me descubrí salvaje. Cada vez que pensaba en que la perdería, deseaba ahogarme con ella en un paraje solitario en vez de sentirme una fiera sin amigos.

La novena noche cenamos y bebimos como de costumbre, a solas; la servidumbre tenía el día libre. Le gustaba preparar tortillas a las hierbas y las comimos con rábanos picantes que ella había comprado. Por momentos la conversación decaía y vi el futuro en sus ojos. El mañana, en que nos separaríamos y reanudaríamos nuestras vidas de encuentros anónimos en lugares poco familiares. Solíamos ir a una cafetería llena de estudiantes de Padua y de artistas en busca de inspiración. Allí no la conocían. Sus amigos no la descubrirían. De ese modo nos habíamos reunido, a horas que no nos pertenecían, hasta estas nueve noches que fueron como un don del cielo.

No hice frente a su tristeza: era demasiado agobiante.

No tiene sentido amar a alguien con quien jamás podrás despertar por la mañana, salvo por casualidad.

El jugador se deja llevar por la esperanza de ganar, se inquieta con el miedo de perder y cuando gana se convence de que la suerte lo acompaña, de que volverá a ganar.

Si fueron posibles nueve noches, ¿por qué no diez?

Así pasaban las semanas esperando la décima noche, esperando para volver a ganar y perdiendo poco a poco esa cosa preciosa, fabulosa, esa cosa insustituible.

El marido solo comerciaba con objetos raros, jamás adquiriría un tesoro que otro pudiese poseer.

En ese caso, ¿compraría mi corazón y se lo regalaría a ella?

Ya lo había apostado durante nueve noches. Por la mañana, cuando partí, no le dije que no volvería a verla. Simplemente no hice ninguna cita. No me presionó, a menudo había dicho que a medida que envejecía, aceptada de la vida todo lo que esta le daba, pero esperaba poco.

Partí.

Cada vez que sentía la tentación de visitarla, acudía al casino y miraba a cualquier imbécil que se humillaba en las mesas. Podía apostar a favor de otra noche, reducirme un poco más, pero después de la décima llegarían la undécima y la duodécima y así al infinito, entrando en ese espacio silente que es el dolor de no tener nunca bastante. El espacio silente plagado de niños famélicos. Ella amaba a su marido.

Decidí casarme.

Había un hombre que me perseguía hacía tiempo, un hombre al que había rechazado y maldecido, un hombre al que despreciaba. Un rico de dedos gordos. A él le gustaba que me vistiera de chico. A mí me gusta vestirme de chico de vez en cuando. Teníamos eso en común.

Venía al casino todas las noches y apostaba muy alto, pero jamás se jugaba nada precioso. No era tonto. Me estrechaba con sus manos terribles, con dedos que parecían forúnculos a punto de reventar y me preguntaba si había cambiado de idea sobre su oferta. Decía que viajaríamos por todo el mundo. Nosotros tres solos: él, yo y mi disfraz.

La ciudad que me vio nacer es una ciudad tornadiza. No siempre tiene el mismo tamaño. Las calles aparecen y desaparecen en un santiamén, nuevos canales se abren paso sobre la tierra seca. Hay días en que no puedes ir de un extremo al otro de lo larga que es la travesía y otros en que un paseo te permite dar la vuelta al reino como si fueras un príncipe de juguete.

Tenía la sensación de que esa ciudad solo albergaba a dos personas que se percibían mutuamente y nunca se encontraban. Cada vez que salía, abrigaba la esperanza y el temor de verla. Solo veía un rostro en las caras de los extraños y el mío en el espejo.

El mundo.

Sin duda el mundo es lo bastante ancho como para caminar sin pavor.

Nos casamos sin ceremonia y de inmediato partimos a Francia, España, incluso Constantinopla. En este sentido, cumplió su palabra y cada mes bebí café en un sitio diferente.

En cierta ciudad de excelente clima vivía un joven judío al que le encantaba beber café en las terrazas y ver pasar el mundo. Veía pasar marineros, viajeros, mujeres con cisnes en el pelo y todo tipo de extravagantes distracciones.

Un día vio pasar a una joven corriendo, con el vestido flotando detrás.

Era hermosa y como el judío sabía que la belleza nos vuelve bondadosos, le pidió que hiciera un alto en el camino y compartieran un café.

—Estoy huyendo —dijo la joven.

—¿De quién huyes?

—De mí misma.

Pero accedió a hacer un alto porque se sentía sola.

Él se llamaba Salvadore.

Hablaron de las montañas y de la ópera. Hablaron de animales de pelaje metálico capaces de nadar de punta a punta de un río sin salir a la superficie para respirar. Hablaron de esa cosa preciosa, fabulosa, que todos tienen y guardan en secreto.

—Mira —dijo Salvadore—, fíjate bien. —Sacó una caja esmaltada, con el interior forrado de una tela suave. En esa caja estaba su corazón—. Dame el tuyo a cambio.

Ella no pudo dárselo porque no viajaba con su corazón, su corazón latía en otra parte.

La muchacha dio las gracias al joven y regresó con su marido, cuyas manos se deslizaban como cangrejos por su cuerpo.

El joven pensaba a menudo en la bella mujer y en aquel día de sol en que el viento había agitado sus pendientes como si fueran aletas.

Viajamos durante dos años. Después le robé el reloj y el dinero que portaba y lo abandoné. Me vestí de muchacho para evitar que me descubrieran y, mientras él roncaba digiriendo el vino tinto y la oca casi entera que había comido, me perdí en la oscuridad, que siempre ha sido mi aliada.

Conseguí trabajos de poca monta en barcos y casas importantes, aprendí a hablar cinco idiomas y durante tres años no volví a ver la ciudad de mi destino. Fue entonces cuando cogí un barco de retorno, por capricho y porque quería recuperar mi corazón. Debí saber que no era bueno tentar a la suerte en la ciudad que se encoge. Mi marido me encontró en seguida y todavía estaba furioso de que le hubiera robado y abandonado, aunque para entonces ya vivía con otra mujer.

Un amigo suyo, un hombre de mundo, propuso que hiciéramos una apuesta para solventar nuestras diferencias. Jugaríamos a las cartas y, si yo ganaba, sería libre de entrar y salir a mi antojo y dispondría de dinero suficiente para hacerlo. Si perdía, mi marido haría conmigo lo que le diera la gana, aunque no podría importunarme ni matarme.

¿Qué opción tenía?

En su momento creí que había jugado mal, pero más tarde descubrí por casualidad que las cartas estaban marcadas, que la apuesta estaba amañada desde el principio. Como ya he dicho, mi marido no es tonto.

El valet de corazones me cogió desprevenida.

Cuando perdí, pensé que me obligaría a regresar a casa y que ahí acababa la historia, pero me hizo esperar tres días y por fin me envió un mensaje pidiéndome que me reuniera con él.

Cuando llegué estaba con su amigo y un oficial de alta graduación, un francés del que supe que era el general Murat.

El general me miró de arriba abajo con mi vestimenta de mujer y solicitó que me pusiera el disfraz. Se

quedó admirado, me dio la espalda, retiró de sus pertenencias una bolsa muy grande y la dejó sobre la mesa, entre mi marido y él.

—Es el precio pactado —dijo.

Mi marido contó el dinero con dedos temblorosos.

Me había vendido.

Estaba a punto de incorporarme a filas, de unirme a los generales para brindarles placer.

Murat me aseguró que se trataba de un gran honor.

Como no me dieron tiempo suficiente para recoger mi corazón, solo llevé el equipaje, pero les estoy agradecida: este no es lugar para un corazón.

Calló. Patrick y yo, que no habíamos pronunciado palabra ni nos habíamos movido salvo para apartar nuestros pies del calor del fuego, fuimos incapaces de hablar. Ella volvió a quebrar el silencio:

—Pásame ese licor del demonio, una historia así se merece una recompensa.

Parecía despreocupada y se habían esfumado las sombras que surcaron su rostro a lo largo de la narración. Empecé a sentir mis propias sombras.

Ella nunca me amaría.

La había encontrado demasiado tarde.

Deseaba preguntarle más cosas sobre la ciudad del agua siempre cambiante, ver que su mirada se encendía de amor por algo —si no por mí—, pero ya había acomodado las pieles y se disponía a dormir. Cauteloso, puse la mano en su cara y ella sonrió, adivinándome el pensamiento.

—Cuando hayamos atravesado las nieves, te llevaré a la ciudad de los disfraces y encontrarás uno a tu medida.

Otro más. Ya voy disfrazado con esta ropa de soldado.

Quiero volver a casa.

Por la noche, mientras dormíamos, volvió a nevar. Por la mañana fue imposible abrir la puerta, ni Patrick, ni yo, ni los tres juntos lo conseguimos. Rompimos la madera donde se había astillado y como soy el más flaco, fui el primero en lanzarme de cabeza sobre un montículo de nieve más alto que un hombre.

Aparté con las manos esa materia letal y embriagadora que me hace sentir la tentación de zambullirme en ella y no volver a salir. La nieve no parece fría, da la sensación de que carece de temperatura. Cuando cae y coges con las manos esos fragmentos de nada, te parece imposible que puedan hacer daño. Parece imposible que la mera multiplicación suponga una diferencia tan trascendental.

Tal vez no. Hasta Bonaparte empezaba a darse cuenta de que los números son importantes. En este inmenso país hay millas, hombres y copos de nieve que superan nuestros recursos.

Me quité los guantes para que no se mojaran y vi que el color de mis manos pasaba del rojo al blanco y a un hermoso azul marino en el que las venas destacan casi en tono morado, casi del color de las anémonas. Noté que se me congelaban los pulmones.

En mi tierra, en la granja, la helada de medianoche hace brillar el suelo y endurece las estrellas. Aunque el frío te azota como un látigo, nunca es tan fuerte para hacerte sentir que te congelas desde dentro, que el aire que respiras se apodera de tus líquidos y brumas corporales, y los convierte en lagos de hielo. Cada vez que aspiraba el aire sentía que me estaban embalsamando.

Tardé casi toda la mañana en apartar la nieve suficiente para abrir la puerta. Partimos provistos de pólvora y muy pocos alimentos e intentamos seguir adelante en dirección a Polonia o, como lo había bautizado Napoleón, el Ducado de Varsovia. Nuestro plan era bordear las fronteras, cruzar Austria, atravesar el Danubio y dirigirnos a Venecia o Trieste si los puertos estaban bloqueados. Un recorrido de mil trescientas millas.

Villanelle era hábil con la brújula y el mapa; decía que era una de las ventajas de compartir el lecho con generales.

Avanzamos más lentamente que de costumbre a causa de la nieve y habríamos muerto en menos de dos semanas de no ser por el desvío que nos vimos obligados a tomar y que nos condujo a un puñado de casas alejadas de la posición de nuestros ejércitos. Cuando divisamos el humo que se elevaba a lo lejos, supusimos que se trataba de otro sacrificio de desolación, pero Patrick juró que veía tejados en lugar de refugios y nos vimos obligados a confiar en que no era el licor del demonio el que nos guiaba. Si se trataba de una aldea en llamas, las tropas estarían próximas.

Por consejo de Villanelle, nos hicimos pasar por polacos. Hablaba polaco, al igual que ruso, y explicó a los recelosos aldeanos que los franceses nos habían capturado para servirlos, pero que habíamos matado a nuestros guardianes y escapado. De ahí que vistiéramos uniformes, robados para evitar que nos

descubrieran. Cuando los campesinos rusos se enteraron de que habíamos asesinado a varios franceses, sus rostros resplandecieron de alegría y nos abrieron las puertas de sus casas, prometiéndonos alimento y refugio. A través de la traducción de Villanelle, supimos por ellos lo mucho que esa tierra había sufrido, lo extensos que habían sido los incendios. Sus hogares se salvaron porque estaban bastante aislados y, sobre todo, porque un oficial ruso de alta graduación se había enamorado de la hija del cabrero. La extraña historia de una seducción imprevista que había encendido tanto su corazón como su imaginación. El ruso se comprometió a salvar la aldea del incendio y modificó el camino de sus tropas, de modo que cuando nosotros, los franceses, los seguimos, también tomamos otra dirección.

Al parecer, el amor es capaz de sobrevivir incluso a la guerra y al invierno bajo cero. Como las frambuesas de la nieve, explicó nuestro anfitrión: el amor es así; nos contó que estas frágiles delicadezas siempre salen en febrero, haga el tiempo que haga y cualquiera sea el porvenir. Nadie sabe por qué, cuando las raíces de los pinos se secan y hay que tener en el corral a las ovejas, siguen creciendo estas inenarrables sutilezas de invernadero.

La hija del cabrero se había convertido en un personaje.

Villanelle había fingido que ella y yo estábamos casados y nos asignaron la misma cama, mientras el pobre Patrick tuvo que compartir la del hijo de los anfitriones, un afable idiota. La segunda mañana oímos gritos procedentes del pajar de Patrick y lo encontramos con el hijo, que tenía el tamaño de un buey, sentado sobre su espalda. El mozo tenía una flauta de madera e intentaba tocar algunas melodías mientras Patrick gemía bajo su peso. No pudimos moverlo y solo la esposa del anfitrión, con un golpe de trapo, logró arrojarlo sobre la nieve, protestando y lloriqueando. Un rato más tarde, entró a hurtadillas y se tendió a los pies de su madre, con los ojos muy abiertos y la mirada perdida.

—Es un buen chico —dijo la mujer a Villanelle.

Según parece, al nacer lo había visitado un espíritu que le ofreció cerebro o fuerza. La esposa de nuestro anfitrión se encogió de hombros. ¿De qué servía tener cerebro en un sitio como ese, donde había que cuidar ovejas y cabras y talar árboles? Dieron las gracias al espíritu y le pidieron que le diera fuerza; el hijo, que solo tenía catorce años, podía arrastrar a cinco hombres o alzar una vaca a las espaldas como si de un cordero se tratara. Comía de un cubo, pues no había plato lo bastante grande para saciar su apetito. Durante las comidas, nosotros tres nos sentábamos con nuestros cuencos, el campesino y su esposa con su pan duro y el hijo en el extremo de la mesa, tapando la ventana con sus hombros y metiendo y sacando el cucharón del cubo.

—¿Se casará? —preguntó Villanelle.

—Ya lo creo —replicó nuestro anfitrión, sorprendido—. Cualquier mujer querrá por esposo a un hombre tan fuerte. Ya le encontraremos esposa.

Por la noche permanecía despierto junto a Villanelle y escuchaba su respiración. Dormía enroscada, de espaldas a mí, y jamás dio señales de que quisiera ser tocada. La acariciaba cuando tenía la certeza de que dormía. Le recorría la columna con la mano y me preguntaba si todas las mujeres eran tan suaves y firmes. Una noche se volvió súbitamente y me pidió que le hiciera el amor.

—No sé cómo hacerlo.

—Entonces yo te haré el amor a ti.

Cuando recuerdo aquella noche aquí, en este sitio en el que siempre estaré, me tiemblan las manos y me duelen los músculos. Pierdo el sentido del día y de la noche, pierdo la noción de mi trabajo, escribir esta historia, intentar transmitir lo que realmente sucedió. Intento no dejar volar excesivamente la imaginación. Puedo pensar en aquella noche por error, mis ojos confunden las palabras que tengo delante, la pluma se levanta y permanece en el aire, pienso en ella durante horas y, sin embargo, siempre pienso en el mismo instante. Su cabello cuando se inclinó sobre mí, pelirrojo con mechones dorados, su cabello sobre mi cara y mi pecho y yo mirándola a través del pelo. Dejó caer su cabellera sobre mí y sentí que estaba tendido entre la hierba alta, a salvo.

Abandonamos la aldea a través de una serie de atajos que dibujamos en nuestro mapa y más alimento del que podían darnos. Me sentí culpable porque, exceptuando a Villanelle, tendrían que habernos matado.

Dondequiera que íbamos encontrábamos hombres y mujeres que odiaban a los franceses, hombres y mujeres cuyos futuros habían decidido otros. No eran gente pensadora ni expresiva, sino gente de la tierra que se conformaba con poco y que era celosa de sus costumbres y de su culto a Dios. Aunque sus vidas no habían cambiado demasiado, se sentían desairados porque sus jefes habían sido humillados, se sentían fuera de control y odiaban los ejércitos y los reyes títeres que Bonaparte instauraba a su paso. Bonaparte siempre

sostuvo que sabía lo que era bueno para el pueblo, que sabía mejorar la situación, educar. Y lo hizo: dondequiera que fue mejoró la situación, pero olvidó que hasta las gentes sencillas quieren ser libres de cometer sus propios errores.

Bonaparte no quería errores.

En Polonia simulamos ser italianos y recibimos la solidaridad que una raza ocupada muestra hacia otra. Cuando Villanelle dijo que era de origen veneciano, varias personas se taparon la boca con la mano y las mujeres pías se persignaron. Venecia, la ciudad de Satanás. ¿Era verdad? Incluso las personas que más la desaprobaban se acercaron y le preguntaron si era o no cierto que había once mil rameras más ricas que reyes.

Villanelle, a la que encantaba contar cuentos, urdió una historia que superaba los sueños más desenfrenados. Hasta dijo que los barqueros tienen pies palmeados y, mientras Patrick y yo hacíamos esfuerzos por contener la risa, los polacos abrieron los ojos desmesuradamente y uno corrió el riesgo de ser excomulgado al sugerir que tal vez Cristo había caminado sobre las aguas gracias a la misma marca de nacimiento.

A medida que viajábamos, oíamos hablar de la Grande Armée, de los miles de bajas, y me asqueaba pensar en tanta pérdida para nada. Bonaparte dijo que una noche en París con las prostitutas repondría hasta al último soldado. Tal vez fuera cierto, pero tardarían diecisiete años en crecer.

Hasta los franceses empezaban a hartarse. Hasta las mujeres sin ambiciones querían algo más que procrear niños para la muerte y niñas que crecerían para procrear más niños. Estábamos cansados. Talleyrand escribió una carta al zar y le dijo: *Los franceses son civilizados, pero no su emperador…*

No somos tan civilizados, durante mucho tiempo quisimos lo mismo que él. Queríamos glorias, conquistas, esclavos y alabanzas. Su deseo perduró más que el nuestro porque jamás corrió el riesgo de que lo pagara con su vida. Hasta el último momento mantuvo esa cosa preciosa, fabulosa, detrás del panel secreto, pero nosotros, que tan poco teníamos a salvo nuestras vidas, lo apostamos todo desde el principio.

Se dio cuenta de lo que sentíamos.

Meditó sobre nuestras pérdidas.

Él tenía tiendas de campaña y alimentos mientras nosotros agonizábamos.

Intentaba fundar una dinastía. Nosotros luchábamos para seguir con vida. La victoria restringida no existe. Una conquista conduce, inexorablemente, a la siguiente, a fin de proteger lo que se ha ganado. En nuestra travesía no encontramos amigos de Francia, solo enemigos subyugados. Enemigos como tú y como yo, con las mismas esperanzas y temores, ni buenos ni malos. Me habían enseñado a buscar monstruos y demonios y solo encontré gente corriente.

Ay, la gente corriente también buscaba demonios. Los austríacos, sobre todo, consideraban brutales y despreciables a los franceses. Convencidos de que éramos italianos, fueron generosos a más no poder y salimos favorecidos en todas las comparaciones que hicieron con respecto a los franceses. ¿Y si me hubiera quitado el disfraz? ¿Qué hubiera pasado? ¿Me habría convertido en un demonio ante sus ojos? Me inquietaba que me olieran, que sus narices, tan despectivas y adiestradas para odiar todo lo que tuviera un leve aroma a Bonaparte, me detectaran. Pero parece que somos lo que parecemos. Nuestros odios se convierten en algo absurdo cuando solo podemos reconocerlos en las circunstancias más obvias.

Estábamos cerca del Danubio cuando Patrick empezó a comportarse de forma extraña. Llevábamos viajando más de dos meses y nos encontrábamos en un valle rodeado de pinares. Estábamos en el lecho del valle, como hormigas en una inmensa jaula verde. Avanzábamos a buen paso, ahora que habíamos dejado atrás la nieve y el frío más intenso. Teníamos buen ánimo; quizás en dos semanas llegaríamos a Italia. Patrick no había hecho más que cantar desde que abandonamos Moscú. Eran canciones sin melodía, ininteligibles, pero nos habíamos acostumbrado a esos sonidos, marchábamos a su ritmo. Hacía más o menos un día que guardaba silencio, apenas probaba bocado y no quería hablar. Esa noche, cuando nos sentamos alrededor de la hoguera en el valle, Patrick habló de Irlanda y de lo mucho que deseaba estar en casa. Se preguntó si lograría convencer al obispo para que volviera a concederle una parroquia. Le había gustado ser sacerdote «y no solo por las chicas, aunque también hay que tenerlas en cuenta, claro».

Dijo que tenía sentido, fueras o no creyente, que tenía sentido asistir a la iglesia y pensar en alguien que no fuese pariente ni enemigo.

Repliqué que lo consideraba una hipocresía y él contestó que Domino tenía razón cuando decía que yo era un puritano de alma, que no comprendía la debilidad, la confusión ni la simple humanidad.

Aunque me sentí muy dolido por sus palabras, creo que lo que dijo era verdad y que es uno de mis defectos.

Villanelle nos habló de las iglesias de Venecia, con sus pinturas llenas de ángeles, demonios, ladrones, adúlteras y animales. Patrick se animó y decidió que primero probaría suerte en Venecia.

Me despertó en mitad de la noche. Deliraba. Intenté sujetarlo, pero es fuerte y ni Villanelle ni yo nos arriesgamos a recibir un golpe de sus puños o de sus pies agitados. Sudaba pese a lo inclemente de la noche y tenía sangre en los labios. Lo cubrimos con nuestras mantas y me alejé en la oscuridad que aún me aterrorizaba en busca de más leña para avivar el fuego. Aunque preparamos un verdadero horno fue imposible hacerlo entrar en calor. Sudaba, temblaba y gritaba que se estaba muriendo de frío, que el diablo se le había colado en los pulmones y lo condenaba con su aliento.

Murió al romper el alba.

No teníamos palas ni modo de romper la tierra negra, por lo que lo llevamos entre los dos hasta la linde de los pinares y lo cubrimos con helechos, ramas y hojas. Lo enterramos como un erizo que aguarda la llegada del verano.

Entonces nos entró miedo. ¿De qué había muerto? ¿Era contagioso? Pese al clima y a la necesidad de seguir, nuestro camino, bajamos hasta el río, nos aseamos, lavamos nuestras ropas y temblamos junto al fuego bajo el débil sol de la tarde. Aunque Villanelle hablaba con pesimismo del catarro, por entonces yo no sabía nada de la enfermedad veneciana que ahora siempre me ataca en noviembre.

Al partir, nuestro optimismo se quedó haciendo compañía a Patrick.

Nos habíamos hecho la ilusión de que acabaríamos el viaje y ahora ya no parecía tan fácil. Si uno puede irse, ¿por qué no tres? Intentamos bromear recordando sus visiones delirantes: en una ocasión afirmó que había visto a la Santísima Virgen recorriendo los cielos a lomos de un asno dorado. Siempre veía cosas y no importaba cómo ni qué, solo importaba lo que veía y que nos contaba historias. Las historias eran lo único que poseíamos.

Nos había contado la historia de su ojo milagroso y del modo en que lo había descubierto. Era una mañana calurosa en County Cork y los portales de la iglesia estaban abiertos de par en par para que salieran el calor y el olor a sudor que ni siquiera un buen baño hace desaparecer luego de seis días trabajando en los campos. Patrick predicaba un buen sermón sobre el infierno y los peligros de la carne y su mirada recorría la congregación; mejor dicho, su ojo derecho, pues descubrió que el izquierdo estaba concentrado a tres campos de distancia, en una pareja de feligreses que cometía adulterio bajo el cielo del Señor mientras sus respectivos cónyuges se arrodillaban en la iglesia.

Una vez concluido el sermón, Patrick se sintió sumamente perplejo. ¿Los había visto o era como san Jerónimo, víctima de visiones lascivas? Esa tarde los visitó y, después de unos comentarios casuales, dedujo por sus expresiones de culpabilidad que, sin lugar a dudas, habían hecho lo que él creyó que estaban haciendo.

Había una feligresa muy devota, realmente pechugona, y Patrick descubrió que desde la rectoría divisaba su dormitorio sin la ayuda de ningún vulgar telescopio. Miraba de vez en cuando, solo para comprobar que la feligresa no caía en la tentación. Opinaba que, al fin y al cabo, el Señor debió de concederle ese ojo con algún fin virtuoso.

¿Acaso no le había dado fuerza a Sansón?

—Y Sansón también era todo un hombre con las mujeres.

¿Podía vernos? ¿Podía mirar desde su lugar junto a la Santísima Virgen y ver que nos alejábamos pensando en él? Es posible que ahora sus dos ojos sean clarividentes. Deseaba que estuviera en el cielo, aunque no creía que semejante lugar pudiese existir.

Quería que nos viera y nos ayudara a llegar a casa.

Muchos amigos míos habían muerto. De los cinco que nos habíamos reído en el establo rojo y que habíamos visto nacer a las vacas, solo quedaba uno. Otros que había conocido con el paso de los años y a los que me había acostumbrado fueron fatalmente heridos o dados por desaparecidos en este o aquel campo de batalla. El guerrero procura no establecer demasiados vínculos. Vi que una bala de cañón partía en dos a un picapedrero, un hombre que me caía bien, e intenté retirar sus dos mitades del campo de batalla, pero cuando regresé en busca de sus piernas me fue imposible distinguirlas de las demás. Hubo un carpintero al que mataron por esculpir un conejo en la culata del mosquete.

La muerte en combate parecía gloriosa cuando no estábamos en el fragor de la batalla. Sin embargo, para los hombres sangrantes, mutilados y obligados a dirigirse hacia las líneas enemigas en medio del humo que los asfixiaba, donde los esperaban las bayonetas, la muerte en combate solo parecía lo que realmente era: muerte. Lo más curioso es que siempre volvíamos. La Grande Armée tenía más reclutas de los que

podía adiestrar y contadísimos desertores, al menos hasta hace poco. Bonaparte decía que la guerra corría por nuestras venas.

¿Será verdad?

Si es verdad, estas guerras no tendrán fin, ni ahora ni nunca. Cuando gritemos ¡paz!, corramos a reunimos con nuestras amadas y cultivemos la tierra, no será la paz sino una tregua de la guerra por venir. La guerra siempre pertenecerá al futuro, al futuro tachado.

No es posible que corra por nuestras venas.

¿Por qué un pueblo que ama el vino y el sol muere en el invierno bajo cero por un individuo?

¿Por qué lo hice? Porque lo amaba. Era mi pasión y cuando vamos a la guerra sentimos que ya no somos un pueblo tibio.

¿Qué opinaba Villanelle?

Los hombres son violentos. Eso es todo.

Estar con ella era como mirar un calidoscopio particularmente intenso. Toda ella era colores primarios y, si bien comprendía mejor que yo las ambigüedades del corazón, su pensamiento no era ambiguo.

—Soy de la ciudad de los laberintos —dijo—, pero si me preguntas qué dirección has de tomar, te responderé que sigas en línea recta.

Ya estábamos en el reino de Italia y su plan era coger un barco para Venecia, donde nos quedaríamos con su familia hasta que yo pudiera regresar sin peligro a Francia. A cambio, me pedía un favor, un favor relacionado con la recuperación de su corazón.

—Aún lo tiene mi amante. Lo dejé en su casa. Quiero que me ayudes a recuperarlo.

Me comprometí a ayudarla y le dije que yo también quería algo. Le pregunté por qué jamás se quitaba las botas, ni siquiera cuando nos hospedábamos en casa de los campesinos rusos, ni siquiera en la cama.

Rio, echó hacia atrás sus cabellos y sus ojos se iluminaron formando dos arrugas profundas en el entrecejo. Me convencí de que era la mujer más hermosa que había visto en mi vida.

—Ya te lo he dicho. Mi padre era barquero. Los barqueros no se quitan las botas.

Aunque no quiso decir nada más, decidí que al llegar a su ciudad encantada averiguaría más cosas sobre los barqueros y sus botas.

Tuvimos la suerte de hacer una travesía apacible; en esa mar tranquila y brillante, la guerra y el invierno parecían a años de distancia. Eran el pasado de otra persona. Así fue como en mayo de 1813 vi Venecia por primera vez.

Llegar a Venecia por mar, como debe hacerse, es como ver una ciudad imaginaria que se alza y tiembla en el aire. La luz de las primeras horas hace que los edificios relumbren y den la sensación de no estar quietos. Más que sobre una estructura imaginable, la ciudad parece elevarse como por encanto aquí y allá, con descaro. Parece haberse levantado como levadura hasta adquirir una forma peculiar. No hay preliminares ni muelles para pequeñas embarcaciones; anclas tu barca en la laguna y enseguida, sin transición, estás en la Plaza San Marcos. Observé el rostro de Villanelle, el rostro de alguien que vuelve a casa, que solo ve el regreso al hogar. Sus ojos saltaban de las cúpulas a los gatos, abarcando lo que veía y transmitiendo silenciosamente el mensaje de que había vuelto. La envidié. Yo seguía siendo un exiliado.

Desembarcamos, me cogió de la mano y me guio por un laberinto imposible, junto a algo que intenté traducir como Puente de los Puños y algo aún más improbable, el Canal de los Aseos, hasta llegar a un canal tranquilo.

—Esta es la parte trasera de mi casa —dijo—. La puerta principal da a las aguas.

¿Daban a los canales las puertas principales de las casas?

Su madre y su padrastro nos recibieron con el arrobamiento que siempre imaginé había sido la fortuna del hijo pródigo. Acercaron sillas y se sentaron tan cerca que nuestras rodillas se tocaban; su madre se levantaba a cada instante y salía corriendo en busca de bandejas con pasteles y jarras de vino. Al oír cada una de nuestras anécdotas, su padrastro me palmeaba la espalda y decía «ja, ja» y su madre alzaba las manos hacia la Madona y exclamaba: «¡Es una suerte que estéis aquí!».

Ni se inmutaron al saber que yo era francés.

—No todos los franceses son Napoleón Bonaparte —dijo su padrastro—. He conocido algunos franceses buenos, aunque hay que reconocer que el marido de Villanelle no lo era.

La miré sorprendido. Nunca había comentado que su gordo marido fuera francés. Deduje que su facilidad para hablar mi lengua le venía de haber vivido con soldados durante la mayor parte de su vida.

Se encogió de hombros, gesto habitual cuando no quería dar explicaciones, y preguntó qué era de su

marido.

—Va de aquí para allá, como de costumbre, pero te ocultaremos bien.

La idea de ocultarnos a los dos —fugitivos por motivos distintos— atraía enormemente a los padres de Villanelle.

—Mientras estuve casada con un barquero, todos los días sucedían cosas —dijo su madre—. Los barqueros tienen espíritu de clan y ahora soy la esposa de un panadero —pellizcó la mejilla de su marido—, ellos siguen su camino y yo el mío —entrecerró los ojos y se acercó tanto a mí que supe qué había desayunado—. Podría contarte historias que te pondrían los pelos de punta —me palmeó la rodilla con tanta energía que salté en la silla.

—Deja en paz al muchacho —la reprendió su marido—. Acaba de llegar de Moscú y ha venido andando.

—¡Virgen Santa! —exclamó—. Discúlpame —dijo y me obligó a comer otro pastel.

Una vez repleto de pasteles y de vino y casi vencido por el agotamiento, la mujer me llevó a recorrer la casa y me mostró una mirilla enrejada con un espejo situado enfrente de manera tal que permitía conocer la identidad de todo el que llamara a la puerta del canal.

—No siempre estaremos en casa y antes de abrir la puerta tienes que comprobar quién es. Como precaución adicional, creo que deberías afeitarte la barba. Los venecianos no somos peludos y llamarás la atención.

Le di las gracias y dormí dos días seguidos.

Al tercer día desperté en una casa en silencio y en una habitación totalmente a oscuras, pues los postigos estaban cerrados a cal y canto. Los abrí y dejé entrar la luz amarilla que acariciaba mi rostro y dibujaba lanzas en el suelo. Había motas de polvo en los rayos de sol. Era una habitación baja e irregular y las paredes estaban descoloridas en los sitios donde habían colgado cuadros. Había un lavabo y una jarra llena de agua helada; después de haber pasado tanto frío y en aquel clima cálido, solo fui capaz de humedecerme los dedos y frotarme los ojos. También había un espejo. De cuerpo entero, sobre un pie giratorio de madera. Aunque el espejo estaba desconchado, me vi flaco y huesudo, con la cabeza demasiado grande y una barba de rufián. Tenían razón. Debía afeitarme antes de salir. Desde la ventana, que daba al canal, vi todo un mundo que se desplazaba en barca. Barcas de verdura, de pasajeros, barcas con doseles para proteger del sol a las damas de alcurnia y embarcaciones tan delgadas como el filo de un cuchillo y con las proas en punta. Esas eran las barcas más extrañas porque sus tripulantes remaban de pie. Por lo que vi, a intervalos regulares el canal estaba señalizado con postes pintados a rayas de vivos colores; contra algunos chocaban barcas y había otros cuyas puntas doradas se descascarillaban al sol. Arrojé al canal el agua sucia y los restos de mi barba y recé por que mi pasado se hundiera en el olvido.

Me perdí nada más salir. Allí donde va Bonaparte, se trazan caminos rectos, se racionalizan los edificios y los letreros de las calles pueden cambiar de nombre para conmemorar una batalla, pero siempre están claramente señaladas. Cuando en Venecia se toman la molestia de poner letreros callejeros, se conforman con utilizan los mismos una y otra vez. Ni siquiera Bonaparte sería capaz de racionalizar Venecia.

Esta es una ciudad de locos.

Dondequiera que iba encontraba una iglesia y en ocasiones tenía la sensación de que hallaba la misma plaza pero con iglesias distintas. Tal vez aquí las iglesias aparecen como hongos, de la noche a la mañana, y desaparecen al alba con la misma rapidez. Tal vez los venecianos las construyen en una noche. En el momento cumbre de su poder, construían un galeón por día, totalmente equipado. ¿Y por qué no una iglesia totalmente equipada? El único lugar racional de toda la ciudad son los jardines públicos, e incluso allí, en las noches de niebla, aparecen cuatro iglesias sepulcrales que asfixian los regimientos de pinos.

No volví a casa del panadero hasta cinco días después porque no pude encontrar el camino y no me atrevía a hablar en francés. Deambulé buscando los puestos de venta de pan, olisqueando como un perro rastreador con la ilusión de captar una pista en el aire. Solo encontré iglesias.

Finalmente giré en una esquina, en una esquina por la que juro haber girado cien veces, y vi a Villanelle trenzándose el pelo en una barca.

—Supusimos que habías vuelto a Francia —dijo—. A mamá se le partió el corazón. Quiere que seas su hijo.

—Necesito un mapa.

—No servirá de nada. Esta es una ciudad viva en la que todo cambia.

—Villanelle, las ciudades no cambian.

—Henri, las ciudades cambian.

Me ordenó que subiera a la barca y prometió darme de comer durante la travesía.

—Te llevaré a dar un paseo para que no vuelvas a perderte.

La barca olía a orina y a coles y le pregunté quién era su dueño. Me dijo que pertenecía a un hombre que criaba osos, uno de sus admiradores. Estaba aprendiendo a no hacerle demasiadas preguntas; ciertas o falsas, las respuestas solían ser poco satisfactorias.

Dejamos atrás el sol, recorrimos gélidos túneles que me hicieron castañear los dientes y nos cruzamos con húmedas barcazas de trabajadores, repletas de una carga innombrable.

—Esta ciudad se repliega sobre sí misma. Los canales ocultan otros canales, los callejones se cruzan y se entrecruzan de tal manera que no sabes distinguirlos a menos que hayas vivido aquí toda tu vida. Incluso cuando dominas las plazas y puedes ir del Rialto al *ghetto* y llegar a la laguna con seguridad, hay sitios que jamás podrás encontrar y, si los encuentras, tal vez no vuelvas a ver San Marcos. Sal con tiempo de sobra si tienes algo que hacer y prepárate para coger otro camino, para hacer algo imprevisto si las calles te conducen a ello.

Remábamos formando una figura de ocho que se redibujaba constantemente. Cuando comenté que se mostraba deliberadamente misteriosa y me llevaba por un camino que sería incapaz de reconocer en otra ocasión, Villanelle sonrió y dijo que había cogido una antigua senda que solo un barquero era capaz de recordar.

—Las ciudades interiores no figuran en ningún mapa.

Pasamos frente a palacios saqueados cuyas cortinas oscilaban en ventanas sin postigos y en ocasiones divisé una figura delgada asomada a un balcón destartalado.

—Son los exiliados, las gentes que expulsaron los franceses. Aunque están muertos, no desaparecen.

Nos cruzamos con un grupo de niños cuyos rostros eran viejos y perversos.

—Te llevaré a ver a mi amiga.

El canal por el que se adentró estaba lleno de basura y de ratas que flotaban con las panzas rosas hacia arriba. Por momentos resultaba casi demasiado estrecho y Villanelle empujaba apoyándose en las paredes, raspando con los remos generaciones de lodo. Era imposible que alguien viviera allí.

—¿Qué hora es?

Villanelle rio.

—Hora de hacer visitas. Vengo con un amigo.

Acercó la barca a un hueco maloliente y allí, acuclillada en un saliente de cajones que flotaban precariamente, vi una mujer tan demacrada y mugrienta que apenas la consideré humana. Su pelo brillaba, llevaba adherido un extraño moho fosforescente que le daba el aspecto de un demonio subterráneo. Vestía ropas de tela gruesa, cuyo color o dibujo era imposible adivinar. Una de sus manos solo tenía tres dedos.

—He estado fuera —dijo Villanelle—. Estuve fuera mucho tiempo, pero no volveré a partir. Este es Henri.

El viejo ser siguió estudiando a Villanelle. Habló:

—Has estado fuera, como dices, te he buscado y a veces he visto tu espíritu flotando por aquí. Has corrido peligros y habrá más, pero no volverás a partir, al menos en esta vida.

No había luz donde nos agazapamos. Los edificios de ambas orillas del canal se cerraban en arco sobre nuestras cabezas, tan próximos que en algunos puntos los tejados parecían tocarse. ¿Estábamos en las cloacas?

—Te he traído pescado —Villanelle sacó un paquete que la anciana olfateó antes de guardarlo bajo sus faldas.

Luego se volvió hacia mí:

—Cuídate de los viejos enemigos con nuevos disfraces.

—¿Quién es? —pregunté en cuanto estuvimos a una distancia prudencial.

Villanelle se encogió de hombros y supe que no me daría una respuesta sincera.

—Es una exiliada que solía vivir aquí. —Señaló un edificio olvidado, de doble compuerta, al que habían dejado hundir de manera que ahora el agua entraba en las habitaciones de abajo. Utilizaban las plantas superiores como almacén y de una de las ventanas pendía una polea—. Se dice que mientras vivió aquí, las luces nunca se apagaban antes del alba y las bodegas albergaban vinos tan raros que un hombre podía encontrar la muerte si bebía más de una copa. Tenía barcos y estos traían artículos que la convirtieron en una de las mujeres más acaudaladas de toda Venecia. Cuando hablaban de ella, lo hacían con respeto y cuando se referían a su marido lo llamaban «el marido de la Dama de Recursos». Perdió sus recursos cuando Bonaparte se encaprichó con ellos y, según se rumorea, Josefina tiene sus joyas.

—Josefina tiene las joyas de casi todo el mundo —repliqué.

Remamos hasta salir de la ciudad oculta y nos adentramos por plazas soleadas y anchos canales que podían albergar ocho o nueve barcas y aún quedaba sitio para las ligeras embarcaciones de recreo de los visitantes.

—Es la mejor época del año para ellos. Si te quedas hasta agosto, celebrarás el cumpleaños de Bonaparte. Aunque es posible que para entonces esté muerto. En ese caso, quédate hasta agosto y celebraremos su funeral.

Había detenido la barca frente a una residencia impresionante que tenía seis plantas y ocupaba un lugar privilegiado en ese canal limpio y elegante.

—En esta casa encontrarás mi corazón. Henri, tienes que entrar y recuperarlo para mí.

¿Se había vuelto loca? Habíamos hablado metafóricamente. Su corazón estaba en su cuerpo, como el mío. Intenté explicárselo, pero me cogió la mano y la puso sobre su pecho.

—Compruébalo por ti mismo.

Toqué y sin disimulo deslicé la mano hacia arriba y abajo. No noté nada. Acerqué la oreja a su cuerpo, me agaché inmóvil en el fondo de la barca y un gondolero que pasaba nos dedicó una sonrisa de complicidad.

No oí nada.

—Villanelle, estarías muerta si te faltara el corazón.

—¿Crees que los soldados con los que conviviste tenían corazón? ¿Crees que el gordo de mi marido tiene el corazón metido entre sus grasas?

Ahora fui yo el que se encogió de hombros.

—Es un modo de hablar, ya lo sabes.

—Lo sé, pero ya te he dicho que esta es una ciudad poco corriente, que aquí hacemos las cosas de otra manera.

—¿Quieres que entre en esa casa y busque tu corazón? —Sí.

Era fantástico.

—Henri, antes de salir de Moscú, Domino te entregó un carámbano con un hilo de oro en el interior. ¿Dónde está?

Respondí que no sabía qué se había hecho de aquel carámbano, que suponía que se había derretido en mi mochila y que había perdido el hilo de oro. Aunque me avergonzaba de haberlo perdido, después de la muerte de Patrick olvidé durante un tiempo ocuparme de las cosas que amaba.

—Lo tengo yo.

—¿Tienes el hilo de oro? —No podía creerlo, me sentía aliviado. Seguramente Villanelle lo había encontrado y, después de todo, yo no había perdido a Domino.

—Tengo el carámbano.

Hurgó en su bolso y lo sacó tan frío y duro como el día en que Domino lo arrancó de la tienda y me lo entregó. Lo hice girar en mis manos. La barca se balanceaba y las gaviotas seguían su camino. Me volví hacia ella lleno de interrogantes, pero Villanelle se encogió de hombros y volvió a mirar hacia la casa.

—Esta noche, Henri. Esta noche estarán en la Fenice. Te traeré hasta aquí y te esperaré, pero temo entrar y no ser capaz de salir.

Me quitó el carámbano.

—Te devolveré tu talismán cuando me traigas mi corazón.

—Te quiero —dije.

—Eres mi hermano —dijo y nos alejamos remando.

Cenamos todos juntos y sus padres me pidieron detalles acerca de mi familia.

—Nací en una aldea rodeada de extensas colinas de un verde brillante y salpicadas de dientes de león. La atraviesa un río, un río que cada invierno se desborda y cada verano se llena de barro. Dependemos del río. Dependemos del sol. En mi tierra no hay calles ni plazas, solo casas pequeñas, por lo general de una planta, separadas por senderos trazados con los pies más que por manos diseñadoras. No tenemos iglesia, usamos el granero y en invierno nos apretujamos en medio del heno. No nos dimos cuenta de que había estallado la Revolución. Al igual que a vosotros, nos cogió por sorpresa. Solo pensamos en la madera en nuestras manos, en los cereales que cultivamos y, a veces, en Dios. Mi madre era una devota y, cuando murió, mi padre dijo que extendía los brazos hacia la Santísima Virgen y que su rostro tenía luz interior. Murió por casualidad. Un caballo cayó sobre ella, le partió la cadera y no tenemos medicinas para esas cosas, solo para los cólicos y la locura. Fue hace dos años. Mi padre aún arrastra el arado y caza los topos que arruinan los campos. Si puedo, volveré a casa para la cosecha y lo ayudaré. Es el lugar al que

pertenezco.

—Henri, ¿qué ocurrirá con tu cerebro? —preguntó Villanelle con cierto sarcasmo—. ¿Qué pensará un hombre como tú, educado por un cura, viajado y que ha combatido en la guerra, en medio del ganado?

Me encogí de hombros.

—¿Para qué sirve tener cerebro?

—Aquí podrías amasar una fortuna —intervino su padre—, aquí un joven tiene oportunidades.

—Puedes quedarte con nosotros —sugirió su madre.

Pero ella no dijo nada; no podía quedarme y ser su hermano cuando mi corazón anhelaba su amor.

—Sabes que esta ciudad es distinta a todas las demás —dijo su madre, cogiéndome del brazo—. ¿París? Escupo sobre ella. —Soltó un escupitajo—. ¿Qué tiene París? Unos pocos bulevares y algunas tiendas caras. Aquí hay misterios que solo conocen los muertos. Te diré una cosa: aquí los barqueros tienen pies de pato. No, no sonrías, es verdad. Estuve casada con un barquero, por eso lo sé, y he criado los hijos de mi matrimonio anterior. —Levantó un pie en el aire e intentó cogerse los dedos—. Verás una membrana entre un dedo y otro, y gracias a estas membranas caminan sobre el agua.

Su marido no soltó una carcajada ni dio golpes con la jarra de agua, como solía hacer cuando algo lo divertía. Me miró a los ojos y esbozó una sonrisa.

—Hay que tener una mentalidad abierta, pregúntale a Villanelle.

Ella mantuvo la boca cerrada y poco después se retiró.

—Necesita un nuevo marido —dijo su madre casi con tono de súplica—. En cuanto ese hombre se quite de en medio… En Venecia ocurren muchos accidentes, es tan oscura y las aguas son tan profundas… ¿Alguien se sorprendería si se produjera otra muerte?

El marido le puso una mano en el hombro y dijo:

—No tientes a los espíritus.

Terminada la cena, cuando su padre roncaba y su madre bordaba, Villanelle me condujo hasta la barca y nos deslizamos a oscuras a través de las negras aguas. Había cambiado la barca con olor a orina y a coles por una góndola y remaba de pie, con el estilo grácil y descentrado de los venecianos. Dijo que era un disfraz mejor, que a menudo los gondoleros rondaban las casas importantes con la esperanza de que les saliera un trabajo. Estaba a punto de preguntarle de dónde había sacado la embarcación, pero me tragué las palabras al ver las marcas de la proa.

Era una góndola fúnebre.

La noche era fría, clara y la luna brillante proyectaba grotescamente nuestras sombras sobre el agua. Enseguida llegamos a la compuerta y vi que la casa parecía vacía, tal como ella había asegurado.

—¿Cómo entraré? —susurré mientras Villanelle amarraba la barca a una anilla de hierro.

—Con esto. —Me entregó una llave lisa y chata como la de los carceleros—. La guardé para que me diera buena suerte, pero no lo ha hecho.

—¿Cómo encontraré tu corazón? La casa tiene seis pisos.

—Presta atención a sus latidos y busca en lugares inverosímiles. Si surge algún peligro, me oirás chillar como una gaviota y sabrás que tienes que volver deprisa.

Me separé de Villanelle, entré en el amplio salón y me topé cara a cara con una bestia escamosa de tamaño natural, de cuya cabeza salía un cuerno. Solté un grito, pero era una testa disecada. Ante mí se extendía una escalera de madera que a mitad de camino giraba y desaparecía en el centro de la casa. Decidí empezar por arriba e ir bajando. No esperaba encontrar nada pero, si no era capaz de describir cada habitación, Villanelle me obligaría a entrar de nuevo, de eso estaba seguro.

En la habitación de la primera puerta que abrí no había nada salvo un clavicordio.

La segunda contenía quince vidrieras.

La tercera carecía de ventanas y en el suelo, uno al lado del otro, reposaban dos ataúdes con las tapas abiertas y forrados de seda blanca.

La cuarta habitación tenía estantes del suelo al techo, estantes en los que había dos filas de libros. También vi una escala.

En la quinta habitación ardía una vela y un mapa del mundo cubría toda una pared. Un mapa con ballenas en los mares y monstruos terroríficos masticando la tierra. Estaban dibujados caminos que parecían hundirse en la tierra y, en otros puntos, acabar bruscamente a la orilla del mar. En cada esquina había un cormorán, en cuyo pico se debatía un pez.

La sexta habitación era la sala de costura y en un bastidor había un tapiz bordado en sus tres cuartas partes. El diseño correspondía a una joven sentada delante de una baraja con las piernas cruzadas. Era

Villanelle.

La séptima habitación era el estudio; el escritorio estaba cubierto de diarios escritos con garabatos muy pequeños. No pude descifrar esa escritura.

La octava habitación solo albergaba una mesa de billar y, a un costado, se abría una portezuela. Me sentí atraído por esa puerta, la abrí y descubrí que se trataba de un inmenso ropero atiborrado de vestidos de todo tipo, con olor a almizcle e incienso. Pertenecía a una mujer. Ahí no tuve miedo. Deseé hundir la cara entre las ropas y acostarme en el suelo, impregnado de esa fragancia. Pensé en Villanelle, en sus cabellos sobre mi cara y me pregunté si era eso lo que había sentido con esta mujer seductora y perfumada. A los lados de la estancia había baúles de ébano con monogramas. Abrí uno y descubrí que estaba lleno de pequeños frascos de cristal. Guardaba los aromas del placer y el peligro. Cada frasco contenía, como máximo, cinco gotas, por lo que deduje que eran esencias de gran valor y potencia. Casi sin pensar, me guardé un frasco en el bolsillo y me dispuse a salir. Al volverme un ruido me detuvo. Un sonido que no tenía nada que ver con ratones o escarabajos. Era un sonido regular y constante, como un latido. Se me cayó el alma a los pies y golpeé un vestido tras otro, dispersando zapatos y ropa interior con las prisas. Me acuclillé y volví a prestar atención. Sonaba bajo, oculto.

Me puse a gatas, repté debajo de uno de los percheros y encontré un tarro de color añil envuelto en una blusa de seda. El tarro palpitaba. No me atreví a abrirlo. No osé comprobar esa cosa preciosa, fabulosa, y la bajé, envuelta todavía en la blusa de seda, dos pisos más abajo y afuera, a la intemperie nocturna.

Villanelle estaba agazapada en la góndola y miraba el agua. En cuanto me vio, me ofreció la mano para ayudarme y, sin preguntar nada, remó deprisa hacia el centro de la laguna. Cuando por fin se detuvo, brillante de pálido sudor a la luz de la luna, le entregué el tarro.

Suspiró, le temblaban las manos y me pidió que me pusiera de espaldas.

Oí cómo destapaba el tarro y un sonido semejante al de un escape de gas. Luego emitió espantosos sonidos como si tragara y tosiera y solo el miedo me mantuvo sentado en la otra punta de la góndola, tal vez oyéndola morir.

Silencio. Me tocó la espalda y, al volverme, me cogió nuevamente la mano y la puso sobre su pecho.

Su corazón latía.

No es posible.

Os digo que su corazón latía.

Me pidió la llave. Guardó la llave y la blusa en el tarro color añil, lo arrojó al agua y sonrió con tanta alegría que, aunque todo hubiera sido una locura, habría valido la pena. Me preguntó qué había visto y le hablé de cada habitación. Cuando hablaba de una me preguntaba por la siguiente y finalmente mencioné el tapiz. Palideció.

—¿Dices que no estaba acabado?

—Estaba acabado en sus tres cuartas partes.

—¿Y era yo? ¿Estás seguro?

¿Por qué estaba tan trastornada? Porque si el tapiz hubiese estado acabado y la mujer hubiera tejido su corazón, habría quedado prisionera para siempre.

—Villanelle, no entiendo nada.

—No pienses más en esto. Tengo mi corazón y tú has recuperado tu talismán. Ahora podemos gozar. — Se soltó los cabellos y me llevó a casa remando en medio de su selva roja.

Dormí mal y soñé con las palabras de la vieja, «cuídate de los viejos amigos con nuevos disfraces», pero por la mañana, cuando la madre de Villanelle me despertó con huevos y café, la noche y sus pesadillas parecieron formar parte de la misma fantasía.

Esta es la ciudad de los locos.

Su madre se sentó en mi cama, se puso a charlar e insistió para que le pidiera a Villanelle que se casara conmigo en cuanto recuperara la libertad.

—Anoche tuve un sueño, un sueño de muerte. Henri, pídeselo —dijo.

Esa tarde, cuando salimos, le pedí que se casara conmigo, pero negó con la cabeza.

—No puedo darte mi corazón.

—No necesito tenerlo.

—Tal vez no, pero yo necesito darlo. Eres mi hermano.

Cuando le conté a su madre lo sucedido, dejó de amasar.

—Eres demasiado equilibrado para ella, le gustan los locos. Le digo que se serene, pero nunca lo hará. Quiere estar siempre de jarana.

Masculló algo sobre esa isla terrible y se culpó a sí misma. Jamás hago preguntas a los venecianos

cuando mascullan: es cosa de ellos.

Empecé a pensar en irme a Francia y, aunque la idea de no verla todos los días me congelaba el corazón más que cualquier invierno bajo cero, recordaba sus palabras, palabras que había utilizado cuando Patrick, ella y yo estábamos en una cabaña rusa y bebíamos licor del Demonio…

No tiene sentido amar a alguien con quien jamás podrás despertar por la mañana, salvo por casualidad.

Dicen que esta ciudad puede asimilar a cualquiera. Al parecer, aquí están representadas todas las nacionalidades. Hay soñadores, poetas, paisajistas con la nariz sucia y vagabundos como yo, que llegaron por azar y nunca más se fueron. Todos buscan algo, recorren el mundo y los siete mares pero buscan un motivo para quedarse. Yo no busco nada, he descubierto lo que quiero y no puedo tenerlo. Si me quedara, no sería por esperanza sino por miedo. Por miedo a estar solo, a separarme de la mujer que con su simple presencia ensombrece el resto de mi vida.

Digo que estoy enamorado de ella. ¿Qué significa?

Significa que veo mi futuro y mi pasado a la luz de estos sentimientos. Es como si escribiera en una lengua extranjera que, por arte de magia, fuera repentinamente capaz de comprender. Sin palabras, ella me revela mi propio ser. Como los genios, ignora lo que hace.

Fui un mal soldado porque me importaba demasiado lo que ocurriría después. Nunca pude abandonarme en medio de los cañonazos, en el instante de combate y odio. Mi mente corría más que yo con imágenes de campos cubiertos de cadáveres y la destrucción de todo lo que había tardado años en ser creado.

Me quedé porque no tenía adónde ir.

No quiero repetirlo.

¿Todos los amantes se sienten desvalidos y valerosos en presencia del ser amado? Desvalidos porque nunca está muy lejana la necesidad de rodar como un perro faldero. Valerosos porque, si es imprescindible, se saben capaces de matar un dragón con una navaja.

Cuando sueño con un futuro en sus brazos no hay días nublados, ni siquiera un resfriado y, aunque sé que es un disparate, creo sinceramente que seríamos felices para siempre y que nuestros hijos cambiarían el mundo.

Parezco esos soldados que sueñan con su hogar…

No, ella desaparecería varios días seguidos y yo lloraría. Se olvidaría de nuestros hijos y dejaría que me ocupara de ellos. Se jugaría nuestra casa en el casino y acabaría por odiarme si la llevara a vivir a Francia.

Sé todo esto, pero me da igual.

Jamás sería fiel.

Se reiría en mi cara.

Yo siempre tendría miedo de su cuerpo por el poder que tiene.

A pesar de todo esto, cada vez que pienso en partir, el pecho se me llena de piedras.

Locura amorosa. Primer amor. Lujuria.

Mi pasión tiene explicación. Sin embargo, hay algo cierto: ella revela cuanto toca.

Pienso mucho en su cuerpo, no en poseerlo, sino en verlo moverse durante el sueño. Nunca está quieta, se encuentre en una barca o corriendo a toda velocidad cargada de coles. No es una mujer nerviosa, simplemente va contra su naturaleza quedarse quieta. Cuando le comenté lo mucho que me gusta tenderme en un campo verde brillante y contemplar el cielo azul brillante, replicó:

—Podrás hacerlo cuando mueras. Pide que no cierren la tapa de tu ataúd.

Pero conoce el cielo. Desde mi ventana la veo remar lentamente y mirar el firmamento perfecto a la espera de que asome la primera estrella.

Decidió enseñarme a remar. No solo a remar. A remar a la manera veneciana. Partimos al amanecer en una góndola roja de las que usa la policía. Ni siquiera le pregunté cómo la había conseguido. Últimamente era muy feliz y a menudo me cogía la mano y la ponía sobre su corazón como si fuera una enferma a la que le conceden una nueva oportunidad.

—Si a pesar de todo estás decidido a convertirte en cabrero, lo menos que puedo hacer es enviarte a casa con una nueva habilidad. En tus ratos muertos puedes construir una barca, navegar por el río del que hablas y pensar en mí.

—Si quisieras, podrías venir conmigo.

—No me gustaría. ¿Qué haría yo con una bolsa llena de topos y sin un tapete verde cerca?

Aunque lo sabía, no me gustó oírlo.

No era un remero nato y una vez incliné tanto la góndola que los dos caímos al agua. Villanelle me agarró del cogote y gritó que se estaba ahogando.

—Vives en el agua —protesté cuando me arrastró con ella, chillando a voz en cuello.

—Exactamente, vivo en el agua, no dentro de ella.

Aunque parezca sorprendente, no sabía nadar.

—Los barqueros no están obligados a saber nadar. Ninguno acabaría así. No podremos volver a casa hasta secarnos, se burlarían de mí.

Ni siquiera su entusiasmo me permitió mejorar y al anochecer me quitó los remos, con los cabellos aún húmedos, y me comunicó que iríamos al casino.

—Tal vez para eso sirvas.

Nunca había estado en el casino, y me decepcionó tanto como el burdel años atrás. Los lugares pecaminosos lo son mucho más en la imaginación. No hay felpa roja más sorprendentemente roja que la que sueñas. No existen mujeres con las piernas tan largas como las que imaginas. Mentalmente, esos locales siempre son gratuitos.

—Por si te interesa, arriba hay una sala de flagelación —dijo.

No. Me aburriría. Sabía qué era la flagelación. Me lo había contado mi amigo el sacerdote. A los santos les gusta que los flagelen y había visto muchos cuadros de sus cicatrices extáticas y sus miradas anhelantes. Ver cómo flagelaban a una persona corriente no tendría el mismo efecto. La carne de santo es tierna, blanca, y siempre se oculta de la luz del día. El instante de placer es cuando el azote la descubre, el instante en que se revela lo oculto.

Me separé de Villanelle y, después de ver lo que había que ver, desde frío mármol a vasos helados y tapetes verdes con sietes, ocupé un asiento junto a la ventana y me concentré en el canal que brillaba a mis pies.

Así se había ido el pasado. Yo había escapado. Esas cosas son posibles.

Pensé en mi aldea y en la hoguera que encendemos al concluir el invierno; nos deshacemos de las cosas que ya no necesitamos, festejamos la vida por venir. En el canal se habían hundido ocho años de soldado junto a la barba que me sentaba mal. Ocho años de Bonaparte. Vi mi imagen reflejada en la ventana: era el rostro en que me había convertido. Más allá de mi imagen vi a Villanelle contra la pared; delante tenía un hombre que le impedía el paso. Aunque lo observaba reposadamente, por la posición de sus hombros deduje que estaba asustada.

Era un hombre muy corpulento, una gran extensión negra como el capote de un diestro.

Estaba con los pies separados, bien plantados, un brazo apoyado en la pared para cortarle el paso y la otra mano hundida en el bolsillo. Villanelle lo empujó deprisa y bruscamente y, con la misma rapidez, el hombre sacó la mano del bolsillo y la abofeteó. Oí el golpe y, mientras me incorporaba de un salto, Villanelle se colaba bajo el brazo del hombre y bajaba corriendo la escalera. Solo se me ocurrió alcanzarla antes que él, que ya había iniciado la persecución. Abrí la ventana y me arrojé al canal.

Salí a la superficie escupiendo, con la cara cubierta de hierbajos; nadé hasta la barca, aflojé la amarra y cuando ella subió de un salto felino, le grité que remara mientras intentaba trepar por la borda. Víllanelle me ignoró y se puso a remar; fui arrastrado como un delfín domesticado que tiene un hombre del Rialto.

—Es él —dijo Villanelle cuando finalmente caí hecho un lío a sus pies—. Pensé que estaba fuera, ¡vaya espías que tengo!

—¿Es tu marido?

Escupió.

—Sí, es el gordo y soplapollas de mi marido.

Me incorporé.

—Nos sigue.

—Conozco un camino, para algo soy hija de un barquero.

Me mareé con las vueltas que dimos y con la velocidad a la que remó. Los músculos de sus brazos amenazaban con desgarrarle la piel; al pasar por una zona iluminada vi el afloramiento de sus venas. Jadeaba y poco después su cuerpo estaba tan mojado como el mío. Recorrimos un tramo del canal que se estrechaba cada vez más y acababa bruscamente ante una blanca pared. En el último momento, cuando casi podía oír que nuestra barca se astillaba como un tronco a la deriva, Villanelle trazó una curva imposible y nos metimos por una entrada que atravesaba un túnel chorreante.

—Henri, calma, pronto estaremos en casa.

Fue la primera vez que la oí pronunciar la palabra calma.

Nos detuvimos junto a la compuerta y cuando nos disponíamos a amarrar la góndola, una proa silenciosa apareció por detrás y me encontré cara a cara con el cocinero.

El cocinero.

La carne que rodeaba su boca se agitó hasta esbozar una sonrisa. Estaba mucho más grueso que antes, la papada le colgaba como topos muertos y un compacto estuche de piel que le sujetaba la cabeza a los hombros. Se le habían hundido los ojos y las cejas, siempre tupidas, ahora me contemplaban como centinelas. Puso las manos sobre la borda, manos recargadas de anillos que a duras penas habían pasado los nudillos. Manos rojas.

—Henri, encantado de verte —dijo.

La mirada inquisitiva que Villanelle me dirigió competía con la de profundo asco que clavó en él. El cocinero notó la contradicción y, rozándola para asustarla, dijo:

—Se podría decir que Henri me trajo buena suerte. Gracias a él y a sus truquillos, me sacaron de Boulogne y me enviaron a París a ocuparme de las provisiones. Nunca me he ocupado de algo que no me diera beneficios. Henri, ¿no te alegra encontrar a un viejo amigo y ver que las cosas le van tan bien?

—No quiero tener nada que ver contigo —respondí.

Volvió a sonreír y esta vez le vi los dientes, mejor dicho, los que le quedaban.

—Evidentemente, quieres tener algo que ver con mi esposa. Con mi esposa —pronunció las palabras con suma lentitud. Su rostro adquirió una vieja expresión que yo conocía demasiado bien—. Henri, me sorprende verte aquí. ¿No deberías estar con tu regimiento? No es momento para estar de vacaciones. Ni siquiera siendo favorito de Bonaparte.

—No es asunto tuyo.

—Tienes razón, supongo que no te molestará que hable de ti con algunos amigos, ¿verdad? —Se dirigió a Villanelle—. Tengo otros amigos a los que les encantará saber qué ha sido de ti. Amigos que pagaron mucho dinero para conocerte. Será mejor que me acompañes.

Villanelle le escupió a la cara.

A pesar de que he tenido muchos años para pensarlo, todavía no tengo claro lo que ocurrió a continuación. Han sido años de calma, sin distracciones. Recuerdo que cuando Villanelle le escupió, él se inclinó e intentó besarla. Recuerdo que abrió la boca y se acercó a ella, sus manos soltaron la borda e inclinó su cuerpo. Su mano arañó los pechos de Villanelle. Y su boca. Su boca es la imagen más clara que guardo. Una boca de color rosa claro, una caverna de carne y la lengua, apenas visible, como un gusano que asoma de su agujero. Ella lo empujó, el cocinero perdió el equilibrio a medio camino entre ambas barcas y cayó sobre mí, estuvo a punto de aplastarme. Me sujetó el cuello con las manos y oí que Villanelle gritaba y me arrojaba su cuchillo, lo ponía a mi alcance. Era una hoja veneciana, un filo delgado y cruel.

—Por el lado blando, Henri, como a los erizos.

Yo tenía el cuchillo en la mano y se lo hundí a un costado del cuerpo. Cuando giró, se lo hundí en la barriga. Oí cómo desgarraba sus entrañas. Saqué el cuchillo, furioso de tener que salir tan rápido, y volví a clavarlo en todos esos años de vida regalada. Esa carne de oca y clarete pronto cedió. Mi camisa estaba empapada en sangre. Villanelle lo apartó, y me incorporé sin inmutarme. Le pedí que me ayudara a girarlo y lo hizo sin dejar de mirarme.

Cuando estuvo boca arriba y desangrándose, le arranqué la camisa desde el cuello y le miré el pecho. Blanco y lampiño, como la carne de los santos. ¿Es posible que santos y demonios se parezcan tanto? Sus tetillas eran del mismo tono que sus labios.

—Villanelle, dijiste que no tenía corazón. Comprobémoslo.

Extendió la mano, pero yo ya lo había abierto con mi amigo de plata, con ese filo impaciente. Corté un triángulo en el sitio adecuado y retiré la forma con la mano, como quien arranca el corazón de una manzana.

Tenía corazón.

—Villanelle, ¿lo quieres?

Negó con la cabeza y se puso a llorar. Jamás la había visto llorar, ni durante el invierno bajo cero, ni a la muerte de nuestro amigo, ni en plena humillación, ni cuando hablaba de ella. Ahora lloraba; la cogí en mis brazos, dejé caer el corazón entre nosotros y le conté la historia de la princesa cuyas lágrimas se convertían en piedras preciosas.

—Te he ensuciado la ropa —dije al ver las manchas de sangre que la cubrían—. Mira mis manos.

Asintió y esa cosa azul y ensangrentada yacía entre nosotros.

—Henri, tenemos que llevarnos las barcas.

En la refriega habíamos perdido los dos remos de nuestra góndola y uno de la del cocinero. Me sujetó la cabeza con las manos y la sopesó, me cogió con fuerza de la barbilla.

—Quédate quieto. Has hecho lo que podías, ahora me toca a mí.

Me senté con la cabeza hundida en las rodillas y los ojos clavados en el suelo de la barca, anegado de sangre. Mis pies se hundían en la sangre.

Boca arriba, el cocinero tenía la mirada clavada en Dios.

Las barcas se movieron. Su góndola se deslizaba delante y la mía estaba amarrada a ella tal como los niños atan sus embarcaciones en el estanque.

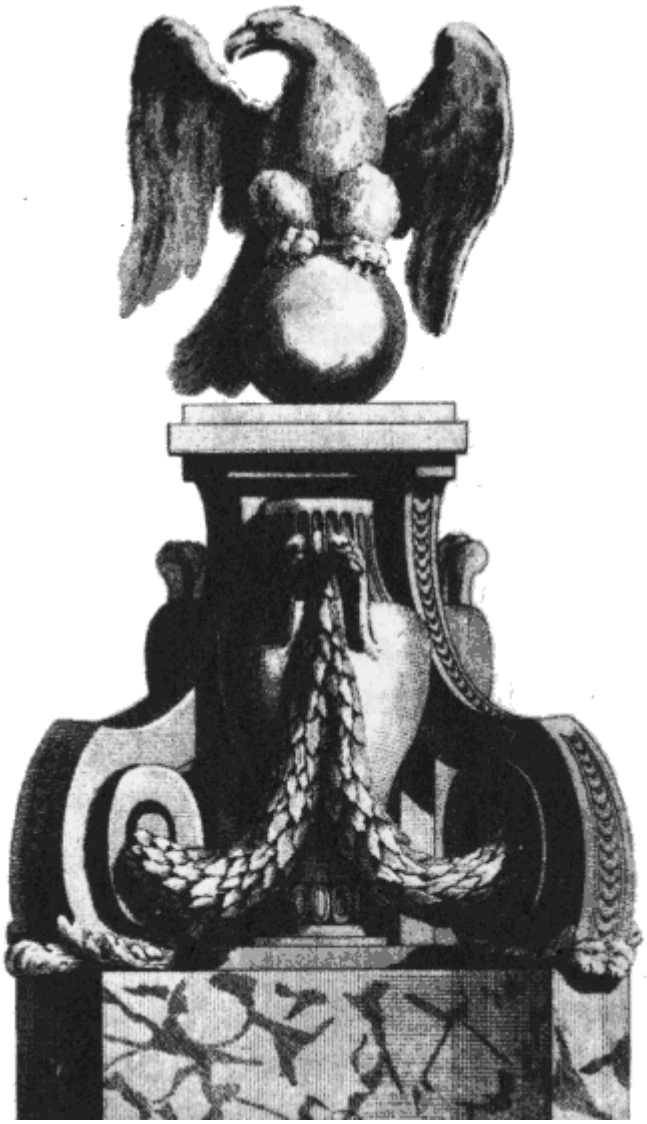
Nos movíamos. ¿Cómo?

Alcé del todo la cabeza, con las rodillas todavía dobladas y vi que Villanelle, de espaldas a mí y con una soga al hombro, caminaba sobre el canal y arrastraba nuestras barcas.

Sus botas reposaban ordenadamente una al lado de la otra. Llevaba el pelo suelto.

Yo estaba en la selva roja y ella me guiaba de regreso a casa.

Cuatro
EL PEÑÓN



Dicen que los muertos no hablan. Dicen que están callados como una tumba, pero no es verdad. Los muertos hablan constantemente. Los oigo en este peñón, cuando arrecia el viento.

Oigo a Bonaparte, que no duró mucho en su peñón. Engordó, cogió un resfriado y él que había sobrevivido a las plagas de Egipto y al invierno bajo cero, murió en medio de una templada humedad.

Los rusos invadieron París y nosotros no la quemamos, la entregamos, ellos se lo llevaron y restablecieron la monarquía.

Su corazón cantaba. Su corazón cantaba en aquella isla ventosa, en compañía de las gaviotas. Aguardó el momento y, como el tercer hijo que sabe que sus traidores hermanos no son más listos que él, el momento llegó y retornó durante cien días con un convoy de barcos silencioso hasta que encontró su Waterloo.

¿Qué podían hacer con él esos generales victoriosos y esas naciones farisaicas?

Juegas y ganas, juegas y pierdes. Siempre juegas.

El final de cada partida es un anticlímax. No sientes aquello que pensaste que sentirías y aquello que consideraste tan importante deja de serlo. Lo estimulante es el juego.

¿Y si ganas?

La victoria restringida no existe. Debes proteger lo que has ganado. Debes tomártelo en serio.

Los vencedores pierden cuando se hartan de ganar. Es posible que después lo lamenten, pero el impulso de jugarse esa cosa poderosa, fabulosa, es demasiado fuerte. El impulso de ser intrépido otra vez, de volver a andar descalzo como solías hacerlo antes de heredar todos estos zapatos.

Jamás dormía, sufría de úlcera, se había divorciado de Josefina y casado con una zorra egoísta (se la merecía), necesitaba una dinastía para proteger su imperio. No tenía amigos. Tardaba tres minutos en hacer el amor y al final ni siquiera se molestaba en quitarse la espada. Europa lo odiaba. Los franceses estaban hartos de ir a la guerra, de ir a la guerra y de ir a la guerra.

Era el hombre más poderoso del mundo.

Cuando regresó de aquella isla por primera vez, volvió a sentirse como un niño. De nuevo era un héroe que no tenía nada que perder, un salvador con una única muda de ropa.

Cuando lo vencieron por segunda vez y lo destinaron a unos peñascos más sombríos, donde las olas eran más violentas y la compañía poco solidaria, lo enterraron vivo.

La Tercera Coalición. Las fuerzas de la moderación contra este loco.

Yo lo odiaba, pero ellos no eran mejores que él. Sean del bando que sean, los muertos, muertos están.

Tres locos contra uno. Gana la cantidad. No la justicia.

Cuando el viento arrecia, lo oigo llorar, viene a verme con las manos todavía grasientas de la última cena y me pregunta si lo quiero. Su rostro me suplica que le diga que lo quiero y pienso en los que lo acompañaron al exilio y que, uno tras otro, emprendieron el regreso en pequeños barcos.

La mayoría se llevaron libretas de notas. La historia de su vida, sus impresiones sobre el peñón. Amasarían una fortuna exhibiendo a aquella bestia inválida.

Hasta sus criados aprendieron a escribir.

Habla obsesivamente de su pasado, pues los muertos no tienen futuro y su presente es memoria. Están en la eternidad porque el tiempo ha parado.

Josefina sigue viva y recientemente ha introducido los geranios en Francia. Se lo comenté y me dijo que a él las flores nunca le gustaron.

La habitación que tengo aquí es minúscula. Si me acuesto, algo que procuro no hacer por motivos que más adelante explicaré, basta que me estire para tocar las esquinas. Tengo una ventana y, a diferencia de casi todas las demás, esta no tiene barrotes. Es una abertura perfecta. No tiene cristal. Puedo asomarme y contemplar la laguna; a veces veo a Villanelle en su barca.

Me saluda con el pañuelo.

En invierno, cubro la ventana con una gruesa cortina de arpillera que doblo por la mitad y sujeto al suelo con la cómoda. Va bastante bien, siempre que me tape con la manta, ya que sufro de catarro. Eso demuestra que ahora soy veneciano. El suelo está cubierto de paja, como en casa, y algunos días, al despertar, percibo el olor a gachas espesas y negras. Esos días me agradan porque significa que mamá está aquí. Tiene el mismo aspecto de siempre, quizás algo más joven. Cojea de la pierna que le aplastó el caballo, pero en este cuartucho no es mucho lo que camina.

Nos dan pan para desayunar.

No tengo cama, pero hay dos almohadones grandes que en otro tiempo también estuvieron rellenos de paja. Con el paso de los años los he rellenado de plumas de gaviota y duermo sentado en uno y con el otro colocado entre mi espalda y la pared. Estoy cómodo y así él no puede estrangularme.

Cuando llegué, he olvidado cuántos años llevo aquí, él intentaba estrangularme todas las noches. Me acostaba en la habitación que compartía con otros y sentía sus manos en mi cuello, su aliento a vómito, y veía su boca rosada y carnosa, de un rosa obsceno, que se acercaba para besarme.

Poco después me trasladaron a una habitación individual. Perturbaba a los demás.

Hay otro hombre que también tiene una habitación individual. Ha estado aquí casi desde siempre y se ha escapado varias veces. Lo traen de regreso medio ahogado, está convencido de que puede caminar sobre el agua. Como tiene dinero, su habitación es muy cómoda. Yo también podría tener dinero, pero no quiero aceptarlo de manos de ella.

Escondimos las barcas en un pasadizo apestoso adonde van las barcas de la basura y Villanelle volvió a calzarse las botas. Fue la única vez que vi sus pies y no son precisamente lo que solemos llamar pies. Los despliega como un abanico y, de la misma manera, los repliega. Deseaba tocarlos, pero tenía las manos cubiertas de sangre. A él lo dejamos como estaba, boca arriba, con el corazón al lado. Mientras caminábamos Villanelle me abrazaba para consolarme y cubrir las manchas de sangre de mi ropa. Cuando nos cruzábamos con alguien, me arrojaba contra la pared y me besaba apasionadamente, impidiendo que pudieran ver mi cuerpo. Así hicimos el amor.

Le contó a sus padres todo lo ocurrido y los tres calentaron agua, me lavaron y quemaron mis prendas.

—Soñé con una muerte —dijo su madre.

—Cállate —dijo su padrastro.

Me taparon con una piel y me llevaron a dormir junto al horno, sobre un colchón de su hermano. Dormí el sueño de los inocentes y no supe que, durante toda la noche, Villanelle me veló en silencio. En sueños los oí decir:

—¿Qué haremos?

—Las autoridades vendrán a casa. Soy su esposa. No os metáis en esto.

—¿Qué será de Henri? Aunque no sea culpable, es francés.

—Yo cuidaré de Henri.

Cuando oí esas palabras me dormí profundamente.

Creo que sabíamos que nos cogerían.

Pasamos los pocos días siguientes atiborrando de placer nuestros cuerpos. Todas las mañanas salíamos a primera hora y nos solazábamos en las iglesias. Mejor dicho, Villanelle se recreaba en los colores y el drama divinos sin pensar un ápice en Dios y yo me sentaba en las escalinatas y jugaba a tres en raya.

Pasábamos las manos por todas las superficies tibias y absorbíamos el sol del hierro y la madera y la caliente piel de millones de gatos.

Comíamos pescados recién cogidos. Me paseó alrededor de la isla en una fastuosa barca que le pidió prestada a un obispo.

La segunda noche, una incesante lluvia estival inundó la Plaza de San Marcos y nos quedamos en un rincón, observando a un par de venecianos que intentaban cruzar con ayuda de dos sillas.

—Móntate en mi espalda —dije. Villanelle me miró incrédula—. No sé caminar sobre las aguas, pero puedo vadearlas.

Me quité los zapatos y le pedí que los llevara mientras trastabillábamos lentamente por la ancha plaza. Sus piernas eran tan largas que tenía que encogerlas para que no tocaran el agua. Cuando llegamos al otro lado estaba agotado.

—Este es el chico que vino andando desde Moscú —dijo en tono de burla.

Nos cogimos del brazo y fuimos a cenar; después de la cena me enseñó a comer alcachofas.

Placer y peligro. El placer al borde del peligro es encantador. El sentido de pérdida del jugador es lo que convierte la ganancia en un acto de amor. El quinto día, cuando nuestros corazones ya no saltaban en nuestro pecho, nos mostramos casi indiferentes ante la puesta de sol. Había desaparecido el sordo dolor de cabeza que tenía desde que le maté.

El sexto día vinieron a buscarnos.

Se presentaron temprano, tan temprano como las barcas de verduras de camino al mercado. Llegaron sin anunciarse. Eran tres en una barca negra brillante con bandera. Unas preguntas, dijeron, nada más. ¿Sabía Villanelle que su marido había muerto? ¿Qué ocurrió después de que ella y yo abandonáramos apresuradamente el casino?

¿Nos había seguido? ¿Lo habíamos visto?

En tanto esposa legítima e indiscutible, parecía que Villanelle había accedido a una fortuna considerable, a menos que fuera la asesina. Tenía que firmar varios documentos relacionados con la herencia de su marido y se la llevaron para identificar el cadáver. Me aconsejaron que no saliera de casa y, para asegurarse de que seguía el consejo, un hombre se quedó junto a la compuerta, gozando del sol en la frente.

Lamenté no estar en un campo verde brillante, mirando el cielo azul brillante.

Villanelle no regresó esa noche ni la siguiente y el hombre de la compuerta seguía esperando. Cuando por fin regresó a la tercera mañana, lo hizo en compañía de dos hombres. Me llevaron en silencio. El abogado del cocinero, un hombre astuto y encorvado con una verruga en la mejilla y bonitas manos, me dijo lisa y llanamente que estaba convencido de que Villanelle era culpable y de que yo era su cómplice. ¿Estaba dispuesto a firmar una declaración en esos términos? Si lo hacía, probablemente él haría la vista gorda mientras yo desaparecía.

—Los venecianos somos gente poco delicada.

¿Qué le ocurriría a Villanelle?

Las cláusulas del testamento del cocinero eran curiosas; no había intentado privar a su esposa de sus derechos ni legar su fortuna a otra. Simplemente decía que si ella no podía heredar por el motivo que fuera (incluida la ausencia), legaba la totalidad de sus bienes a la Iglesia.

Puesto que debió de suponer que no volvería a verla, ¿por qué eligió la Iglesia? ¿Alguna vez había visitado un templo? Mi sorpresa debió de traslucirse porque, con aire inocente, el abogado dijo que al cocinero le encantaba ver a los niños del coro con sus sotanas rojas. Si a su rostro asomó el indicio de una sonrisa, el indicio de algo que no fuera la aceptación de esa disposición religiosa, lo reprimió inmediatamente.

Me pregunté qué sacaría él de todo esto. ¿A él qué le importaba quién se quedaba con el dinero? No parecía ser un hombre con conciencia. Por primera vez en la vida me di cuenta de que yo era el más poderoso. Yo era el que tenía la carta ganadora.

—Yo lo maté —declaré—. Lo acuchillé y le arranqué el corazón. ¿Quiere que le muestre la figura que dibujé en su pecho? —Tracé el dibujo en el polvo de la ventana: un triángulo de lados irregulares—. Su corazón era azul. ¿Sabe que los corazones son azules y no rojos? Una piedra azul en medio de una arboleda roja.

—Está loco —dijo el abogado—. Ningún hombre en su sano juicio mataría así.

—Ningún hombre en sus cabales viviría como él vivió.

Nos quedamos en silencio. Oí su respiración entrecortada como papel de lija. Apoyó las manos en la confesión que había preparado para que yo firmara. Eran unas manos hermosas y bien cuidadas, más blancas que el papel sobre el que reposaban. ¿De dónde las había sacado? No era posible que le pertenecieran por derecho.

—Si está diciendo la verdad…

—Confíe en mí.

—En ese caso tendrá que permanecer aquí hasta que pueda atenderlo.

Se levantó y echó el cerrojo a la puerta. Me dejó en su cómodo despacho que olía a tabaco y a cuero, con un busto de César sobre la mesa y un corazón irregular en el cristal de la ventana.

Villanelle vino por la tarde. Se presentó sola porque ya ejercía el poder de su herencia. Traía vino, una hogaza de la panadería y una cesta de sardinas crudas. Nos sentamos en el suelo, como niños a los que por error su tío ha dejado en el estudio.

—¿Sabes lo que haces? —preguntó.

—He dicho la verdad, eso es todo.

—Henri, no tienes ni la más remota idea de lo que ocurrirá ahora. Piero, el abogado, considera que estás loco y propondrá que te juzguen como tal. No puedo comprarlo. Era amigo de mi marido. Sigue convencido de que yo soy la responsable y ni todos los cabellos rojos del mundo ni todo el dinero que tengo impedirán que te haga daño. Odia por odiar. Hay gente así, gente que lo tiene todo, dinero, poder, sexo. Como lo tienen todo, hacen apuestas más complicadas que el resto de los mortales. Ese hombre ya no se exalta por nada. El sol nunca podrá salir y fascinarlo. Nunca se perderá en una ciudad desconocida y se verá obligado a preguntar el camino. No puedo comprarlo. No puedo tentarlo. Quiere una vida a cambio de otra. La tuya o la mía. Deja que sea la mía.

—No fuiste tú quien le mató, sino yo. Y no me arrepiento.

—Yo también lo habría matado y carece de importancia de quién era el cuchillo o la mano. Lo mataste por mí.

—No, lo maté por mí mismo. Logró que todo lo bueno se volviera repugnante.

Me cogió las manos. Los dos olíamos a pescado.

—Henri, si te condenan por loco, te enviarán a la horca o a San Servelo, el manicomio de la isla.

—¿Aquel que me mostraste? ¿El que da a la laguna y refleja la luz?

Asintió con la cabeza y me pregunté qué sentiría al volver a vivir en un sitio fijo.

—Y tú, ¿qué harás, Villanelle?

—¿Te refieres al dinero? Compraré una casa. Ya he viajado bastante. Buscaré el modo de lograr tu libertad. Si es que eliges vivir.

—¿Podré elegir?

—Eso sí que puedo conseguirlo. No depende de Piero, sino del juez.

Estaba oscuro. Villanelle encendió las velas y me estrechó contra su cuerpo. Puse la cabeza sobre su corazón y lo oí latir, tan uniforme, como si siempre hubiese estado allí. Salvo con mi madre, nunca había estado así. Mi madre, que mientras me apretaba contra su pecho me susurraba la Biblia al oído. Esperaba que así la aprendiera, pero yo no oía nada salvo el chisporroteo del fuego y el vapor que se elevaba del agua que calentaba para que mi padre se lavara. Solo oía su corazón y sentía su suavidad.

—Te quiero —dije, entonces y ahora.

Vimos que las velas trazaban sombras cada vez más grandes en el techo a medida que el cielo se oscurecía. En su despacho Piero tenía una palmera (sin duda, conseguida a través de un exiliado servil) que dibujaba una selva en el techo, una maraña de hojas anchas que fácilmente podían ocultar un tigre. El César de la mesa tenía un perfil encomiable y mi triángulo ya no se veía. La estancia olía a pescado y a cera. Nos acostamos un rato en el suelo y dije:

—¿Te das cuenta? Ahora comprendes por qué me gusta quedarme quieto y contemplar el cielo.

—Solo estoy quieta cuando soy desdichada. No oso moverme porque moviéndome apresuro la llegada del nuevo día. Imagino que si me quedo totalmente quieta, lo que temo no sucederá. La última noche que pasé con ella, la novena, intenté no hacer el menor movimiento mientras ella dormía. Había oído hablar de los helados yermos del norte, donde las noches duran seis meses, y esperaba que un milagro nos trasladara hasta allí. ¿Pasa el tiempo si no dejas que pase?

Aquella noche no hicimos el amor, nuestros cuerpos eran demasiado pesados.

Me juzgaron al día siguiente y todo sucedió como Villanelle había previsto. Me declararon loco y me condenaron a cadena perpetua en San Servelo. Partiría esa misma tarde. Piero parecía desilusionado, pero ni Villanelle ni yo lo miramos.

—Dentro de una semana podré visitarte, trabajaré por ti, te sacaré de allí. Todo el mundo es sobornable. ¡Valor, Henri! Vinimos andando desde Moscú. Podemos caminar sobre las aguas.

—Tú puedes.

—Nosotros podemos —me abrazó y prometió que estaría en la laguna antes de que la góndola inexorable soltara amarras.

Aunque mis pertenencias eran escasas, quería el talismán de Domino y la imagen de la Madona que su madre había bordado para mí.

San Servelo. Había sido un sitio para los locos ricos pero Bonaparte, que era igualitario al menos para la locura, abrió sus puertas al pueblo y destinó fondos a su mantenimiento. Aún conservaba su antiguo esplendor. A los ricos dementes les gustan las comodidades. Había una amplia sala de visitas donde una dama podía tomar el té y tener enfrente a su hijo sujeto por la camisa de fuerza. Antaño los guardianes habían llevado uniforme y botas brillantes y todo interno que babeaba sobre esas botas pasaba una semana

encerrado. No eran muchos los internos que babeaban. Había un jardín del que ya nadie se ocupaba, un acre enmarañado de rocalla y flores marchitas. Ahora hay dos alas. Una para los locos ricos que aún quedan y otra para una cantidad cada vez mayor de locos pobres. Villanelle había dado órdenes de que me destinaran a la primera, pero averigüé lo que costaba y me negué.

Además, prefiero estar con el pueblo llano.

En Inglaterra tienen por rey a un loco al que nadie encierra.

Jorge III, que se dirige a los miembros de la Cámara Alta llamándolos «Lores y Pavos Reales Míos».

¿Alguien puede comprender a los ingleses y sus rábanos picantes?

No me daba miedo tener tan extraños compañeros.

Solo empecé a temer cuando aparecieron las voces y, después de las voces, los muertos mismos, que deambulaban por los pasillos y me contemplaban con sus ojos huecos.

Las primeras veces que Villanelle me visitó hablamos de Venecia, de la vida y de las grandes esperanzas que tenía con respecto a mí. Entonces le hablé de las voces y de las manos del cocinero en mi cuello.

—Henri, son imaginaciones tuyas, aguanta, pronto estarás libre. No hay voces ni figuras.

Claro que existen. Bajo esa piedra y en el alféizar. Hay voces que deben ser oídas.

Cuando trasladaron a Henri a San Servelo en la góndola inexorable, me puse a trabajar de inmediato para conseguir su libertad. Intenté averiguar por qué motivos mantienen allí a los locos y si alguna vez los visita un médico para comprobar si ha habido alguna mejoría. Parece que los examinan, pero solo ponen en libertad a los que no representan un peligro para la humanidad. Es absurdo cuando existen tantos peligros para la humanidad que deambulan libremente y sin exámenes. Henri era un recluso de por vida. No existían medios legales para que lo dejaran en libertad, al menos mientras Piero estuviera relacionado con el caso.

Así pues, tendría que ayudarlo a escapar y asegurar su traslado a Francia.

Los primeros meses que lo visité, lo vi alegre y optimista, pese a que compartía la habitación con tres hombres de aspecto horroroso y aterradoras costumbres. Dijo que ni notaba su presencia. Dijo que tenía los cuadernos y que estaba ocupado. Tal vez hubo signos de su cambio mucho antes de que me apercibiera, pero mi vida había dado un giro inesperado y estaba absorta.

Ignoro qué locura me llevó a comprar una casa frente a la de ella. Una casa de seis plantas, como la suya, con altas ventanas que dejaban pasar la luz y creaban charcos de sol. Deambulé por mi casa, sin molestarme en amueblarla, espiando su sala de estar, su salón y su sala de costura pero a ella no la vi, solo divisé un tapiz de mí misma cuando era más joven y caminaba como un arrogante jovenzuelo.

Estaba sacudiendo una alfombra en el balcón cuando por fin la vi.

Ella también me vio y nos quedamos como estatuas, cada una en su balcón. Dejé caer la alfombra al canal.

—Eres mi vecina —dijo—. Deberías visitarme.

Quedamos en que la visitaría esa tarde, antes de la cena.

Aunque habían transcurrido más de ocho años, cuando llamé a su puerta no me sentí como la heredera que había vuelto a pie de Moscú y que había visto cómo asesinaban a su marido. Me sentí como una chica del casino con un uniforme prestado. Instintivamente me llevé la mano al corazón.

—Has crecido —dijo.

Ella estaba como siempre, aunque en su cabello habían canas, algo que se ocupaba de disimular cuando la conocí. Cenamos en la mesa ovalada y volvió a ponernos una al lado de la otra, con la botella en el medio. Hablar no fue fácil. Nunca lo fue pues estábamos ocupadas haciendo el amor o temiendo que alguien nos oyera. ¿Por qué imaginé que las cosas serían distintas solo en virtud del paso del tiempo?

¿Dónde estaba su marido esa noche?

La había dejado.

No la abandonó por otra mujer. Ni se fijaba en las otras mujeres. La había dejado hacía poco para emprender un viaje en busca del Santo Grial. Estaba convencido que su mapa era el definitivo. Creía que el tesoro era absoluto.

—¿Volverá?

—Puede que sí, puede que no.

La carta aventurada, la carta aventurada e imprevisible que no llega cuando debería. Si me hubiera tocado antes, varios años antes, ¿qué habría sido de mí? Me miré las palmas de las manos procurando ver la otra vida, la paralela. El punto en que mis yos se separaron y uno se casó con un gordinflón mientras el otro permanecía aquí, en esta casa elegante para cenar todas las noches en una mesa ovalada.

¿Así se explica el que a veces encontramos a alguien que no conocemos, pero tenemos la sensación de haberlo tratado toda la vida, de que sus costumbres no nos sorprenderán? Tal vez nuestras vidas se despliegan como un abanico a nuestro alrededor y solo podemos conocer una, pero en ciertas ocasiones, por error, percibimos otras.

Cuando la conocí sentí que ella era mi destino y este sentimiento no ha cambiado, aunque permanece invisible. Aunque he ido hasta los confines del mundo y he vuelto a amar, sinceramente no puedo afirmar que la haya abandonado nunca. A veces, bebiendo café con los amigos o deambulando sola junto a la mar demasiado salada, me he visto atrapada en esa otra vida, la he palpado, la he considerado tan real como la mía propia. ¿Qué habría ocurrido si cuando nos conocimos ella hubiese vivido sola en esa casa elegante? Tal vez yo nunca habría percibido mis otras vidas porque no las habría necesitado.

—¿Te quedarás? —preguntó.

No, por nada del mundo. Ahora no. La pasión no se deja dominar. No es un genio que al liberarlo nos concede tres deseos. Nos domina y solo en contadas ocasiones en el sentido que queremos.

Estaba enfadada. Te enamores de quien te enamores por primera vez, no solo se trata del amor sino de estar enamorada, y esa es la persona que siempre te hace enfadar, aquella con quien no puedes ser razonable. Es posible que te asientes en otra ciudad y que seas feliz, pero la persona que conquistó tu corazón tendrá siempre el poder.

Estaba enfadada porque ella me había deseado, había hecho que la deseara y había temido aceptar lo que significaba; significaba algo más que encuentros fugaces en lugares públicos y noches prestadas por otros. Por el ser amado, la pasión trabajará siete años los campos y se dejará engañar para trabajar siete más pero, como es noble, no/aceptará nunca las sobras de otro.

He tenido aventuras y tendré más, pero la pasión es perseverante.

—¿Te quedarás? —repitió.

Cuando la pasión aparece por primera vez tardíamente, aún es más difícil la renuncia. Aquellos que conocen tarde en la vida a esta bestia solo tienen opciones diabólicas. ¿Dirán adiós a lo conocido y navegarán por un mar ignoto sin la certeza de volver a avistar tierra? ¿Descartarán las cosas cotidianas que hacen tolerable la vida y dejarán de lado los sentimientos de viejos amigos, incluso de los amantes? En síntesis, ¿actuarán como si tuvieran veinte años menos y Canaán se alzara al otro lado de los montes?

Normalmente, no.

Y si lo hacen, cuando zarpen las naves tendrás que atarlos al palo mayor porque los cantos de sirena son terribles y pueden enloquecer al pensar en lo que han perdido.

Esta es una opción.

Otra es hacer juegos malabares, hacer lo que hicimos durante nueve noches. Esta opción cansa enseguida las manos, si no el corazón.

Dos opciones.

La tercera consiste en rechazar la pasión con la misma sensatez con que uno echaría de casa a un leopardo, por muy dócil que parezca a primera vista. Puedes creer que te será fácil alimentar al leopardo y que tu jardín es lo bastante grande, pero al menos en sueños sabrás que un leopardo jamás se siente satisfecho con lo que le dan. Después de nueve noches debe llegar la décima y todo encuentro desesperado solo te deja más desesperada para el siguiente. Nunca hay comida suficiente, nunca hay jardín lo bastante grande para tu amor.

Por eso lo rechazas y entonces descubres que en tu casa ronda el fantasma del leopardo.

Cuando la pasión se presenta tardíamente en la vida es difícil de soportar.

Una noche más. ¡Qué tentadora, qué inocente! Seguramente podría quedarme esa noche. ¿Qué cambiaría una noche más? No. Si huelo su piel, si encuentro las curvas mudas de su desnudez, ella alargará la mano y atrapará mi corazón como si fuera el huevo de un ave. No he tenido tiempo de proteger mi corazón para escapar de ella. Si cedo a esta pasión, mi vida real —la más concreta, la más conocida— desaparecerá y volveré a alimentarme de sombras como esos tristes espíritus de los que huyó Orfeo.

Le di las buenas noches, apenas rocé su mano y agradecí la oscuridad que ocultaba sus ojos. Aquella noche no dormí, vagabundeé por callejones en sombras y busqué consuelo en el frescor de las paredes y en el acompasado murmullo del agua. Por la mañana cerré mi casa y nunca más puse los pies en ella.

¿Qué pasó con Henri?

Como ya he dicho, durante los primeros meses creí que era el mismo de siempre. Pidió pluma y papel y parecía decidido a recrear los años transcurridos desde que salió de su casa y la temporada que

compartimos. Me quiere, lo sé, y yo también lo quiero, pero de una manera fraternal e incestuosa. Sabe tocar mi corazón, pero no me hace estremecer de la cabeza a los pies. Nunca podrá robarme el corazón. Me pregunto si todo sería distinto para él en caso de que yo correspondiera a su pasión. Nunca nadie lo ha hecho y su corazón es demasiado grande para ese pecho enjuto. Alguien debería apoderarse de ese corazón y darle paz. Henri solía decir que amaba a Bonaparte y le creo. Bonaparte, más grande que nadie, lo llevó a París, extendió el brazo hacia el Canal de la Mancha y logró que Henri y esos soldados simplones creyeran que Inglaterra les pertenecía.

He oído decir que, cuando abre los ojos, un polluelo de pato se apega a lo primero que se pone delante, sea o no ánade. Es lo que le ocurrió a Henri: abrió los ojos y ahí estaba Bonaparte.

Por eso lo odia tanto. Lo decepcionó. A la pasión no le gustan las decepciones.

¿Existe algo más humillante que descubrir que el objeto de tu amor no te merecía?

Henri es un hombre bondadoso y me pregunto si matar a aquel gordo le perturbó la mente. Cuando volvíamos de Moscú, me contó que había pasado ocho años en el ejército sin siquiera herir a otro ser humano. Ocho años de guerra y lo peor que hizo fue matar más pollos de los que podía contar.

Y no era un cobarde, había arriesgado su vida infinidad de veces para sacar a un hombre del campo de batalla. Me lo contó Patrick.

Henri.

Ahora no lo visito, aunque todos los días, a esta hora, lo saludo con la mano desde la barca.

Cuando dijo que oía voces —la de su madre, la del cocinero, la de Patrick—, intenté hacerle entender que las voces no existen, que solo oímos las que nosotros creamos. Sé que a veces los muertos gritan y también sé que están ávidos de atenciones, por lo que le supliqué que las ignorara y se ocupara de sí mismo. En un manicomio tienes que defender tu cordura.

Dejó de hablarme de las voces, pero los guardianes me contaron que, noche tras noche, despertaba gritando, con las manos en el cuello, a veces casi asfixiado por los intentos de estrangularse. Esto perturbaba a sus compañeros, y lo pasaron a una habitación individual. A partir de entonces estuvo mucho más sosegado y usó el papel, la pluma y la lámpara que le llevé. Yo aún hacía esfuerzos por liberarlo y estaba segura de conseguirlo. Empezaba a conocer a los guardianes y sospechaba que podría comprarlos con dinero y sexo. Mi roja cabellera es muy atractiva. Por aquel entonces aún me acostaba con él. Poseía un cuerpo delgado, de chiquillo, que cubría el mío con la delicadeza de una sábana y, como le había enseñado a amarme, me amaba bien. No tenía idea de lo que hacen los hombres, no tenía idea de lo que su propio cuerpo era capaz de hacer hasta que se lo enseñé. Me proporcionaba placer, pero cuando miraba su rostro sabía que para él significaba algo más que placer. Si alguna vez me preocupaba, lo dejé de lado. He aprendido a sentir placer sin preguntarme por su origen.

Sucedieron dos cosas.

Le dije que estaba embarazada.

Le dije que en un mes estaría libre.

—Podremos casarnos.

—No.

Le cogí las manos e intenté explicarle que no volvería a casarme, que él no podía vivir en Venecia y que yo no estaba dispuesta a vivir en Francia.

—¿Y el niño? ¿Cómo haré para verlo?

—Te lo llevaré cuando no haya peligro y cuando todo se haya calmado tú podrás venir a Venecia. Haré envenenar a Piero, no sé, ya encontraremos una solución. Ahora tienes que volver a tu tierra.

Guardó silencio y cuando hicimos el amor me rodeó el cuello con las manos y sacó lentamente la lengua como si fuera un gusano rosa.

—Soy tu marido —dijo.

—Basta, Henri.

—Soy tu marido —se inclinó hacia mí con ojos desorbitados y vidriosos y la lengua muy rosa.

Lo aparté; se agazapó en un rincón y se puso a llorar.

No me permitió consolarlo y nunca más hicimos el amor.

No fue culpa mía.

Llegó el día de su fuga. Fui a buscarlo, subí los escalones de dos en dos y abrí la puerta con mi propia llave, como de costumbre.

—Henri, vamos, eres libre.

Me miró fijamente.

—Acabo de estar con Patrick. Te lo has perdido.

—Henri, vamos. —Lo obligué a ponerse de pie y le sacudí los hombros—. Nos vamos, asómate por la ventana, ahí está nuestra barca. Es la góndola fastuosa, volví a convencer al obispo malicioso.

—El agua está muy lejos —dijo.

—No hace falta que saltes.

—¿No? —Su mirada era de preocupación—. ¿Podemos bajar a tiempo la escalera? ¿Él no nos cogerá?

—Nadie nos cogerá. Los he sobornado, saldremos y no volverás a poner los pies en este lugar.

—No puedo irme, este es mi hogar. ¿Qué dirá mamá?

Solté sus hombros y lo cogí de la barbilla.

—Henri, nos vamos. Sígueme.

No quiso.

Ni a esa hora, ni a la siguiente, ni al día siguiente; cuando zarpó la barca, yo iba sola. No se asomó por la ventana.

—Vuelve a verlo —dijo mi madre—. La próxima vez será diferente.

Volví a verlo, mejor dicho, volví a San Servelo. Un amable guardián del ala respetable tomó el té conmigo y me informó con toda amabilidad de que Henri no quería volver a verme. Se había negado expresamente a verme.

—¿Qué le ha pasado?

El guardián se encogió de hombros, el estilo veneciano de decirlo todo sin decir nada.

Retorné doce veces más y siempre comprobé que no quería volver a verme, siempre tomé el té con el amable guardián que deseaba ser mi amante pero no lo es.

Tiempo después, un día que remaba por la laguna y me deslicé hacia su solitario peñón, lo vi asomado a la ventana; lo saludé con la mano, me respondió y pensé que entonces estaba dispuesto a recibirme. Pero no fue así. No quiso. Ni a mí ni al bebé, una niña con una maraña de cabellos como el sol del alba y pies como los suyos.

Ahora paso por allí todos los días y me saluda con la mano, pero sé que lo he perdido porque me devuelven las cartas que le envío.

Tal vez se ha perdido a sí mismo.

En lo que a mí respecta, en invierno sigo calentándome en la iglesia y en verano en las paredes tibias, mi hija es inteligente y ya le encanta ver rodar los dados y repartir cartas. No puedo salvarla de la reina de picas ni de ninguna otra; cuando llegue el momento barajará su suerte y apostará su corazón. ¿De qué otro modo podía ser con esos cabellos incendiarios? Vivo sola. Prefiero que sea así, aunque no todas las noches estoy sola y acudo cada vez más al casino, para ver viejos amigos y mirar el estuche colgado de la pared, el de las manos blancas.

Esa cosa preciosa, fabulosa.

Ya no me disfrazo. Nada de uniformes prestados. Solo de vez en cuando siento la caricia de la otra vida, la que está en sombras y que no quiero vivir.

Esta es la ciudad de los disfraces. Lo que eres un día no te plantea obligaciones al siguiente. Puedes explorarte libremente a ti misma y, si tienes ingenio o riqueza, nadie se interpondrá en tu camino. Esta ciudad se construyó con ingenio y riqueza y, aunque ambos nos gustan, no necesariamente se presentan juntos.

Paseo en barca por la laguna, oigo chillar a las gaviotas y me pregunto dónde estaré, por ejemplo, dentro de ocho años. En la suave penumbra que oculta el futuro a los demasiado curiosos, me doy por satisfecha con lo siguiente: no estaré donde estoy. Las ciudades interiores son inmensas, no figuran en ningún mapa.

¿Y esa cosa preciosa, fabulosa?

¿Qué haré con ella ahora que la he recuperado, ahora que me han concedido un indulto que solo ocurre en la ficción?

¿Volveré a apostarla? Sí.

Après moi, le déluge.

En realidad, no fue así. Se ahogaron unos pocos, pero antes ya se habían ahogado unos pocos.

Se sobreestimó.

Es extraño que un hombre llegue a creer en los mitos que él ha inventado.

En este peñón los acontecimientos de Francia apenas me rozaron. ¿En qué sentido podían afectarme, a salvo en casa con mamá y mis amigos?

Me alegré de que lo enviaran a Elba. Una muerte rápida lo habría convertido en héroe. Fue mucho mejor que se filtrasen los informes que decían que su peso y su mal genio iban en aumento. Los rusos y los ingleses fueron inteligentes, no se molestaron en hacerle daño, se limitaron a quitarle importancia.

Ahora que ha muerto vuelve a ser un héroe y a nadie le preocupa porque ya no puede aprovecharlo.

Estoy harto de que me cuente una y otra vez la historia de su vida. Deambula por aquí, se presenta sin anunciarse y, como la habitación es pequeña, ocupa todo el espacio. El único momento en que me agrada verlo es cuando está aquí el cocinero, el cocinero que le tiene terror y se retira de inmediato.

Todos dejan su olor. El de Bonaparte es a pollo.

Sigo recibiendo cartas de Villanelle. Se las devuelvo sin abrir y jamás respondo. No lo hago porque no piense en ella ni porque deje de mirarla todos los días desde la ventana. Tengo que apartarla de mí porque me hace mucho daño.

Hubo un tiempo, creo que hace algunos años, en que intentó sacarme de este sitio, pero no para que estuviera con ella. Me pedía que volviese a estar solo precisamente cuando me sentía a salvo. No quiero estar solo nunca más ni me interesa ver nada más del mundo.

Las ciudades interiores son inmensas y no figuran en ningún mapa.

Vino el mismo día en que murió Domino y no lo he visto todavía. No me visita aquí.

Aquella mañana desperté y conté mis pertenencias, como tengo por costumbre: la Madona, mis cuadernos, esta narración, la lámpara y las mechas, mis plumas y mi talismán.

Mi talismán se había derretido. Solo quedaba la cadena de oro, delgada y brillante en medio de un charco de agua.

La cogí y la entrelacé en mis dedos, la pasé de un dedo a otro y la miré deslizarse como una serpiente. Entonces supe que Domino había muerto, aunque ignoro cómo y dónde. Me colgué la cadena del cuello, seguro de que ella la vería cuando viniera, pero no se enteró. Tenía la mirada encendida y las manos llenas de fuga. Yo ya había huido con ella, había llegado a su hogar como exiliado y me había quedado por amor. Los tontos se quedan por amor y yo soy tonto. Pertenecí ocho años al ejército porque amaba a alguien. Supongo que tendría que haber aprendido la lección. También me quedé porque no tenía adonde ir.

Permanezco aquí porque quiero.

Esto significa mucho para mí.

Villanelle parecía pensar que llegaríamos a su barca sin que nadie nos detuviera. ¿Se había vuelto loca? Yo habría tenido que volver a matar. Y no podría hacerlo, ni siquiera por ella.

Me dijo que estaba embarazada, pero no quiso casarse conmigo.

No lo entiendo.

Quiero casarme con ella y no quiero a su hijo.

Es más fácil no verla. No siempre la saludo; tengo un espejo, cuando pasa me sitúo a un lado de la ventana y si brilla el sol, capto la imagen de su pelo. Ilumina la paja del suelo y pienso que el establo divino debió de tener este aspecto: glorioso, humilde e inverosímil.

A veces en su barca va una niña, debe de ser nuestra hija. Me gustaría saber cómo son sus pies.

Si exceptuamos a los viejos amigos, no hablo con la gente de aquí. No porque ellos estén locos y yo no, sino porque enseguida pierden la concentración. Es muy difícil hacerlos hablar un rato del mismo tema y, cuando lo consigo, no suele tratarse de un asunto que me interese demasiado.

¿Y qué es lo que me interesa?

La pasión, la obsesión.

He conocido ambas y sé que la línea divisoria es tan delgada y cruel como una daga veneciana.

Cuando huíamos de Moscú a través del invierno bajo cero, creía que me dirigía a un sitio mejor. Creí que estaba actuando y dejando a mis espaldas las cosas penosas y sórdidas que durante tanto tiempo me habían oprimido. Mi amigo el cura decía que el libre albedrío es de todos. La voluntad de cambiar. No hago mucho caso de sortilegios. No soy como Villanelle, no veo mundos ocultos en la palma de mi mano ni el futuro en una bola empañada. Sin embargo, ¿qué pensar de la gitana que me detuvo en Austria, me hizo la señal de la cruz en la frente y dijo «Aflicción en lo que haces y un lugar solitario»?

Hubo aflicción en lo que hice y, de no ser porque aquí están mi madre y mis amigos, este sería el paraje más desolado que quepa imaginar.

Las gaviotas chillan en mi ventana. Solía envidiar su libertad, la de las gaviotas y la de los campos que

se extendían midiendo distancias, la distancia es la distancia. Cada cosa natural en su sitio. Pensé que el uniforme de soldado me haría libre porque los soldados son bien recibidos, respetados, saben lo que sucederá de un día para otro y la incertidumbre no tiene por qué atormentarlos. Pensé que le prestaba un servicio al mundo, lo liberaba y al tiempo me liberaba a mí mismo. Pasaron los años, recorrí distancias inimaginables para un campesino y comprobé que el aire es prácticamente el mismo en todas partes.

Un campo de batalla se parece mucho a otro.

Se habla mucho de la libertad. Es como el Santo Grial, toda la vida oímos hablar de él, estamos seguros de que existe y cada individuo tiene su idea acerca de dónde está.

Pese a toda su mundanería, mi amigo el cura halló su libertad en Dios; Patrick la encontró en un cerebro revuelto donde los duendes le hacían compañía. Domino decía que estaba en el presente, solo en el instante en que podías ser libre, en contadas ocasiones e inesperadamente.

Bonaparte nos enseñó que la libertad reside en nuestros brazos luchadores, pero en las leyendas que corren sobre el Santo Grial, nadie lo ganó por la fuerza. Fue Parsifal, el caballero gentil, el que entró en una capilla en ruinas y descubrió lo que otros habían pasado por alto, simplemente permaneciendo quieto y en silencio. Ahora pienso que ser libre no consiste en ser poderoso o rico, estar bien considerado o carecer de obligaciones, sino en ser capaz de amar. Ser libre significa amar a otro lo suficiente para olvidarte de ti mismo aunque solo sea un instante. Los místicos y los clérigos hablan de desprenderse de este cuerpo y sus deseos, de dejar de ser esclavos de la carne. Lo que no dicen es que nos liberamos a través de la carne, que nuestro deseo de otro nos transporta fuera de nosotros mismos más claramente que todo lo divino.

Somos un pueblo tibio, y nuestro anhelo de libertad es un anhelo de amor. Si tuviéramos coraje para amar no valoraríamos tanto esas acciones bélicas.

Las gaviotas chillan en mi ventana. Debo alimentarlas, guardo el pan del desayuno para darles algo de comer.

Dicen que el amor esclaviza, que la pasión es un demonio y que muchos se han perdido por amor. Sé que es verdad, pero también sé que, sin amor, vamos a ciegas por los túneles de nuestras vidas y jamás vemos el sol. Cuando me enamoré, fue como si me mirara al espejo por primera vez y me viera. Maravillado, me palpé las mejillas, el cuello. Era yo. Después de mirarme y de acostumbrarme a mí mismo, ya no tuve miedo de odiar algunas partes de mi ser porque deseaba ser digno de la dueña del espejo.

Luego de verme por primera vez, contemplé el mundo y vi que era más variado y hermoso de lo que imaginaba. Como la mayoría de los seres humanos, disfrutaba de las tardes cálidas, del olor a comida y de las aves que atraviesan el cielo, pero no era místico ni hombre de Dios y no experimenté el éxtasis de que hablan los textos. Ansiaba sentir, pero no sabía qué. Aprendemos palabras como pasión y éxtasis, pero se quedan en la página. A veces intentamos darles la vuelta, averiguar qué hay del otro lado y todos podemos contar una anécdota sobre una mujer, un burdel, una noche de opio o una guerra. La tememos, tememos la pasión y nos reímos en exceso del amor y de los que aman sin límite.

A pesar de todo, ansiamos sentir.

Me he puesto a trabajar en el jardín. Aunque hace años que nadie lo toca, me han dicho que en otros tiempos había rosas tan olorosas que, con viento a favor, se olían desde San Marcos. Ahora solo es una agresiva maraña de espinas. Ahora las naves no anidan aquí. Es un sitio inhóspito y el salitre hace difícil decidir qué cultivaré.

Sueño con dientes de león.

Sueño con un extenso campo en el que las flores crecen espontáneamente. Hoy removí con la pala la tierra que rodea la rocalla y nivelé el terreno. ¿Para qué una rocalla sobre un peñón? Ya vemos bastantes piedras.

Escribiré a Villanelle y le pediré semillas.

Es sorprendente pensar que si Bonaparte no se hubiera divorciado de Josefina, tal vez el geranio jamás se habría introducido en Francia. Ella habría estado demasiado ocupada con él y no habría podido desplegar sus indudables dotes para la botánica. Dicen que ya ha traído más de cien plantas distintas y que, si se lo pides, te envía semillas gratuitamente.

Escribiré a Josefina y le pediré semillas.

Mi madre secaba amapolas en el tejado y por Navidad representaba escenas bíblicas con las cabezuelas. En parte, hago este jardín por ella; dice que esto es muy yermo y que solo hay mar.

Plantaré un poco de hierba para Patrick y quiero una lápida para Domino, algo que nadie pueda encontrar, solo una piedra en un sitio cálido después de tanto frío.

¿Y qué quiero para mí?

Para mí plantaré un ciprés que me sobrevivirá. Es esto lo que añoro de los campos: el sentido del futuro

tanto como el del presente. Un día lo que has plantado asoma inesperadamente, un vástago, un árbol, justo cuando mirabas hacia otra parte y pensabas en otra cosa. Me gusta saber que una vida me sobrevivirá, una felicidad que Bonaparte jamás entendió.

Aquí hay un pájaro, un polluelo que no tiene madre. La he sustituido y la cría se posa en mi cuello, detrás de mi oreja, para mantener el calor. Le doy leche y gusanos que, arrodillado, voy desenterrando. Ayer voló por primera vez. Emprendió el vuelo desde el suelo, en el lugar donde yo estaba plantando, y llegó a lo alto de un espino. Trinó y estiré el dedo para traerlo a casa. Por la noche duerme en mi habitación, en una caja de cuellos. No quiero ponerle nombre. No soy Adán.

Este no es un lugar estéril. Villanelle, que tiene el talento de mirarlo todo al menos dos veces, me enseñó a encontrar alegría en los sitios más insospechados y a sorprenderme con lo más evidente. Tenía el don de levantarte el ánimo diciendo «mira eso», y siempre era un tesoro ordinario que cobraba vida nuevamente. Incluso es capaz de hechizar a las pescaderas.

Por la mañana salgo de mi habitación y realizo lentamente el recorrido hasta el jardín, palpando las paredes con las manos, adquiriendo la sensación de superficie, de textura. Respiro despacio, huelo el aire y cuando sale el sol giro mi rostro hacia él y dejo que me ilumine.

Una noche bailé desnudo bajo la lluvia. Nunca lo había hecho, no había sentido las gotas heladas como flechas ni los cambios que sufre la piel. En el ejército muchas veces quedé calado hasta los huesos, pero nunca por elección.

Permanecer bajo la lluvia por elección es otra cosa, a pesar de que los guardianes no opinaron lo mismo. Me amenazaron con quitarme el pájaro.

Aunque tengo una pala y una horquilla, si no hace frío prefiero cavar el jardín con las manos. Me gusta sentir la tierra, aplastarla y apretarla o dejarla deslizar entre mis dedos.

Aquí hay tiempo de amar lentamente.

El hombre que camina sobre el agua me ha pedido que haga un estanque en mi jardín para practicar.

Es inglés. ¿Cabía esperar otra cosa?

Uno de los guardianes se ha encariñado conmigo. No pregunto por qué, he aprendido a tomar lo que viene sin cuestionar su origen. Cuando me ve a gatas, escarbando la tierra aparentemente al azar pero, en realidad, de forma muy científica, se preocupa, viene corriendo con la pala y me ofrece ayuda. Está especialmente interesado en que use la pala.

No entiende que quiero tener la libertad de equivocarme.

—Henri, nunca saldrás, nunca saldrás si te consideran loco.

¿Y por qué querría salir? Están tan preocupados por salir que no ven lo que hay aquí. Cuando los guardianes de día parten en sus barcas no me detengo a mirarlos. Me pregunto adónde van y cómo son sus vidas, pero por nada del mundo me cambiaría por ellos. Tienen el rostro gris y desdichado incluso en los días más soleados, cuando el viento solo azota el peñón para divertirse.

¿Adónde iría? Aquí tengo habitación, jardín, compañía y tiempo para estar conmigo. ¿Acaso no es todo lo que la gente desea?

¿Y el amor?

Aún estoy enamorado de ella. No pasa día sin que piense en ella y en invierno, cuando los cornejos se tiñen de rojo, extiendo los brazos e imagino su cabellera.

No estoy enamorado de una fantasía, un mito o un ser de mi propia creación; estoy enamorado de ella.

Ella. Una persona distinta a mí. Inventé a Bonaparte tanto como él se inventó a sí mismo.

Aunque Villanelle nunca podrá corresponderme, mi pasión por ella me mostró la diferencia entre inventar un amor y enamorarse.

La primera se refiere a ti y la segunda a otra persona.

He recibido carta de Josefina. Se acuerda de mí y le gustaría visitarme aquí, pero confío en que es imposible. No se sorprendió por mis señas e incluyó una gran variedad de semillas, algunas de las cuales hay que hacer germinar bajo un cristal. Tengo sus instrucciones y también algunas ilustraciones, pero no sé qué puedo hacer con un boabab. Por lo que sé, crece del revés.

Tal vez este sitio sea el más adecuado para el boabab.

Dicen que cuando Josefina estaba en la sórdida prisión de Carmes aguardando la muerte a manos del Terror, ella y otras damas decididas arrancaron las malas hierbas y los líquenes que cubrían la piedra y lograron crear, si no un jardín, al menos un manchón verde que las reconfortaba. No sé si es cierto.

Carece de importancia.

El mero hecho de oírlo me consuela.

Más allá del agua, en esa ciudad de locos se preparan para celebrar la Navidad y el Año Nuevo. Salvo por el Nacimiento, no dan mucha importancia a la Navidad, pero en Año Nuevo celebran una procesión y desde mi ventana veo las góndolas engalanadas. Las luces se balancean y el agua brilla como aceite. Estuve en pie toda la noche, oyendo el gemido de los muertos alrededor del peñón y viendo el paso de las estrellas en el firmamento.

A medianoche repican las campanas de todas las iglesias y, como mínimo, hay ciento siete. He intentado contarlas, pero es una ciudad viva y nadie sabe realmente qué edificios hay hoy y cuántos habrá mañana.

¿No me creéis?

Id a verlo con vuestros propios ojos.

En San Servelo también celebramos el oficio religioso; es un acto macabro en el que la mayoría de los reclusos están encadenados y el resto farfulla y se mueve tanto que a los pocos a los que les interesa la misa ni siquiera pueden oírla. Yo no voy; no es un sitio para solazarse. Prefiero quedarme en la habitación y mirar por la ventana. El año pasado Villanelle vino con su góndola, se acercó lo más que pudo y lanzó fuegos de artificio. Uno estalló tan cerca que estuve a punto de tocarlo y durante un segundo pensé que podía caer tras esos rayos descendentes y tocarla una vez más. Una vez más. ¿Qué pasaría si volviera a estar a su lado? Solo esto: si me pongo a llorar, no pararé nunca.

Hoy releí mi cuaderno encontré esto:

> Digo que estoy enamorado de ella. ¿Qué significa?
>
> Significa que veo mi futuro y mi pasado a la luz de estos sentimientos. Es como si escribiera en una lengua extranjera que, por arte de magia, fuera repentinamente capaz de comprender. Sin palabras, ella me revela mi propio ser. Como los genios, ignora lo que hace.

Sigo escribiendo y de esta forma siempre tendré algo para leer.

Esta noche la escarcha hará brillar la tierra y endurecerá las estrellas. Por la mañana iré al jardín y lo encontraré cubierto de redes de hielo y de hielo cuarteado en los lugares donde me excedí al regar. Solo el jardín se congela de esta manera, lo demás es demasiado salado.

Veo las luces de las barcas y Patrick, que me acompaña, divisa hasta el interior de San Marcos. Su ojo aún es maravilloso, sobre todo desde que las paredes no se interponen en su camino. Me describe los monaguillos vestidos de rojo, el obispo de carmesí y oro y, en el techo, la batalla perpetua entre el bien y el mal. Aquel techo pintado que amo.

Han pasado más de veinte años desde que asistimos a la iglesia en Boulogne.

Afuera, en la laguna, ahora están las góndolas con sus proas doradas y sus luces triunfales. Una cinta brillante, un talismán de Año Nuevo.

El año que viene tendré rosas rojas, una selva de rosas rojas.

¿En este peñón? ¿Con este clima?

Os estoy contando historias. Creedme.

Nacida en Manchester e hija adoptiva de una pareja de escasos recursos económicos, Jeanette Winterson creció en un entorno donde escaseaban los libros y abundaba el fervor religioso.

A los dieciséis años la autora abandonó el hogar para estudiar en Oxford y vivir su primera aventura de amor con una chica. A los veinticuatro años publicó *Fruta prohibida*, que en su día ganó el Whitbread Award a la mejor primera novela y fue llevada al cine. En 1986 apareció *La pasión*, a la que siguieron *Espejismos* (1989), *Escrito en el cuerpo* (1992), *Art & Lies* (1994), el libro de ensayos *Art Objects* (1995), *Powerbook* (2000) y, en 2004, *La niña del faro*.

En 2012 se publicó *¿Por qué ser feliz cuando puedes ser normal?*, un libro de memorias extraordinario. Y en 2013, *La mujer de púrpura*. En 2015, *El mundo y otros lugares*, un libro que recoge diecisiete piezas de la narrativa breve de la autora, entre las que se encuentra *La poética del sexo*.